

Entreverados



Ana Matías Rendón

Entreverados

Kumay

Ana Matías Rendón

Entreverados

Kumay

Entreverados

© Ana Matías Rendón

Primera edición: julio 2022

Kumay

Azcapotzalco, Ciudad de México

México, CP 02050

zaez@outlook.com

ISBN del libro electrónico: 978-607-97573-7-3

Derechos reservados conforme la ley.

Hecho en México

Made in Mexico

Contenido

Ideales románticos.....	9
Díez años cucaracha.....	43
Esto nunca pasó.....	69
En algún lugar.....	89
Cuatro vidas.....	115
Dos lenguas son fronteras.....	137
Fórmula lógica.....	179



Ideales románticos

La gente cree que se trata de morir por los ideales, pero es lo contrario, se trata de vivir para ver a los tiranos caer, para disfrutar las mieles de nuestra victoria. Todo se desencadenó con la desaparición, muerte y descuartizamiento de un reportero que cubría la marcha de las feministas.

La niñez violentada, las mujeres ultrajadas, miles de víctimas por las desapariciones forzadas, encarceladas políticas y cientos de injusticias concentraban el camino de consignas para llegar al Palacio. El periodista fue al lugar de los hechos convencido de encontrar la nota para el diario vespertino. Algunas lo vieron ser arrastrado hacia una camioneta, justo cuando la trifulca estaba en el punto álgido. El humo de los gases lacrimógenos se negaba a la tregua, los proyectiles de diversa índole volaban como estrellas fugaces, mientras el cielo cobalto, asaltado por el ocaso de los incendios, viralizaba las toxicidades de las bombas molotov. Las mujeres luchaban contra las

policías que, a riesgo de su integridad, pretendían capturar al mayor número de manifestantes. Una reportera gritó al percatarse que su compañero estaba en aprietos, sin embargo, en aquel caos las exclamaciones de ayuda superaban los buenos propósitos. Los granaderos arribaron con armas largas para imponer el poder del Estado. A los primeros disparos, la multitud quiso zafarse de su captor. La reportera lloraba sentada en una banqueta, sostenía su cámara en un ángulo de inclinación acorde a su desconuelo. Ningún bando reparaba en ella. Los vecinos se escondían en la oscuridad de sus casas, escuchaban en ocasiones golpes en los portones que dejaban apagarse como velas consumidas. Este fue el comienzo.

Al día siguiente las redes sociales y los medios de comunicación se inundaron con la fotografía del reportero, sus historias y las reseñas del fatídico suceso, por supuesto, sin que faltaran las opiniones polarizadas. El feminismo era el tema principal de las disputas. En medio del debate, la pregunta que se repetía como *hashtag* en los espacios cibernéticos era “¿Dónde está Ulises?”, junto a una fotografía que se volvió icónica. Un hombre joven con barba, sonriendo y sujetando su cámara de impresiones semejando un trofeo olímpico, vestido con unos jeans, tenis y una camisa de franela rojinegra, devino en una silueta con sus rasgos más simbólicos para representar a los reporteros víctimas del crimen organizado y de los políticos corruptos.

Tres días pasaron para conocer y recopilar los testimonios. Las manifestantes, que estaban en los jardines forcejeando con la línea que resguardaba la entrada del Palacio, señalaron que vieron de rabillo cómo una camioneta negra estacionada en la avenida esperaba a los tipos que arrastraron al joven, quien intentaba patalear en su desesperación. A esta reseña, las mujeres fueron señaladas como responsables del hecho: por provocadoras, por manifestarse, por generar odio, por politizarlo todo, en fin, como siempre, por ser mujeres rebeldes. Aquellas se defendían de las increpaciones: “¡pues qué esperabas we!”, “¡acaso somos tus héroes de Marvel para detener a los secuestradores!”, o “¡también estábamos peleando por nuestras vidas!”. Una joven estudiante de medicina indicó que, cuando sustraían al reportero, ella jalaba del brazo de su amiga para que las granaderas la soltaran, en ese momento se había percatado que la camioneta tenía tiempo estacionada, lo cual era curioso porque estaba dentro del cerco policial. Los videos que se conocían decían poco, estaban empañados por el mismo ambiente en el que se grabaron las imágenes y, en su gran mayoría, descuadrados, reflejo de la inclinación del cuerpo que sostenía el artilugio de captura.

Cuando la reportera reencontró su voz pudo dar su versión de los hechos a la televisora filial del periódico en el que laboraba. El horario estelar estaba destinado para los líderes de opinión que dirigían las críticas políticas, así

que la reportera fue una invitada de oportunidad. Relató que estaban cubriendo la manifestación sin incidentes, con algunos empujones y serpentinas que las asistentes tiraban, como signo para pedir justicia por una pequeña de seis años que había sido secuestrada por un vecino, en tanto jugaba con dichas tiras de colores al exterior de su domicilio. Todo parecía ir bien. Señaló que a pesar de que las feministas del movimiento radical de pañuelos negros pedían, con recurrencia, que en las marchas fueran excluidos los hombres, el compañero había estado en varias, por lo que ya era ubicado.

—Pero en otras ocasiones sí había sido agredido ¿no, Marisela?, recordarás que hace unos meses fue arrojado al suelo y luego pateado por las encapuchadas, ¿verdad? —el conductor principal, contrario al movimiento feminista, porque amaba a las mujeres femeninas que daban dignidad al género, no pretendía esconder su animadversión expresada en una voz gruesa para sonar intelectual.

—Efectivamente, Joaquín —respondió la reportera que comprendía que su nivel estaba por debajo, para contrariar al jefe de noticias en televisión abierta.

—A ver, espérame tantito, Joaquín, porque lo que sucedió en aquella situación fue una agresión por parte de las infiltradas al movimiento —arremetió la única mujer en el panel de críticos, formado por hombres que presumían de grados y conocimientos de los que carecían e inventaban en nuevas disciplinas estudiadas en colegios extranjeros.

Daniela, la única mujer crítica de la televisora, tampoco era una feminista por convicción sino de ocasión, odiaba al anfitrión del programa y esperaba hacerse de su horario estelar, además de estar afiliada al partido opositor del presidente, quien tenía poca simpatía por el movimiento de las mujeres, a las que había mandado a sus casas —para prevenir que fueran agredidas— y dejar las manifestaciones que sólo respondían a intereses ajenos.

—Nos sepáramos —continuó la reportera—. Cuando la policía nos arrojó el gas lacrimógeno, corrimos en sentido contrario.

—Un segundo, ¿la policía les arrojó a ustedes, los reporteros, el gas? —cuestionó de nuevo el conductor.

—Sí, Joaquín, nos lo echó a quienes estábamos ahí, sin reparar en los reporteros que cubríamos la manifestación.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué pasa con nuestras autoridades! —el tono, bastante ensayado del crítico buscaba abrir la vereda para un nuevo cheque por parte del gobierno cuando tuviera que dar la nota sobre “la verdad” del asunto y aplaudir al gabinete por su excelente trabajo. En tanto, debía verse indignado para que los espectadores se sintieran identificados con sus vociferantes alardos, así, al recibir el cheque del que no sabrían y menos gozarían, podrían ser testigos que, el crítico como el presidente, hacían su trabajo.

En realidad, a Joaquín la vida de los reporteros le era desestimable, como director de noticias, los tenía

contratados bajo una empresa de *outsourcing*, que a su vez los solventaba por honorarios, sin que se pagaran las horas extras ni tuvieran prestaciones sociales y menos un seguro de vida. Tampoco sabía quién era el reportero. Una vez éste lo saludó a la entrada del estudio extendiéndole la mano, el crítico lo ignoró cuando pasó con la nariz en alto porque, según él, olía raro.

—Después me subí a la tarima que antes habían usado las líderes feministas, para tomar un mejor ángulo para las fotografías, fue cuando vi que un grupo de hombres se llevaba a Ulises. Grité, pero había demasiado ruido. Intenté tomar algunas fotos... es que todo sucedió tan rápido... —en ese momento la reportera se inundó de lágrimas.

—Lo entendemos, Marisela, sabemos que esto es difícil para ti —Joaquín esperaba más dramatismo, sin embargo, se conformaba—, no te estaríamos pidiendo este esfuerzo si no supiéramos que lo que nos digas será muy importante para encontrar a nuestro compañero.

Marisela recobró la compostura con las palabras del jefe y, aunque trató de abundar en los detalles, la información parecía irrelevante. El panel de “expertos en nada” cortó la transmisión con la periodista para poder seguir el debate de un hecho que era recurrente en el país y del que los reporteros eran víctimas. Marisela, en cambio, se sumió en otro mar de penalidades, en el que se dibujaban los rostros de los padres de Ulises; en los amigos que

estaban organizando otra manifestación con compañeros de todas las entidades del país y medios de comunicación; en los recuerdos que le provocaban los suspiros de los llantos contenidos. Ulises y ella habían sido compañeros y amigos hacía cinco años, juntos habían cambiado de centro laboral cuando en la agencia anterior les habían dejado de pagar. Ulises le avisó que en la subsidiaria periodística de la Corporación de Comunicaciones estaban reclutando a reporteros, por lo que podían ir a solicitar trabajo. Habían quedado adscritos a diferentes medios, pero coincidían por sus afectos. Se habían acostumbrado tanto el uno al otro que eran la mejor pareja de amigos, corrían detrás de las mismas manifestaciones, perseguían los mismos políticos, cruzaban información, cedían noticias mutuas, comían juntos —aún en la lejanía, chateaban para comentarse los pormenores—, se cuidaban las espaldas. Por ende, el reproche era insoportable. ¿Por qué no lo había seguido? ¿Por qué se separaron? Esa tarde compartieron la comida en un puesto callejero, sentados en la banqueta, mientras se contaban sus planes. El día había sido normal. Totalmente normal. La vez en que las radicales habían tirado a Ulises, le había dicho: “ya deja de ir, ¿qué tal si a la próxima no puedo rescatarte?”, se lo había expresado entre risas. Ulises, por su lado, contaba las veces en que cada uno se había ayudado en situaciones críticas. En efecto, Marisela al ver a su amigo en aprietos llegó dispuesta a enfrentar al contingente de encapuchadas, por suerte no lo hizo sola,

pues otro colectivo de feministas abogó por su amigo y lo soltaron. Ulises bromeó por la noche, enfrente de un trompo de tacos al pastor: “ahora las mujeres defienden a los hombres”. Marisela lloró al recordar a Ulises, de camino al encuentro con los amigos.

El reportero se había convertido en la noticia. A las diez de la noche, del tercer día, su cuerpo roto fue encontrado con signos de tortura en la autopista norte. La camisa de cuadros rojos y negros estaba hecha tiras, el torso desnudo resaltaba en una bolsa negra, en otro saco de plástico se encontraban sus extremidades y cabeza. La imagen era una mezcla de horror, vergüenza y sufrimiento. Las imágenes de su muerte se compartían sin pudor, reproduciendo el aturdimiento entre quienes lo conocieron. El antiguo reportero fue convertido en la producción y realización de documentales en los que participaban la amalgama de reportajes, antiguos casos, críticas de actualidades y documentos ficticios que nos motivaban y por los cuales luchamos.

*

Estaba sentado frente al ordenador reproduciendo los videos sobre el caso del reportero, monitoreando los comentarios en tiempo real. El furor por su muerte provocaba el encono de los cibernautas. Las imágenes de indignación seguían sin parar, incluso parecía que la gente había dejado de trabajar para concentrarse en los ataques al gobierno, al crimen organizado, a la policía, a

las feministas y a la moral corrupta de la sociedad. “¡Era el hijo de alguien!”, “¡el amigo, el compañero!”, “una gran promesa para su profesión, un joven que algún día tendría una familia”, la indignación era tal, que los internautas comenzaron a denunciar la caída del servicio de internet en diferentes zonas, algo que el gobierno negó como responsable y lo adjudicó a la operatividad de las empresas.

Un conjunto de hombres comenzó con el *hashtag* “NiUnoMenos” y convocaba a una manifestación en contra de los asesinatos. Convencidos de la culpabilidad de las mujeres que dividían los movimientos sociales, decían que esto era un asunto de buenos contra malos, sobre todo de los buenos ciudadanos contra los malos gobiernos. La tendencia hubiera muerto sino hubiera sido por los marxistas, socialistas e incluso comunistas que se articularon, apelando a unirse para hacer un frente común, que este era el momento para que la clase trabajadora se revelara. En este punto me convencí. Le hablé a los amigos para ir en contingente, convocar a los compañeros y alumnos de nuestra facultad. Luego se adhirieron grupos de la sociedad que alegaban una manifestación pacífica en la que hombres y mujeres fueran incluidos, porque “#TodosSomosIguales”.

Preparábamos la marcha para el día siguiente, con mantas que exigían la renuncia del presidente y la resolución a los crímenes de Estado, cuando nos enteramos de que las feministas también convocaban a un movimiento en

respaldo a las madres de los desaparecidos. Le dimos nula importancia, porque ellas partirían del Antimonumento al Palacio y nuestra convicción era recorrer la vía del Monumento de los Héroes Caídos hacia la Procuraduría. Las noticias que escuchábamos en la radio mientras pintábamos las consignas pasaban del Óscar al actor que había interpretado a un rebelde que ponía en jaque al sistema, a los religiosos que se quejaban de la falta de respeto a sus creencias, el partido de futbol que tendría la selección nacional a la mañana siguiente, las protestas de los indígenas por la construcción de una hidroeléctrica, los movimientos feministas, los campesinos en contra de los transgénicos, el aumento de los precios que afectaría a los que ganaban el salario mínimo y la ley en favor de las operaciones de cambio de sexo cubiertas de forma gratuita por el instituto de salud. Estaba convencido de que aquellos problemas se acabarían con un gobierno justo, excepto, el que la selección algún día ganara la copa mundial y que las operaciones fueran gratuitas para el cambio de sexo, ¡qué mamadas eran esas!

El día siguiente pintaba de maravilla. A las once de la mañana empezaron las transmisiones del partido de la selección nacional contra nuestro archienemigo colonial. Una hora de presentaciones en la que se anunciaba la reincorporación del gran delantero con el que se esperaba el triunfo contundente. A las dos de la tarde, nuestro equipo ganaba en un apabullante tres a uno. La

alegría nos desbordó. Los amigos reunidos para ver el partido e ir a la marcha, rebosábamos en júbilo. ¿Qué haríamos ahora? Por supuesto, ir al Monumento de la Independencia a demostrar el apoyo a nuestra selección, de ahí nos pasaríamos a la manifestación. Total, que en la mochila cabían perfectas las mantas insurrectas y la bandera nacional.

En una hora el monumento estaba a reventar, los asistentes con la playera de nuestra selección, bañados en cervezas y serpentinas. Dos horas después, la garganta me burbujeaba dispuesta a seguir el argüende, pero mi conciencia me despertó para ir al encuentro de la justicia.

—¿Qué dices, we? ¿Cómo que ir? ¿Ir a dónde? ¡Estás loco, we!

La cara de pendejo de Raúl me exaltaba, deseaba abofetearlo para que reaccionara.

—¡Cómo que a dónde! —le quería soltar el puñetazo para que recordara nuestra promesa—, debemos ir a la marcha —el puño estaba bien listo para reventarlo.

—Sí, sí, we, yo te alcanzo al rato.

Me largué con las mantas que él traía, estaba seguro de que me abandonaría. La avenida de Reforma que ligaba a los monumentos emblemáticos de nuestra nación estaba casi ocupada por los fanáticos. Salir del espacio del festejo al de la indignación costó un par de pasos, el silencio entre ambos fracos fue de menos de media cuadra. El patio del Monumento de los Héroes Caídos contenía

reuniones dispersas. Había un puñado de hombres con sus cartulinas de #NiUnoMenos, eran tan pocos que era lamentable el ridículo que hacían, por lo que pasé de largo. Me acerqué a un contingente mezclado de estudiantes que me reconocieron:

—Por acá, profe —Sebastián me agitaba su mano.

Quizá tuviéramos la misma edad, con la salvedad de que yo terminé mi carrera y me contrató la Facultad como docente. Había pocas mujeres en los diferentes gremios, quizás porque muchas de ellas se encontrarían con las feministas. Un tipo alto, güero y barbudo subió a lo alto del pedestal, sosteniendo un megáfono. Hablaba con otro tipo de la misma estatura, moreno claro, quien vestía de manera formal. Después de un rato de alegatos prendió el altavoz:

—¡Compañeros! ¡Debemos cambiar el itinerario, será mejor ir a Palacio, a decirle a ese hijo de... que no queremos más muertos! —la poca audiencia respondió con menos entusiasmo—, ¡debemos escupirle nuestro hartazgo! —continuó ignorando la decepción—, ¡no podemos permitir la sangre en nuestro país! —quedamos en silencio, recordando que la marcha feminista iría para el mismo destino.

—Profe, escuche...

Sebastián se había acercado con su celular, tenía sintonizada la radio con las noticias: “la marcha feminista ha dado inicio hacia el Palacio”, el tono del reportero

era entusiasta al dar la nota: “hay una concentración muy grande de nuestros compañeros de diversos medios que las acompañan en la retaguardia para exigir justicia por Ulises...”. Ahora no parecía descabellado que nos uniéramos a la marcha feminista, si los reporteros iban a estar ahí también podíamos engrosar la manifestación. “Joaquín, nos informan que hay cortes a la circulación en la parte poniente de la ciudad, por campesinos e indígenas que vienen caminando, exigiendo el cese de la construcción de la hidroeléctrica, parece que habrá un gran caos en la ciudad...”. Los escasos grupos se fueron articulando en otras congregaciones, mientras los fanáticos del futbol se iban replegando en un baile cada vez más frenético. El sonido de las matracas y los cohetes comenzaron a dominar el ambiente. “Sí, Joaquín, aquí sigo, para informar que las feministas están rezagadas, sin embargo, se ha suscitado un pequeño incidente con una persona LGTB a un costado de Palacio...”. Caminamos sin grandes aspavientos, los alumnos cantaban y bailaban para animar la marcha. “Frente a la catedral estaban los creyentes que dicen apoyar el modelo tradicional de familia y estar contra la ideología de género, iban saliendo de misa, aunque es incierto el porqué tenían las pancartas. Al pasar este joven se dio la confrontación. Los feligreses dicen que el joven les arrancó uno de sus letreros y lo destruyó, luego de lo cual algunos comenzaron a golpearlo...”. A lo lejos pudimos ver un gran contingente

que se acercaba. En primer orden, venían las madres y padres sosteniendo las fotografías de sus desaparecidos. Las feministas debían venir atrás. Era tan grande la franja de familiares que cualquiera hubiera dicho que venían de todas partes del mundo. “El joven por su parte, ha dicho que ellos empezaron a agredirlo, que sólo iba pasando y que su sola presencia fue lo que los ofendió...”. Sebastián consultaba absorto sus redes sociales, olvidándose de la grilla de sus compañeros.

—¡Los queremos de regreso, los queremos vivos! —se oía a una sola voz el grito de justicia de los manifestantes.

Alcanzamos el punto en el que la triangulación fue un escenario surrealista. De un lado, se acercaba una marcha sin fin, ni siquiera se podía distinguir a las feministas; por otro, estaban los fanáticos del futbol que se habían extendido; en la tercera vía, estábamos nosotros que sobrepasábamos apenas los quinientos asistentes, sosteniendo nuestras caras largas. Además, estaban los agregados fortuitos, una mancha frente a la Catedral que exigía la muerte de la ideología de género y, frente a Palacio, un gran pelotón de policías resguardando el edificio.

—Profe... —Sebastián caminaba hacia mí con la cabeza gacha puesta en el teléfono— profe... —repitió en un susurro.

—¿Qué dicen las noticias, Sebastián?

—Las noticias no, profe, las redes... están saturadas... hay más de un millón en la marcha de los desaparecidos,

las feministas vienen acompañadas, están los reporteros, personal del sector de salud, los obreros que piden un aumento al salario mínimo, los transportistas... y... y... al parecer se unieron los indígenas.

—Déjame ver...

Brusco, le arrebaté el celular. Había fotografías y vídeos, el camino entero del Antimonumento al Palacio estaba repleto de agrupaciones. Las voces eran un canto impresionante. Los fanáticos del futbol habían sido obligados a orillarse, nunca se habían extendido, un conjunto inmenso estaba ocupando las calles aledañas a la marcha que venía desplazando todo lo que no fuera una protesta.

—Esto sobrepasa el millón, Sebastián... esto debe ser el triple... el cuádruple...

Los helicópteros aparecieron en los cielos. Motocicletas con uno o dos pasajeros, sostenían cámaras de grabación, cámaras fotográficas o, simplemente, celulares, que capturaban los instantes. De pronto estábamos rodeados con imágenes de desaparecidos de distintas edades, géneros y estratos sociales. Entre el tumulto, de forma individual o en grupos pequeños, acudían en auxilio del joven atacado por los feligreses de la catedral. Era imposible que entrara una persona más, sin embargo, seguían accediendo. El rostro de commoción de los policías se adivinaba por debajo de los cascos. Las madres de los desaparecidos tomaron la voz sin aparato amplificador de por medio, las

voces eran suficientes para hacerse una, con una potencia que hacía temblar el suelo.

*

La policía estaba superada por los colectivos. La tensión se sentía como el filo de una guillotina a punto de caer. Era como si el horizonte se hubiera inclinado para dividir la vida de la muerte. A la lejanía se escuchaban los camiones cargados de huestes. Las respiraciones recorrían los cuellos y las mejillas produciendo la incomodidad por la estrechez. Sebastián se encontraba a unos pasos con el resto de los estudiantes que formaban una espiral. Una ola sigilosa formada por decenas de mujeres se expandía a lo largo de la plancha del patio, desplazando, suave, a los asistentes, reconformando el espacio. Los feligreses habían dejado de lanzar insultos y golpes a la comunidad no binaria que, para entonces, sus siglas existentes por los neogéneros habían producido una mácula de pigmentación muy variada. Los reporteros estaban diseminados por varios sitios con las cámaras de captura y los micrófonos suspendidos.

Primero se acercó el retintín del himno nacional, luego el estruendo de los cohetes, por último, los fanáticos con el torso desnudo izando las banderas, orgullosos de su selección. La confusión reinó en unos cuantos nanosegundos que vieron explotar por todos lados las fuerzas de las que se disponían. Los policías que, tal vez, confundieron el sonido de los petardos con disparos,

encontraron el pretexto perfecto para disparar y detonar los proyectiles de goma mezclados con los gases lacrimógenos. Así, los gendarmes quedaron atrapados en el caos que habían producido. Las madres de los desaparecidos comenzaron a romper las primeras filas para entrar al recinto presidencial. Los gritos de terror llamando a sus seres queridos se dispersaron. Los llantos se hicieron presente, también el coraje que se volvió agresión. En un espacio contenido más personas de las que nunca hubieran estado, vibró un movimiento tectónico que asolaba parejo entre las autoridades y los civiles. Decenas de individuos caían aplastados entre quienes intentaban huir o pretendían ocupar las sedes del poder. El edificio de administración tributaria, los juzgados, el instituto de vivienda y la cámara de senadores, eran azotados para que sus puertas cedieran. Los feligreses trataron de ingresar al interior del templo, pero era tal la fuerza que se producía por el oleaje, que en un santiamén estaban separados.

Un corro de encapuchados hizo presencia con bombas caseras que aventaban sin un punto claro. Los agitadores sumaron el miedo. Un adolescente con pasamontañas alzó su brazo con un trapo negro y un soplete, antes de que pudiera hacer algo, fue abatido por un tumulto que escapaba por una de las calles que daban a la alameda. Por el edificio de recaudación fiscal arribaban los camiones de granaderos para contener el gentío.

—¡No se vayan! ¡Hay que pelear! ¡Por nuestra patria!

—Sebastián gritaba a pleno pulmón, otros estudiantes hicieron lo mismo. Una compañera, que se caracterizaba por su asistencia esporádica durante el semestre, estaba a su lado con una bandera nacional ondeándola en lo alto.

Los clamores de la avenida Reforma se convirtieron en aullidos, camiones con soldados aparecían con mangueras y armas largas para amedrentar a los fanáticos del futbol. Del lado de la marcha multitudinaria también se oían alaridos de terror. A los helicópteros negros que sobrevolaban los cielos se unieron los camuflajeados. Aquello se había convertido en una gran caja a punto del genocidio.

Las madres y padres de los desaparecidos habían conseguido entrar al Palacio y ahora se asomaban por los balcones. Los rostros de conmoción eran evidentes por todas partes. En momentos los cuerpos se contraían al punto que el diafragma era incapaz de soportar el peso. Las banderas nacionales de los aficionados futbolistas volaban en forma de cobijo sobre las cabezas de los manifestantes. Ante los proyectiles de las milicias la gente encontró los propios, aunque fueron insuficientes. Un padre, que tenía colgado al cuello el retrato de su hijo miraba las escenas desde el balcón presidencial. Podía notarse que estaba impedido para moverse. Contemplaba absorto la escena del infierno frente al pacífico cielo cuando una bala le impactó en el centro de la frente y su cuerpo cayó en noventa grados sobre un suelo crudo.

El profesor había quedado en cuclillas mientras vislumbraba el panorama que se representaba a su alrededor. Los tanques de guerra se abrían paso entre los cuerpos.

—¡Voy a morir por mi patria, maldito mal nacido! —Sebastián era arrastrado por soldados hacia la avenida Reforma, como no dejaba de patalear y maldecir, los gendarmes lo hincaron frente a otro y ahí le dispararon.

El profesor se hincó y colocó las manos detrás de la nuca, a pesar de que nadie lo tenía amenazado. Las madres de los desaparecidos se atrincheraron en el Palacio, junto a otros inconformes que se resguardaban de las ráfagas. Afuera, la única comunidad que se mantuvo junta en aquel maremoto fue la que ondeaba la bandera multicolor, cuyos integrantes se jalaban unos a otros como si estuvieran en aquel juego infantil de “las cebollitas”, en donde la fila iba perdiendo según fueran arrancados sus miembros, y ellos estaban dispuestos a ganar. Se sostenían con todas sus fuerzas para que sus integrantes se mantuvieran unidos. Entre ellos se iban jalando para meterse a la catedral que estuvo inhabilitada para cerrar sus portones a tiempo. El sacerdote se había refundido al interior junto a su cristo, con un teléfono celular pegado a su oreja con el que invocaba a un interlocutor para que la situación parara. Ante la guerra, quedaba implícito que quien se albergara en el espacio sagrado quedaba impune. Muchos soldados eran católicos acérrimos.

El profesor se levantó con sobriedad y, apretando los labios para evitar pisar los cuerpos, caminó con paso torpe, comprobando sus extremos y tratando de grabar en su mente las imágenes. Más gente compareció armada de la ira, con lo encontrado en el camino hizo frente al ejército que comenzó a tambalear en sus pretensiones. El profesor se dirigió hacia el cuerpo de Sebastián. Se agachó unos instantes para sellar sus ojos y continuó sobre Reforma, demasiado aturdido. Un joven estudiante de piel morena, pelo negro remilgado, ojos grandes y oscuros cubiertos por unos lentes de armazón metálico, un maletín colgando de su hombro, actitud arrogante y vestido con un traje informal impecable que contrastaba con el ambiente, cruzó frente a él, apresurado, como si estuviera en otro espacio y en otro tiempo. El docente fue despertando de su aturdimiento al percatarse que el enfrentamiento era feroz contra los uniformados.

—¡Quítate vato de mierda, que estorbas!

El profesor fue apartado del camino por una joven feminista encapuchada que blandía un martillo, detrás de ella corrían veinte adolescentes. Eran adolescentes, la compleción de sus cuerpos las delataba. Sin pensarlo dos veces se fueron contra los soldados que mantenían capturados a los civiles.

—¡Yo estoy con ustedes! —el reclamo le había dolido al docente, quemándole su interior y, ante todo, su orgullo— yo estoy con ustedes —repitió entre dientes.

El resto de las asociaciones que venía en la marcha había llegado, huyendo de los soldados que los compelían hacia el centro; fueron los que ayudaron a derrotar a la avanzada. Los llantos se oían fortuitos. Si los reporteros estaban haciendo o no su trabajo era algo que era imposible saber, la multitud había dejado de ponerles atención. Los cuerpos de los granaderos también estaban abandonados junto a los civiles de todas las edades. Las posiciones de los fallecidos indicaban el miedo, la solidaridad y la impotencia de sus últimos minutos. El cuerpo de un hombre viejo con los brazos extendidos, encima de un grupo de jóvenes, mujeres y hombres, a los que procuró proteger. Una madre que abrazó a sus hijos para que su rostro fuera lo último que vieran. Aficionados que abrazaban una bandera, sostenían las matracas y las serpentinas del festejo. Creyentes que se aferraron a la biblia para suplicar la compasión. Parejas sin género preciso que se quedaron a mitad de su destino, unidos por las manos y brazos entrelazados. Abuelos que sostenían mantas para exigir justicia para otros. Ciudadanos y ciudadanas yaciendo en el pavimento que deseaban que el crimen disminuyera. Entre los muertos, había miles de heridos resguardados en las comisuras de los edificios. Médicos, enfermeras, paramédicos y ayudantes improvisados corriendo por cada recoveco, proveyendo tranquilidad a los sufrientes.

Los avistamientos de los helicópteros en ocasiones se dejaban escuchar muy cerca, como si bajaran y luego

ascendieran. El profesor seguía observando los rostros para grabarse las imágenes. Ahora la magnitud provenía de las fracciones que parecía retornar, eran las mismas que había escapado entre las calles y que en lugar de irse a sus casas regresaba para combatir al ejército, el cual hacía mella sobre los contingentes que horas antes venían del Antimonumento. Los tanques deficientes para ahuyentar a la masa, la había dispersado, dándole tiempo a reunir más indignación.

Los indígenas y campesinos pasaron empuñando machetes. Familias enteras de indígenas corrían para auxiliar a los citadinos, los infantes perseguían a sus madres con los rostros aterrados sin saber a ciencia cierta lo que sucedía. Pronto descubrirían que ese sería su único camino. Las niñas feministas que ese día se convirtieron en mujeres se reintegraban, liderando a las agrupaciones. Los reporteros se animaban a evidenciar sus herramientas de trabajo.

En la catedral, ahora la comunidad LGBTQ+ defendía a un mayor número de personas —¿cabría decir, a cis heterosexuales?— a las que ayudaban a ingresar. Los transportistas, los obreros y las feministas habían conseguido disminuir a una buena parte de la retaguardia y ahora ocupaban la plaza que había vuelto a quedar en espera de que algo rompiera el momento. Las huestes recargaron armas. La tensión se convirtió en un instante prolongado. Un helicóptero pasó como una mosca entre

comensales que esperan la cena. El chirrido de una verja vieja se coló en el ambiente, quienes sostenían las rejas del atrio las abrieron. En un lento y silencioso movimiento los ocultados en la catedral se pasaron toda especie de artículos religiosos que podrían servir para defenderse: candelabros de oro, calderos, braseros, pedazos de bancas... En el Palacio los refugiados hicieron lo propio recogiendo computadoras, mesas de roble, espadas y lanzas del museo, además de lo encontrado en la armería. La caja se había revertido, ahora el ejército estaba encapsulado.

Un soldado que temblaba de pies a cabeza accionó su arma, dándose el tiro en el pie. Era prescindible a dónde había ido a dar el proyectil, porque los insurgentes —habían dejado de ser manifestantes, para convertirse en insurrectos— se lanzaron contra sus opresores sin pensarlo.

Al poco tiempo los soldados estaban desarmados y sus vehículos incendiados. El puro peso de la muchedumbre consiguió el propósito que los enemigos habían supuesto para sí. El gentío se iba dispersando cuando arribaron los camiones con policías y soldados que intentaban arrestar a quien se pudiera. Era un asunto secundario que fueran disidentes o trabajadores de los edificios gubernamentales, comerciantes o perdidos, vagabundos o empresarios. La Cruz Roja hizo acto de presencia, sin darse abasto entre tantos heridos y muertos. Los bandos, asimismo, ansiaban recoger los cuerpos de sus compañeros y ayudar a los

heridos. Al final, se impuso la voluntad miliciana que perseguía a todo aquel que carecía de uniforme.

El profesor fue detenido cuando cruzaba el eje para la alameda. Abrieron su mochila en la que guardaba las mantas de protesta de Raúl. Marisela fotografió su rostro cuando un soldado le alzaban la cara. El militar increpó a la reportera que se defendió mostrando su gafete. Un helicóptero negro aterrizó en la alameda con un tipo trajeado que era perseguido por dos camarógrafos y un asistente. El militar volteó e hizo una mueca.

—Bien, empezaremos por aquí —el director de noticieros volteó hacia la reportera—. ¡Vamos!, ¿qué esperas, niña? —gritó aplaudiendo— ¡a trabajar, a trabajar!, nada más no te cruces en mi toma...

Joaquín volteó a cada ángulo, buscando el mejor para iniciar, luego se dirigió a una de las cámaras y le dio una señal al equipo de grabación:

—Me encuentro en el lugar de los hechos, vamos a hacer el recorrido en vivo para darles los pormenores de lo que está sucediendo...

*

El hervidero de las opiniones en las redes sociales estimulaba las pasiones. Las pasiones en sentido extremo han sido peligrosas, pueden provocar lo inimaginable. Las pasiones se desvían de lo unilateral, se empeñan en encontrar nuevos cauces en donde dejar correr la sangre, mas cuando se bifurcan en dos caminos claros, el peligro

explota. Así la sociedad se dividió, por un lado, en quienes defendían a capa y espada al gobierno, dispuestos a perder la vida por un sistema en el que se sentían cómodos; por otro lado, los enfurecidos con la bandera del hartazgo, deseosos de que el sistema cayera, un sistema podrido en el que sin importar quién gobernara, era siempre el mismo: dominio voraz, incansante y genocida.

Los internautas a favor del sistema alegaban el fomento a la paz y el progreso, convencidos de que los bien portados serían favorecidos, en cambio, veían en la injusticia un comodín de los vagabundos, los alborotadores, los flojos, los criminales: “esa bola de bárbaros deberían regresarlos a la selva”, decían sus comentarios, “esas no deberían llamarse ‘mujeres’ denigran al género femenino”, “antes las feministas contribuían por la igualdad”, “a esos indios por qué los dejan andar con machetes en la ciudad, no saben convivir”, “qué más buscan esos obreros, sin nosotros se morirían de hambre, den gracias a los empresarios que les damos trabajo”, “si siguen así las cosas, nos obligarán a irnos a otro país”, “¡por favor!, a cómo atienden los médicos, qué los despidan”, “el transporte está pésimo y ¿desean subir el precio del pasaje?, muy mal”, “por eso el país no prospera, por gente que se dedica a hacer desmanes” y otras opiniones por el estilo.

Por el contrario, los cibernautas contra el sistema compelían a la acción, a dejar el cómodo sofá del confort y la desidia: “¿acaso no lo ven? ¿No se dan cuenta de los

miles de desaparecidos?", "¿cómo pueden seguir como si nada?, ¡nos están matando!", "quemaremos la ciudad si es necesario, hasta que obtengamos justicia", "si quieren quitarnos el territorio, responderemos con las armas", "exigimos justicia para los asesinados", "no más crímenes de Estado, no más desapariciones forzadas", "no más injusticias para los desprotegidos" y otras frases por el estilo.

La batalla de los *hashtags* de la mañana se convirtió en la lucha civil por la tarde. Las disputas se transformaron en un galimatías de ciudadanos contra ciudadanos y ciudadanos contra el Estado. Y estaba claro quiénes estaban perdiendo, los ciudadanos que peleaban contra el Estado y contra otros ciudadanos. Los muertos y heridos caían por miles. En el resto del país se alzaban revueltas. El caos era el panorama que se vislumbraba como futuro a largo plazo.

Luego vinieron las prohibiciones. Lo prohibieron todo. La privación del derecho al voto fue el desencadenante para los estallidos de la cruenta violencia estatal y la dictadura disfrazada de paternalismo oficial. Las confrontaciones se recrudecieron en un abierto mecanismo de represión ciudadana y en la rebeldía armada. Los change.org de las buenas intenciones fueron superados, el documentalismo salvaje era lo común, un documentalismo tendencioso y farragoso, eso se requería para mantener los bandos en acción. Los rebeldes consiguieron la artillería con los mismos que deseaban aniquilar, los mismos que abastecían

a los narcotraficantes. Los bandos nunca están definidos cuando se juega la vida y cuando la vida es sagrada.

—¿Y usted maestrito sigue escribiendo? —el preso lo preguntó con tono de sorna.

—Estoy documentando lo sucedido, cuando esto acabe se requerirán las memorias de primera mano.

—¿Usted cree que esto acabará pronto? —el reo echó un vistazo al profesor—, es probable que usted salga, su universidad está viendo cómo sacarlo de aquí; los demás seguiremos luchando, estas fregaderas se deben acabar.

El preso era un chofer de microbús, cuyo pantalón negro de vestir, sucio desde hacía una semana, y su camisa percutida eran indistinguibles de otros reclusos; vigilaba al profesor mientras jugaba matatena de piedrillas con sus compañeros, azuzándolo cada que podía.

—¿Qué escribe maestro? —una voz de mujer se coló desde la otra celda.

—La muerte de mi alumno... un estudiante que deseaba morir por la patria...

—Ahí está lo malo, maestro —interrumpió la mujer— en morir... y más morir por la patria, esta patria que nos quita y nos avienta migajas.

—Esta nación no es tan mala, sólo se requiere luchar para que se hagan valer las leyes, para que haya justicia y democracia.

—Su gobierno es corrupto, su gente es corrupta, su cultura es corrupta, eso ya no se quita nomás como así,

requiere ser cortado de tajo, como las enredaderas que ahorcan los buenos árboles.

—También es tu gobierno.

—Para nuestra desgracia... aunque... primero que el gobierno está nuestra vida... nuestra comunidad... nuestra gente, pues. Además, nadie nos preguntó si queríamos este gobierno, y no lo queremos. Un gobierno no debería ahorcar a su propia gente, eso es dominio, o colonización, ¿así le llaman ustedes, no? Co-lo-ni-za-ción...

—Hay de varios tipos.

—Pues yo no fui a la escuela, pero sí sé que no queremos esta colonización, este gobierno.

—De lo que se trata es de luchar por una nación justa...

—Eso de luchar por una nación justa es para unos cuantos, nosotros queremos el respeto a nuestro territorio —interrumpió la mujer.

—No se exalte, mire le estoy tratando de enseñar que lo conveniente es...

—Nosotros sabemos lo que nos conviene, nuestro pueblo tiene miles de años, ¿el de ustedes cuánto?

La conversación fue interrumpida por el tumulto que entraba al patio. La cárcel estaba construida en forma octagonal, con un patio al centro. Las celdas formaban una valla alrededor en las que se podía observar muy bien lo que sucedía en la zona de encuentro. Un colectivo de feministas era arrastrado al foco principal. Las mujeres estaban atadas con las manos a las espaldas. Muchas

eran jóvenes entre los quince a los treinta y cinco años. Algunas tenían sus rostros desencajados, otras aventaban improperios y se resistían a ser jaloneadas. La torre de presas feministas estaba separada del resto de los reos. Tal vez por miedo a que hubiera un mayor alboroto. El ritual contra este sector se dividía en cinco pasos: en el primero eran colocadas en el centro del patio, formadas, para recibir las iniciales tundas en las piernas; en el segundo, eran desamparadas durante un día o dos, sin agua y comida, hasta que se cansaran de vociferar; en el tercero, las manguereaban para bañarlas, después las metían en sus celdas y, por fin, les daban comida echada a perder.

—Esas mujeres tiene bien puestos los ovarios —dijo el chofer con un dejo de tristeza.

—Se ensañan con ellas porque algunas son muy violentas —intervino el profesor.

—¿Pues qué quiere usted, maestro? ¿Manifestaciones pacíficas? —se oyó la voz de la mujer del otro lado, reinó unos segundos el silencio y continuó—, su gobierno mató a toda mi familia... mi madre, mi padre, mis abuelos... hermanas y hermanos... yo tenía siete años... sólo me quedó mi hermanita de un año que cargué como pude... El ejército entró a mi comunidad que se resistía a la construcción de una represa, sólo así, una buena noche entró a rafaguearnos con sus escopetas. Mi abuelita, mi mamá, mis hermanos... tirados... sobre la tierra, hilos de sangre muy finos salían de sus cuerpos. La sangre escasa

contrastaba con sus facciones desprendidas... los ojos de mi madre estaban fijos en el cielo nocturno, los de mi familia estaban desgajados, perdidos en los confines de nuestra tierra, sin vida. Huimos como pudimos, dejando a los muertos desprotegidos. El monte nos amparó unos días, mientras nos reponíamos de nuestras tristezas... Nos eligieron a nosotros para dar escarmiento a las comunidades, pero ¿qué cree? Nos unimos más.

—Esa fue una desgracia, una verdadera desgracia, sin embargo, la respuesta jamás puede ser la violencia...

—Es usted muy romántico, profesor. Usted es como esos de las películas que creen que está bien luchar contra el gobierno saliendo ilesos, como si nada, y no, los golpes duelen, los asesinatos te desgarran el corazón, el miedo te anega, volteas a cada segundo para saber si tu asesino está cerca, temes el instante de lo peor, tienes entre tus ropas un cuchillo... algo con qué defenderte. No, maestro, no se trata de ser un romántico sino de hacer una lucha efectiva. Eso es lo que yo le voy a enseñar a usted, a luchar, a ser valiente, así cuando le tema a su sombra estará preparado, no a morir sino a seguir con vida para ver cómo esos desgraciados pierden el poder.

—¡Eso! ¡Muy bien dicho! —dijo el chofer, en tanto los compañeros le secundaban—, así se habla doña, su raza da orgullo. ¡Ve, profesor, cómo se habla! Yo hubiera querido tener el valor cuando mi niña desapareció, pero me quedé como un imbécil. La autoridad nomás nos traía,

a mi esposa y a mí, de aquí para allá sin que nos diera respuesta. Y hasta ahora nada de nada. Por eso, cuando vimos la marcha por las desaparecidas, le dije a estos vatos, si nos vamos a manifestar por el alza del precio en los pasajes, pues vamos también por los desaparecidos, ¿qué no? —se dirigió a sus compañeros que asentaron con fervor—, y pues vea que mis compas me acompañaron a alzar la voz por mi niña —el chofer pasó su manga sucia por sus ojos acuosos—, mi niña que apenas tenía doce añitos, una carita hermosa, una sonrisa pícara... Fíjese que odiaba hacer la tarea y prefería acompañarme en la micro —volvió a limpiarse las lágrimas— y... pos nada, la secuestraron...

El profesor registró a detalle la conversación. Por la noche, la ciudad ardía bajo los incendios provocados por diferentes sectores. La chispa de la teoría la obtenía tarde, afuera estaban las personas que hacían de la lucha, la efectividad. A los que habían mal llamado “minorías”, para los que perder era una banalidad, a los que les daba lo mismo morir hoy o mañana, a los que preferían dejar los romanticismos para seguir con vida y luchar. Esa gente era la que estaba haciendo la revolución.

Las comunidades pobres privadas del derecho a comer eran las más entusiastas. Hombres y mujeres estaban en pie de lucha. La impotencia sentida por años de abuso devino en la fuerza para ir contra sus opresores. No fueron los marxistas, tampoco los socialistas, ni los comunistas,

simplemente las medidas de empresarios y políticos que los habían desposeídos por siglos, incluso de la dignidad de su fuerza de trabajo intercambiable, el motivo para que se decidieran a luchar por lo que les correspondía. El ser humano lo puede aceptar casi todo, incluso la miseria, hasta que las lágrimas de la impotencia se desencadenan en dos opciones: dejarse morir o levantar el rostro sabiendo que la muerte es insignificante.

Los colectivos de toda índole también salían a las calles para ser escuchados en sus demandas sociales. Los migrantes desarraigados hicieron lo propio al cuestionar sus raíces, al pelear por un territorio que les fuera propio. Renegados de los espacios comunitarios y de los espacios citadinos mestizados, deseaban un lugar en el que fueran tratados con respeto allende de una mano de obra barata, sin discriminación por su color de piel o por la falta de una lengua ancestral. Los trabajadores informales visto en gran medida como escoria del progreso se levantaron contra sus líderes, contra el sistema económico que los engrandecía y a la vez los condenaba. Trabajadores del servicio doméstico en casas de los adinerados que apenas tenían acceso a alguna prestación se revelaron arremetiendo contra los bienes de los patrones.

La batalla estaba muy lejos de ser una lucha de clases a gran escala. El escenario era un campo urbano y rural donde las fronteras se diluían, en donde, por necesidad, los sectores sociales hiperdegradados decían “no” a un

sistema de injusticias. El clientelismo de los partidos se fue difuminando al punto que el dinero era un insulto. El pedestal de los intolerantes religiosos se fue cayendo, pedazo a pedazo, con más frecuencia de lo nunca imaginado, los recluidos en los closets levantaban su voz para salir de su encierro. Las ambiciones de limpieza étnica se desplomaron conforme se peleaba codo a codo con oriundos de otras lenguas y culturas. Los reporteros que antes habían contribuido al mantenimiento del sistema dejaban sus puestos para unirse a los rebeldes.

El estrépito de una granada destrozó la entrada de la prisión para dejar un gran hueco en el edificio y sordos a los reclusos. El humo tardó en disiparse. Los guardias sostuvieron sus armas en lo alto, antes de que los amagaran. Tras el polvo estaba un contingente de soldados con armas largas. Una camarilla de cabos se internó intimidando a los oficiales de seguridad, a quienes les pidieron sus pistolas. Uno de ellos se colocó en el centro del patio, volteó hacia las celdas y ordenó a los centinelas:

—¡Tienen cinco minutos para dejar a los presos libres!

La sorpresa fue mayúscula. Los reclusos salieron de prisa del edificio. La ciudad era un sitio de guerra. Los cabos se habían rebelado contra los mandos superiores. El caos reinaba. Jóvenes encapuchados pasaban corriendo en dirección al Palacio. Manifestantes luciendo todavía las fotos de sus desparecidos mantenía el Palacio en sus manos, varias feministas corrían en su auxilio y los reduci-

dos soldados a favor del gobierno intentaban mantener el control. Marisela que igual corría junto a sus compañeros divisó un rostro conocido, se detuvo y fotografió al profesor que estaba en una bandada muy singular de rebeldes, luego continuó su camino.

—¡Ándeles, maestro! ¡Deje de escribir! Es tiempo de ser valientes.

—¡Un momento, ya voy!
Estas serán mis últimas palabras escritas hasta encontrarnos en la victoria.



Diez años cucaracha

Los odios son incognoscibles, sólo se sienten; en ocasiones, escapan en una risilla mal disimulada. A veces ni siquiera es odio, es algo sin nombre, un vapor que escapa de la tierra, absurdo de contener; un impulso, un placer desbordado.

Cayó por las escaleras como un costal mal relleno o una pelota que no sabe rebotar, hasta eso que tenía gracia. Sentí que me liberaba, como si me quitara algo muy pesado, esa sensación es como el vicio, sí, como el vicio, deseas repetirlo muchas veces; te trae alivio, un momento de alegría que recorre todo el cuerpo, y eso es vida, la sensación de ser invencible.

A sus diez años lo observó con detenimiento, memorizando el ruido que dejaba el cuerpo sobre las escalinatas. Esteban se rompía poco a poco, mientras gritaba en su interior por su madre. La imagen de ella fue lo último que vio cuando voló del último escalón al abismo del piso inferior. La calidez mitigó el miedo.

En cada nivel la mirada de terror era la respuesta a la acción de su compañero de juegos. La primera vez fue arrojado del tercer piso por las escaleras, creyendo que había sido un accidente; lloró cuando notó que la chanza fue a propósito. Su verdugo se acercó rechinando los dientes, lo levantó como un montículo de basura y con toda la fuerza de la que era capaz, lo empujó para repetir la operación. Los huesos se fracturaron. Cerró los ojos al ser aventado a otro despeñadero. Al desplomarse en el primer nivel estaba mareado, le era difícil saber con certeza cuál era el lugar que lo rodeaba. Intentó incorporarse, sin embargo, su cuerpo danzaba en una especie de limbo, aun así, pudo sentir que era jaloneado. La sangre de su cara corría abundante. El abismo lo recibió. Sus pensamientos estaban en su madre al ser arrojado de la ventana. Luego fue pateado, reiterado y atroz, en el pasto recién podado de su jardín.

Cuando el cuerpo dejó de moverse, la gracia también se esfumó. Entonces el asesino salió por la rejilla trasera, se retiró como un espectador se para de una butaca de teatro y se larga, con parsimonia y sin dramatismo, porque la función ha terminado. Minutos después la persona que hacía el aseo descubrió al niño tirado como un muñeco destrozado, por lo que tuvo que llamar a sus padres, quienes a su vez telefonearon a los servicios de emergencia. Las consecuencias fueron predecibles. La joven encargada fue culpada de la negligencia y arrastrada en la irascible

acusación del padre del niño. La madre sin cesar de gemir exigía la captura del o los culpables. El patrón, iracundo por naturaleza, era un volcán contenido. Estaba dispuesto a que rodaran las cabezas que fueran necesarias, a convocar a los medios, los políticos, los vecinos, a quien fuera, para que se acabara con la lacra de la sociedad y, si era inevitable, a terminarlo con sus propias manos. El funeral era lo de menos, primero la venganza.

El asesino caminó por la acera de la avenida que separaba las mansiones de los edificios de interés social. La adrenalina se había disipado a las pocas horas para dar paso a una calma de dudosos remordimientos; la bravuconería lo alentaba a sonreír. Esteban no tenía la culpa. Es cierto, él no tenía la culpa, pero la tendría. En algún punto de su historia futura, la tendría, se convertiría en su padre. En aquel patrón que sólo sabe abusar de múltiples formas. Recordó cómo le enseñaba sus juguetes sin pudor. *El muy imbécil tenía una habitación de juegos. Una casa enorme que parecía palacio...* A decir verdad, era intrascendente cuántos niveles tuviera una casa, para él representaba un palacio y eso que estaba acostumbrado al cielo raso sobre su cabeza. Esteban le mostró su colección de música y vídeos de anime en un iPad última generación, recalmando que él conocía lo mejor de lo mejor.

—Pequeño imbécil. Cree conocer el mundo. No tiene ni puta idea —se lo dijo a un fantasma que se dibujaba frente a él.

Era común que los amigos se sintieran intimidados cuando mascullaba sin razón aparente o levantaba la voz a un ser inexistente y continuaba como si nada. Notaba que se le escapaban los pensamientos y lo incómodo que resultaba para el resto que le hablara al vacío; se molestaba, por supuesto, pero ni siquiera se disculpaba.

Había estado en la casa del patrón en varias ocasiones como chalán del albañil que reacondicionaba una habitación para volverla gimnasio. Esteban de forma insistente lo pingoneaba. Lo llamaba bajo cualquier pretexto y él intentaba seguirle la corriente, en especial, cuando estaba su padre. Fingía para conservar el empleo, un empleo que detestaba, mas le daba algo de comer. El patrón, en cambio, expresaba de manera abierta su desprecio. El chalán terminó en dos semanas y le prometió al junior que iría un día especial para jugar. *Pobre imbécil se creyó lo que le dije, es una lástima que su papi no le enseñara sus mañas. Aquel cabrón sí que sabía cómo someter para que me tragara las lágrimas de vergüenza.*

La primera vez que arrojó a alguien de lo alto fue a Marcos. *Por pendejo. Era un pendejo. Se la pasaba lloriqueando por su madre que se había largado a saber con quién y ahora debía vivir con su abuela que le hablaba maravillas del padre, quien fue el primero en abandonarlo. ¡Pobre huérfano! Por lo menos tenía una abuela que le daba de tragar. Debió dar las gracias. Era un fastidio. Un verdadero fastidio. Un zumbido en el oído. Aunque en realidad, era un buen amigo,*

en ocasiones lo extraño, menos cuando lloraba, porque era un fastidio, cualquiera quisiera mandarlo al infierno.

*

La gran mayoría de la gente esconde sus mezquindades, menos aquellos que carecen de vulnerabilidades, o eso creen. Sería una imprecisión datar cuándo nació dicha pasión, el tiempo es un asunto de quimeras. Tampoco existe una edad para sentir las. Cien millones de niños viven en las calles, la mitad son mezquinos, también lo son quienes viven con sus familias. En la adulterez se inclina la balanza, sólo que aprendemos a ocultarlas. Nadie escapa a estas cuentas de injuria. *Que los niños son inocentes es una jalada de los adultos... Esta vieja lleva rato viéndome con aires compasivos.* El niño rio para sus adentros.

—Dame una pinche moneda, vieja ridícula, o te quiebro.

La mujer que se notaba ausente y cuya mirada se había posado en el rostro del abandono, queriendo encontrar el recuerdo, atendió el llamado con lentitud, ¡tenía tanta tristeza!; sacó, entre sus ropas, un monedero de bolitas que replicaba su carencia de lucidez, y dio una moneda sin fijarse en la denominación. *Qué le vamos a hacer, hoy no hubo pa' la papa. Debí robarle algo al patroncito para tener de reserva. Pinche albañil al rato tengo que ir a cobrarle el favorcito.*

Cerca del parque estaba un tumulto que cubría a un pequeño grupo de niños azorados por lo que su propia presencia provocaba. Los reporteros sacaban fotografías

aquí allá; sostenían micrófonos y hacían lo que mejor saben hacer: preguntar y desviar el interés. El asesino se acercó a otro niño que curioseaba. El chaval sostenía una caja de chicles casi repleta, señal de la falta de compradores. El vendedor estaba al vuelo de su estatura, tenía un rostro apacible y sus ropas remendadas contrastaban con sus tenis baratos recién adquiridos.

—¿Qué hay paisanito? —el asesino arrebató la cajilla al niño— ¿ya vendiste algo? —abrió uno de los empaques y se echó los dulces a la boca.

El pequeño comerciante era toreado en tanto el cruel se complacía por mantener su distancia con gran habilidad. La diferencia entre ellos superaba las ropas que eran similares, excepto por los deportivos que uno estrenaba. El asesino traía puestos unos pantalones color caqui dos tallas más grandes que sujetaba con una pinza de madera, la bragueta estaba chueca y mal cosida; a la altura de las rodillas, tenía manchas que se extendían hacia los muslos; la camisa era de su talla, pero al estar desabotonados los primeros ojales, colgaba de sus hombros; en conjunto, el atuendo le daba la impresión de andar ladeado.

—¡Fíjate cómo se vende!

El niño se acercó a una mujer cuyo cabello remolino exhibía algunas canas; el rostro en paralelo mostraba las arrugas que caían en una especie de cascada. La señora que mantenía una cámara fotográfica lista para escrutar el mundo volteó para capturar la instantánea que se

volvió viral en las redes. Aquel niño de aspecto extraño sosteniendo una caja de chicles devino en un ícono para la generación de donativos en favor de la fundación “Niños Abandonados, A.C.”, la cual subió en popularidad como la espuma, obteniendo buenas ganancias, perdón, donativos. La industria del chicle también se vio beneficiada al subir el precio de sus acciones, incluso lanzaron ofertas públicas para todos los bolsillos.

—¿Quiere chi...? —el canto fue suspendido cuando el flash sorprendió al asesino, quien bajó la caja y el rostro.

El resto de los asistentes al evento atendió el suceso embelesado. El criminal salió huyendo con el vendedor detrás de él para recuperar su mercancía. El patronato pidió olvidar el incidente y concentrarse en el grupo de niños que ellos tenían para las fotografías. El criminal jamás se enteró de que su imagen produciría un debate en la sociedad, por los preocupados que criticaban el quehacer de las autoridades de la ciudad y las buenas conciencias que se volcaban en ayudar sin recato alguno.

A la altura del campamento de los viejos vagabundos, el vendedor gritó como última advertencia para que el ladrón le devolviera los chicles.

—¡Ahí tienes paisanito! —le aventó la caja al regazo—, para que no digas... —de su bolsillo sacó la moneda que la anciana le había dado y la arrojó al suelo—, pa’ que le entregues las cuentas a tu dueño...

El vendedor levantó el dinero sin dejar de verlo con resentimiento. *Pinche pendejo, te rompería la jeta sino es porque el perro de tu dueño te va a chingar. Me das lástima, cabrón.* Refunfuñando entre dientes, el asesino se adentró al campamento y, bajo un montón de basura, sacó una bolsa de plástico que desamarró para asir una playera de manga larga que estaba igual de sucia, pero que le gustaba más. Al cambiarse de ropas, echó un ojo a la mano que había dejado su bolsillo vacío. La mugre se extendía en la palma. *Mejor me voy a ver al Ranas para el trabajo que me prometió con el Dientes.*

A lo largo de la historia han existido dos sectores enemigos, los que tienen y los abandonados. Ambos han sido enemigos por siglos. Ambos se necesitan. Ambos descargan su ira en el bando contrario, por ello, esta guerra será imposible de romper. Los civilizados descargan sus miedos, frustraciones y abyecciones en aquellos que están impedidos de responder en sus mismos términos; sus crímenes se quedan estancados en los sistemas de impunidad. ¿Quién, de cualquier modo, podría escuchar la voz que surge de las inmundicias para pedir ayuda? En cambio, la justicia acá se toma por manos propias. Esto es lo que hace a los abandonados tan temibles. La capacidad para hacerse justicia sin moralinas de por medio. Los olvidados, como aquel gran cineasta los calificara, mitigan los desasosiegos, las pasiones y las ignominias con fervor hacia una sociedad que se encuentra indefensa cuando sus ciudadanos se aíslan. La fuerza de los civilizados se halla

en una unión abstracta que se fractura cuando las personas se percatan solitarios en una sociedad que los necesita para formar alianzas de intereses. Cuando dejan de servir, se llenan de resentimiento y cobardía para abandonar el nicho. De vez en cuando alguno escapa y se pierde entre las calles, sin sustento ni alivio, entonces —como si fuera reconocido como el hijo pródigo— el resto de los vagabundos lo acoge como parte de la comunidad, sin reproches ni exigencias. Caso contrario, cuando alguien migra de la basura a la sociedad, pues jamás encontrará su sitio. Es que la gente es celosa con lo que tiene, se ufana de sus egoísmos, por ello, los abandonados, tarde que temprano, harán arder la ciudad como un volcán incontrolable.

El Dientes miraba al chiquillo de pies a cabeza. *Pinche flacucho, cara de caballo, yo le doy a lo que me manden sin pensármelo dos veces.*

—¿Quién es tu familia? ¿Dónde vives?

Este cabrón me está calando. Desde que tengo memoria, he sido yo, y sólo yo, contra el mundo. Pero este cabrón cree saber más que yo. La lucha cotidiana del mundo es ver quién sabe más, es decir, quién puede más. Una lucha en constante crecimiento que también abarca a los intelectuales. Uy, esos son todavía peor, porque les faltan agallas para matarse, en cambio se desquitan con el débil. A diferencia de las personas decentes que se despedazan con las palabras, los criminales llevan el “quién puede más” a sus últimas

consecuencias. No debería de asombrarnos, por ello, la cantidad de asesinos que abundan en el mundo.

—Mocosos que todavía no saben nada —el Dientes bufó con suficiencia ante la panda de niños que había juntado el Ranas para que los inspeccionara.

—Son buenos estos pajes, ya vas a ver —insistía el Ranas.

—A ver tú, cabrón, ¿te crees la neta? ¿Cres que no vas a mojar los pantalones?

El Dientes está sobre la cara del asesino, su saliva entra en sus ojos, éste por su lado se mantiene inmóvil, lo reta sin pestañear. *A mí este cabrón no me va a doblar. Esa época en que un pendejo me hacía bailar ha terminado. Por cada lágrima que me trago, les reviento el alma.*

—Pues bien, cabrones, vamos a ir por la lacra del otro bando y chin chin el que se raje porque hasta ahí llegó.

Pasaron por varias calles, corriendo y gritando, iban y venían sin propósito aparente, saltando sobre los transeúntes, riendo como las hienas complacidas. El criterio replicado por los pequeños era el canto de un circo que traspasaba la carpa para contagiar a los que no podían pagar su boleto. Luego de horas y el atraco a una tienda de autoservicio, accedieron a una unidad habitacional que se desplomaba de vieja. El interior del departamento era una cueva maloliente. A través de las paredes se escuchaban las aguas correr por las tuberías. Unas cortinas mugrientas y rasgadas intentaban cubrir las ventanas. Los niños se

sentaron sobre la tabla de una banca escolar despedazada. En total eran ocho aprendices que escuchaban con cuidado a un tipo cuarentón apodado “el Nalgas”. El Dientes salió del apartamento junto a otro vato con aires de manda más, que de hecho era el manda menos.

—¿Entendieron el juego? A las cinco en punto nos los chingamos. Esa es su primera prueba.

Mi panza ruge y este cabrón no se calla, mejor que nos dé un taco. Sí, sí, sí, hay que chingarse a ese par de mocosos que le juegan al narco. Sí, sí, sí, cabrón, ¿por qué no te callas? Tengo hambre. Yo me los chingo, yo sé jugar... Bueno mejor una mona... sí, sí, sí, saca el pinche resistol.

El Dientes entró con unos envoltorios que parecían contener comida y comenzó a repartirla ante una banda entusiasta. El Nalgas, por su lado, sacó unas bolsitas con polvo blanco. Las miradas codiciosas lo vigilaron haciendo el ritual de consumo.

¡Gran cosa!, pinche pendejo, cuando tenga dinero me echaré cuántas bolsitas me quepan e invitaré a los compas del barrio. Los tacos están buenos... Ahí viene el pendejo del Dientes. Ahora qué chingao quiere...

—Anda cabrón, fíjate bien cómo va a ser el bisne para que el Nalgas te tenga ley.

—Yo sé jugar.

—Te lo digo en buen plan, cabrón, si quieres dedicarte a esto tienes que aprender a dejar el vale madrismo...

Ja, ¡el cabrón me va a andar diciendo lo que ya sé!... qué se vaya al carajo.

—Bueno, ya lárguense que esto no es kínder, nos vemos a las cinco —ordenó el Nalgas que debía tener mejores cosas qué hacer.

*

Yo sé de patrones, he conocido un montonal. Los suficientes para saber que éste es uno venido a menos que quiere que hagamos el trabajo sucio por él. Hay toda clase de patrones. Los que tienen un chingo de varo, pero un chingo, que es inimaginable lo que pueden comprar con su dinero. Estos se dividen en tres tipos. A los que nunca ves porque siempre tienen trabajadores que se hacen cargo de la servidumbre. Los que ves y te tratan con excesiva compasión; por ejemplo, una vieja cuando me vio descargar las cajas con los utensilios de cocina para su fiesta gritó: “¡Ay, no! ¡Qué ese niño no cargue!”. Se creía a sí misma buena gente. De este tipo también hay una gran variedad, porque cada uno cree ser buena gente a su modo. Lo que más les importa es el qué dirán, isi no lo sabré yo!... seguro que la vieja se hubiera quedado callada sin los invitados vestidos de tacuche. Y los que ves, pero te tratan de la chingada. Ellos varían de acuerdo con su grado de perversión. Luego están los que creen tener mucho dinero, tienen, pero no tanto. Hay quien tiene, pero al no tener tanto, no te quiere pagar lo justo, alegando que estás bien con lo que recibes. Los que son tacaños, pero no tanto. Te dan tu salario que, según ellos, es decente y te dan las sobras del refrigerador, incluyendo lo echado a perder. Los “especiales” que sienten que en cualquier momento les vas a robar, porque “todos son iguales” entonces te descuentan por adelantado cualquier cosa que imaginan que vas a hacer para perjudicarlos. Los “empáticos” que entienden tu condición, de estos hay de dos tipos: los que creen saber y los que saben. Ambos son incómodos,

qué esperan que diga... ¿que algún día voy a ser como ellos? Qué ridículos. También están los que les vale tu existencia, te contrataron y quieren que hagas el trabajo. Sólo eso. Creo que son los que mejor me caen. Todos estos tienen en común que inflan los salarios para quedar bien con sus amigos, mientras te dan migajas. Y, los que teniendo menos que tanto, se hacen pendejos para pagarte, algunos te acusan de robo, otros te descuentan hasta el aire que respiraste, otros se desaparecen y algunos te salen con el choro de que su abuela se murió y no tiene para pagarte. Y, los que no tienen varo, pero necesitan ayuda, como el albañil que me contrató. Sus diferencias también dependen de las mañas que aprendieron.

Al terminar su taxonomía de los patrones que lo llevó por calles en las que tenía prohibido adentrarse, se despertó de su estupor, corrigió el camino y se fue hacia la casa del albañil.

También hay diferentes tipos de niños. Casi igual a los patrones. Están los patroncitos: los que sienten repulsión nomás de verte, los que jamás te dirigen la palabra, los que están chingando y los que quieren ser tus amigos, pero se arrepienten, como el imbécil que me invitó a su casa una vez, para luego, cuando fue su fiesta de cumpleaños negarme, dijo que porque soy un pinche pobretón de mierda no podía estar ahí. Es más difícil distinguir a los niños por el dinero que tienen sus padres, todos se comportan igual, por eso yo los divido en dos: a los que sí quieren y a los que no, porque así se puede distinguir qué tan despiertos están en el mundo. Hay niños que se dejan llevar por lo que les dicen sus papás, incluso cuando les dicen: "no te jentes con ese"; creen a fe ciega lo que les dicen. Están los que fingen creerlo todo, los

que dicen: “yo creo en los Reyes Magos”, pero en realidad aparentan para que sus padres les sigan dando cosas. Estos mocosos caen muy mal, pero caen peor los que chiqueados y melosos preguntan: ¿ya no me quieres? ¡Pinche cabrón!, cómo no te van a querer si hacen lo que les digas. Estos van para potenciales criminales que se escaparán de la justicia. Son unos malditos manipuladores que hacen que sus padres se peleen por ellos. Una vez vi cómo un pendejo mandó al hospital a un viejo, porque su criaturita le dijo que lo había seguido. ¡Mentiras! El viejo sólo caminaba en la acera y el pinche chamaco se espantó de su aspecto. Cómo me hubiera gustado darle de catres para que aprendiera a ser hombre y no un pendejo manipulado por un escuincle que no puede comprarse ni un chicle. A estos hay que irse con cuidado, porque en una de esas hacen que te linchen y se van de patitas, como si nada. También hay niños insatisfechos que siempre quieren más. Los que no tienen tanto, pero están a gusto con sus padres, así que se conforman. Después están a los que no quieren y de aquí salimos un chingo. A los que no quieren, pero siguen con sus padres, dejando que los golpeen tiro por viaje, que les digan de mamadas y que hagan con ellos lo que quieran. Son cobardes. Bueno, menos los nenes, esos no pueden correr todavía. A los que no quieren, pero son bien crédulos y se van con el primero que les tiende la mano. Me dan risa. Por pendejos se los van a chingar. A los que no quieren, pero nos valemos por nosotros mismos. Nosotros sí somos valientes.

Divisaba una vecindad variopinta desde la calle de la panadería, unos tipos arreglaban un auto destortalado frente a las verjas. Vigiló un rato por si el albañil se asomaba. Aquel edificio parecía muerto excepto por los

mecánicos. Caminó decidido, sin otear a ningún lado, para evitar que lo detuvieran. Tocó la puerta de la vivienda del albañil, esperó unos minutos, y se abrió.

—¿Qué haces aquí maldita cucaracha?

Antes de que pudiera responder fue arrastrado del brazo hacia los confines de la vecindad.

—¡Eh, maestro! ¿Quién es ese? ¿Tu hijo? —gritó uno de los mecánicos entre las risas de sus compinches.

Los individuos se alejaron rumbo al baldío, en los límites de la colonia, en donde las inclinaciones del terreno irregular hicieron que el sitio se convirtiera en un basurero. Las casas le daban la espalda con sendas bardas que pretendían detener el olor y a los malvivientes. Ahí, el hombre repitió la pregunta azotándolo sobre la pared.

—¡Qué no sabes que todos te están buscando! El patrón ya puso precio sobre tu cabeza, donde te encuentren te van a chingar así que yo no quiero saber nada de ti. ¿Me oíste? Así que pinche cucaracha será mejor que te largues.

El niño lo miraba con cierto atolondramiento. El cabezazo en la pared lo había dejado mudo por un momento. Al retomar la voz, lo hizo con copioso coraje:

—¿A mí qué cabrón?, qué me dices a mí... —increpaba a la vez que luchaba por zafarse.

—¡Pinche cucaracha! ¡Estás en los videos!, se ve cómo te chingas al hijo del patrón, ya te avisé, allá tú si no quieres pelarte.

—¡Sólo págame, cabrón!

—Qué te voy a pagar después de lo que hiciste, el patrón también me agarró tirria.

El albañil volvió a azotarlo y se regresó a su casa. El asesino quedó pegado al muro. Mientras se sobaba la coronilla, pensó en qué debía hacer. Caminó sobre la basura, bajando una de las pendientes. *Si el patrón pide mi cabeza tengo que encontrar con qué defenderme...* Hurgó un rato sobre los desperdicios, recogió un bate, un cuchillo de cocina, un cúter oxidado y una pelota de goma. *¡Pinche madre, qué horas serán!* Tras recordar a su progenitora se fue corriendo al encuentro con el Nalgas.

Entró resoplando, cuando los niños estaban encontrando asiento en el mugrero del apartamento. El Nalgas lo vio, no hizo ademán de aceptarlo, tampoco de rechazarlo; pasó veloz. El silencio se prolongó durante un buen rato, hasta que uno de los aprendices se levantó de golpe para mostrar su hartazgo, y fue sentado con el grito del Dientes para que mantuviera su lugar.

—Tú y tú van a acompañar al Dientes para hacer el encargo, los demás... gracias por participar, todavía están muy escuincles.

El niño del hartazgo quiso replicar, a lo que, otra vez, fue silenciado. El Nalgas guio a la parvada a una habitación para irla entrenando. El Dientes revisó con detalle a sus dos ayudantes.

—¡Trajiste tus propias armas! —se rio—, me agradan los que tienen iniciativa, aunque aquí te daremos mejores.

Pues ya dámelas, pendejo, porque las necesito, sino me van a tronar.
El Dientes fue por su arsenal y los niños se inspeccionaron entre sí.

—Me llamo “el Uñas” ¿y tú?

—No importa, cabrón, si sobrevivimos esta noche, entonces te lo diré.

Los niños se estrecharon las manos para pactar el acuerdo. El Dientes volvió y observó a sus aprendices.

—A ver, esto es para ti —le dijo al Uñas cuando le extendía una navaja suiza.

Este cabrón qué tanto me mira, le gusto o qué, no ha dejado de mirarme el pantalón. La pelota y el cuchillo abultaban la ropa del chiquillo desafiante. El Dientes introdujo su mano en uno de los bolsillos.

—¿Esto qué cabrón? ¿Qué todavía eres un niño o qué? A la chingada con estas cosas —arrojó la pelota que rebotó por toda la estancia—, ya eres un hombre... y esta mamada de cuchillo qué, con esto no matas ni una rata. Yastás cabrón, para que veas que soy ley, te cambio esta navaja del ejército por tu bate que es la mejor de tus armas... —retiró la mano en el momento en que el otro iba a tomarla— aprovéchala bien, cuando acabes el trabajillo me la devuelves y después vemos si te la has ganado.

¡Qué chingona navaja!, pues yo me la gano, así todos me harán los mandados y cuando vea al patrón me lo chingo. Dejó el bate y el cúter oxidado complacido con la novedad.

—Me lo chingo —se rio entre dientes.

—¿Qué te pasa cabrón? ¿Con quién hablas? —dio una palmada al rostro del niño—, ¡alerta, cabrón! Lo primero que les digo... ¡ponte listo! —dirigiéndose a los criminales continuó—. Lo que vamos a hacer es ir a sus cantones por ellos, como les dijo el Nalgas, esperamos a que salgan y ahí, en caliente, nos los echamos.

*

La noche era una calma bendita. La vecindad en donde vivían las presuntas víctimas tenía gran ajetreo. Los vecinos entraban y salían en gran barullo, estaban los que salían con sus hijos a comprar a la tienda, los que retornaban del trabajo, los que iban por su cena y los que salían a platicar.

—Ahí están —dijo el Dientes en voz baja.

Los tres criminales acechaban en la esquina. La audiencia era tanta que era absurdo advertir a quiénes se refería. Los compinches apenas fingían interés. Los peatones abandonaron lento la calle hasta quedar uno que otro perdido.

—Prepárense, vamos por ellos, pero todavía no saquen nada —el Dientes respingó al ver que sus cómplices alistaban sus herramientas del delito—, caminen relax, como si nada... vamos por unos carnales —se balanceó

como si estuviera bailando—, por unos amigos, ¿qué no? —preguntó a la nada.

En la calle, los escasos transeúntes insistían en convertirse, por un acto de hechicería, en muchedumbre al acercarse la banda a su destino, sin embargo, su atención era pasiva en lo que parecía un grupo inocente de amigos que platicaba a medio camino, por esta suerte, los criminales se acercaron a una pareja de niños que estaba oculta tras los autos.

—¡Ese! ¿Qué hay mi carnal?

El Dientes saludó a sus víctimas como grandes camaradas, nadie hubiera imaginado que tenía la intención de acabar con sus vidas esa misma noche. *¡Pero qué demonios!* *¿Estos son a los que nos vamos a quebrar?, el mayor apenas si me alcanza.* Los cómplices mantenían las manos en las bolsas de su ropa. Los niños saludaron a su verdugo con cierto ánimo festivo. *¡Pobres paisanitos! Ni se imaginan.*

—Les decía aquí a mis compas que quería presentarles a mis carnales, o sea a ustedes, digo, pa' que se entienda.

Los cuatro niños se estrecharon las manos. Las personas seguían pasando, sin reparar en la reunión tan particular. El Dientes, por su lado, observaba a los transeúntes sin que lo notara el resto de la pandilla.

—¿Qué no tienen hambre? Los invito, traigo pa' los chescos.

Pero qué demonios le pasa a éste, venimos a hacer el encargo para el Nalgas, no a hacer amistades, como sea, sí tengo hambre. La cama-

rilla bastante efusiva se fue al puesto de tacos. El Dientes pensaba en la oportunidad correcta, entretanto, la concurrencia seguía paseando como si estuviera esperando a que el circo se levantara.

—Bueno, pues vamos de regreso. ¿Les gustó la comida? ¿Sí? Ya ven, para que vean que soy bien chingón. Ahí se acuerdan de mí cuando me coman los gusanos.

Los cómplices eran los únicos sin reír, tampoco siguieron las escaramuzas de su mentor. A una cuadra antes del domicilio, cuando el ruido de las pisadas desapareció por otro acto de magia, el Dientes se detuvo para amarrarse las botas obligando a las víctimas a esperarlo. Los cómplices que caminaban delante, y el jefe detrás, cercaron a los niños, cuyas ropas estaban hechas de remiendos.

—Pues ya cabrones, hasta aquí llegó.

El Dientes se abalanzó sobre los niños, los asesinos sacaron sus navajas de los bolsillos y las introdujeron en los cuerpos de sus víctimas. Un leve gemido escapó en la noche, un gemido inaudible para los oídos desatendidos. Luego los criminales salieron corriendo rumbo al departamento del Nalgas.

*

—¡Pendejos! ¿Por qué no se aseguraron de que estuvieran muertos? Los hubieran ido a aventar a algún lado, si ya los tenían cerca del drenaje, los hubieran echado ahí.

—Ya te dijimos que no se podía, había mucha gente. El de los tacos nos vio juntos, por eso nos regresamos.

Los compinches asentían a lo que decía el Dientes, en un afán por afirmar que su trabajo había sido realizado con profesionalismo.

—¡Ni crean que les voy a pagar por sus cochinadas! ¡Qué creen que van a hacer los azules si se sabe de unos mocosos muertos en la banqueta! Pinche Dientes, llévate al pendejo del Uñas con el Perro para que los polis aguanten. Tú ven conmigo, hoy vas a aprender a desaparecer pendejos.

El Nalgas y su acompañante arribaron en una camioneta destortalada a la esquina de la vecindad, bajaron un diablo, cajas y costales. Los cuerpos seguían en su posición, sin nadie que los reclamara. Envolvieron los cuerpecillos con los sacos, los metieron en las cajas y los colocaron en el cargador. Caminaron sin pena alguna, semejante a dos trabajadores haciendo diligencias, al basurero del mercado. Ahí dejaron los cuerpos. Al dirigirse rumbo al vehículo, el Nalgas recibió una llamada.

—¡Qué te peles, cabrón! —el Nalgas miró al niño con los ojos desfondados mientras el Dientes le gritaba por el auricular— ¡Vienen por nosotros! —alzó la vista, buscando las cámaras de la ciudad sin soltar el celular— ¡pélate, cabrón que estamos en las cámaras! —señalando de manera constante a lo alto.

¡Pero qué mierda! ¿A dónde me voy? Malditas cámaras, maldito Dientes, si no hubiera estado tan amistoso y hubiéramos hecho bien el trabajo no estuviera pasando esto. El Nalgas arrancó la

camioneta, dejando a su cómplice a merced de la noche.
¡Qué carajos! A dónde me voy. Ah, ¡ya sé!, con los mendigos.

El asesino corrió entre las calles en busca del campamento de los vagabundos, podía sentir la respiración de sus perseguidores sobre la nuca. Cada automóvil que escuchaba lo obligaba a desviar el camino, dobló en varias manzanas, en ocasiones sobre las mismas, que parecía que andaba en cuadrados perfectos. A cuenta gotas y resoplando ascendió a las orillas del basurero, donde podía ver el campamento de los ancianos que se resguardaban por las noches. Los hules y cartones se posaban sobre el suelo, semejante a los tapetes multicolores. Frente a la luna que iluminaba las inmundicias, el criminal se sentó detrás de un árbol tan raquíctico como él, pensando en su siguiente paso.

Quizá debo largarme definitivamente de aquí o me va a agarrar la chota. A lo lejos divisó los cerros adornados con casas irregulares. El camino parecía accesible. Era factible andarlo, quizás en un día estar allá. *Puede ser un buen lugar...* imaginó subir sobre una ladera con las casuchas sostenidas de ladrillos grises y techos de láminas. *Total, a lo mejor hay pa' la papa.* Sostuvo su mirada unos minutos que se extendieron sobre una vida futura. Bajó la vista y se encontró con el basurero. ¿Cómo lidiar con la suciedad cuando se es parte de ella? Él había surgido del tiradero de desperdicios. Era lo más cercano a un hogar. Su único recuerdo de infancia se encontraba en un sitio del que se había alejado,

muy parecido al que se encontraba. Recordaba calles que transitaba sin reconocer su nombre o su ubicación geográfica. Lo único de lo que tenía certeza es que había salido de un hoyo apestoso y, al alejarse, lloraba; esa sensación de vacío fue momentánea. Debió andar por días, porque en su mente tenía las imágenes de paisajes muy variados, retazos inconexos de edificios, parques, lotes baldíos, un sillón inclusive.

Estuvo a punto de encaminarse hacia las laderas cuando el Dientes se asomó por la calle balanceando el bate que le había intercambiado horas antes por la navaja. No había nada en su apariencia que delatara nerviosismo o culpabilidad. Se acercaba en un balanceo lúdico sosteniendo la maza que de cuando en cuando rozaba la tierra, cualquiera hubiera pensado que sonreía. Incluso en la oscuridad, el niño pudo notar cómo el Dientes lo calaba. No soy un chivato, pendejo. El joven que sobrepasaba los dieciséis o, tal vez, los diecisiete años, le hizo una señal con la cabeza para que lo siguiera. Bordaron la peste. Caminaron sin prisa ni lentitud. En el muro que dividía la colonia del basurero, se detuvieron. Era la misma barda en la que el albañil lo había azotado.

—¿Y el Nalgas?

El Dientes ladeó la cabeza de un lado a otro e hizo una mueca con lo que se entendía que el susodicho estaba jodido.

—¿La navaja? ¿La traes?

El asesino sacó de los pantalones guangos el cuchillo y se lo entregó. Hubiera preferido quedarse con el arma por si veía al patrón. Defenderse con una navaja era mejor que con un palo. Al poco tiempo se arrepintió de devolverlo y no haberse largado antes. El Dientes, por el contrario, estaba complacido, sacó la cuchilla de la funda y la examinó con precisión; bajo su axila izquierda mantenía la maza.

—Regrésame el bate... —dijo el niño que comenzaba a intuir lo que estaba por venir.

El Dientes volteó la cara hacia el chico y se rio. *Qué pendejo. Y ahora qué cree que va a enseñarme.* El Dientes acercó el cuchillo al cuello del niño. La sonrisa se había evaporado, los ojos expresaban la vacuidad. La cucaracha tuvo un micro gesto de sorpresa. Mientras la navaja era sostenida en el aire, miró tras la nuca de su verdugo. Así voy a... Tal vez hubiera querido escapar de aquel encierro, sólo que ya era tarde, de cualquier modo, era improbable lograrlo. *¿Qué edad tengo? ¿A qué edad voy a morir? Esteban era de mi vuelo, pero creo que era menor. Marcos decía que tenía once años y los paisanitos eran como yo.*

La edad es un asunto de los obsesionados con los años; la madurez, la conciencia sobre el mundo, es independiente del tiempo vivido, estriba en las experiencias acumuladas. *Tal vez ya he tenido varias vidas. Quizá ya he vivido tanto, que soy un viejo.* Tal vez siempre tuvo diez años, tal vez jamás nació, carecía de significado, nadie lo iba a extrañar, a las

cucarachas se les extermina y listo. El cuerpo arrojado sobre la hondonada sería cubierto por los desperdicios de los habitantes que tirarían su basura en el barranco en medio de la madrugada, cuando se encaminaran para trabajar en las fábricas.

El Dientes dejó de admirar su arma. El hechizo se rompió, al guardarla entre sus ropas. El niño pensó que la había librado y se burló de sí mismo. El Dientes sujetó el bate como si estuviera listo para jugar, balanceó el madero en el aire para simular un jonrón.

—Devuélveme el bat.

—No has entendido nada.

El Dientes acercó el arma a la cabeza del niño para medir el bateo. *¿Así voy a terminar muerto, por el odio de éste?* En esos minutos obligaba a su rostro para que fuera un bloque de hielo, como en las películas de vaqueros, dispuesto a morir con la cabeza en alto. Si alguien hubiera escudriñado sus adentros, encontraría un hervidero: el miedo impulsado por un instinto de sobrevivencia que lo traicionaba y por el cual sentía un reproche inmundo. *Yo conozco esa mirada: es determinación.*

—Sólo son negocios, alguien quiere verte muerto, cucaracha. Yo sólo cumplo el trabajo.

El niño pateó, golpeó e intentó correr, sin embargo, el Dientes le asestó un batazo en la parte superior de la espalda. El criminal estaba muy complacido en observar con detalle la caída de su víctima. El golpe que atravesó

los huesos tronó en más ocasiones. En el rostro del Dientes se podía notar repugnancia cuando el cuerpo convulsionaba. El problema cuando se matan cucarachas es que el cuerpo hace un sonido estrepitoso al ser pisado, un sonido que produce asco y a la vez satisfacción, como si su última voluntad de vida fuera hacer el mayor ruido posible, por lo que el trueno, terminado en un instante, se replica en la cabeza del exterminador para grabar el momento en que pisa el insecto; si se murieran calladas, entonces no causarían tanto malestar. El joven aporreó una y otra vez el cuerpo desvanecido. La mente del niño asesino se fue rellenando de la imagen de lo que sus ojos lograron ver por última vez: un pasto marchito cubierto de suciedad.

—Has perdido. *Gueimober*. El juego está en no sentir.



Esto nunca pasó

Lo repito cuantas veces sea necesario. Esto nunca pasó. Es una vil mentira. La gente que no distingue una *fake news* de una noticia verdadera se deja arrastrar por lo que leen por ahí. ¡Claro!, porque les ponen una verdad y la niegan tantas veces se requiera para que sus conciencias estén tranquilas. Es más, ¿por qué le creen a ella? Pues, porque están acostumbrados a la apariencia. Allá, en mis clases de preparatoria, lo recuerdo bien, el profesor explicó la diferencia entre el parecer y el ser. Lo primero era un engaño; lo segundo, la verdad. Pues bien, vivimos en la era del engaño. ¡Qué importa cuál sea la verdad!, interesa quién la comparte, es decir, la apariencia que tiene la persona que la sustenta, ¡habrase visto semejante tontería! Mi profesor no debió explicar el ser y la apariencia en la época griega sino en la nuestra, donde ya se inventó la posverdad y la verdad histórica.

Bueno, en ocasiones tolero las *fake news* porque cuantiosas veces las hemos creído por ingenuidad, sin embargo, repostear el engaño deliberado es parte de una ceguera colectiva bien perversa. Ahora me quieren echar la culpa de lo que se dice por ahí de su amada ídola, sí, ídola, aunque el diccionario facho siga sin consignar la palabra. Debo exculparme, pues la responsabilidad es de ella, porque en cualquier momento sale a la luz lo que se quiere ocultar a los seguidores.

La fotografía no estaba *fotoshopeada*. Le podrán hacer los análisis que quieran, la imagen es real. Lo que pasa es que se niegan a aceptar lo obvio. Ahí tienen a su ídola, haciendo lo que tanto crítica y, ustedes, de pen..., creyéndole. Yo no subí la foto, ya se los dije, no tengo la culpa, pero sé que es real porque estuve ahí, como estuve en innumerables ocasiones en que a su ídola le faltaba “conciencia” y era ella quien hacía gala del clasismo contra el que ahora lucha, en aquella época en que nadie se hubiera imaginado que un día, cualquier vida miserable, podría estar en el ojo del huracán.

Crecimos juntas, nací primero, así que se podría decir que somos de la misma generación. Nuestras vidas fueron un poco similares. Sí, poco similares porque no estoy para que nos pongan en el mismo piso. La de ella estuvo rodeada de los mejores lujos, con padres que pudieron ofrecerle lo que necesitaba, menos cariño. Y de aquí se agarró para que la colmaran de consideraciones, porque a

la niña le faltó “amor”. ¡Pobre niña! ¿Qué es peor que la falta de amor? ¡Pues el dinero, mijita! ¡Qué más! Tampoco tuve unos padres que se preocuparan por mis necesidades, menos por mis afectos, yo crecí en uno de esos hoyos de la perdición, a la buena de dios, como se dice, en el que la carencia de cariño pasa a segundo término cuando el hambre es canija. Cabe aclarar que esto fue una trivialidad, lo que sobrevino después fue lo crucial.

Mientras ella estaba matriculada en la universidad y reuniendo fanáticos en las redes sociales que ni siquiera sabía que existían, yo estaba chingándole por un mísero salario que me impedía comprar un cacahuate el fin de semana. En esa época ella hacía “voluntariado” para ayudar a los niños pobres de su comunidad, ¿cuánto se gastaba en ayudar? Sí, lo que otros necesitaban para vivir. Yo también hubiera querido estar en un centro de beneficencia, viajar y preocuparme por esas cosas, mas la vida te pone en donde hay penurias. Acá en mi mundo, cuando le echas la mano a alguien se vuelve amistad no un “voluntariado”.

Cuando oí hablar de ella como una celebridad de las redes, fue por un amigo que me dijo: “mira, síguela”, es una chava como nosotros que sí se superó. ¡Ah, chingaos! Los colores se me subieron al rostro y la saliva se me regresó por el cogote que casi me ahogo. ¡Desde cuándo se superó si su familia le dio todo! Menos cariño —lo recordamos—, sí claro, eso dice ella. A la pobrecita la

dejaron al cuidado de la abuela y de sus tíos que hacían de empleados para que la atendieran. ¡Por favor! Qué sabe ella del hambre que se come a sí misma. Resulta que su vida la platicaba en las redes sociales y obtenía un chingo de favs. Yo apenas iba de vez en cuando a un ciber a rentar una computadora por quince minutos, porque la hora era el costo de la comida y, si se iba la luz, se quedaban con mi dinero. Pero esas historias son patéticas para ser escuchadas.

En fin, ya les dije que yo no filtré la fotografía con la que casi se le derrumba el teatrito, porque, así como tiene fanáticos, tiene sus detractores. ¡Y qué detractores, señores! Unos detractores bien imbé..., que se fijan en puras superficialidades, ¡pues así cuándo! Bueno, es que también son de cada calaña que dan miedo. Le han inventado casas en quién sabe dónde, parientes en el gobierno, enriquecimiento ilícito e historias irreales dignas de Guillermo del Toro. Deben entender que esto supera las expectativas de una película donde cualquier cosa se vale, es la realidad, por lo que, si la van a atacar, pido un poquito de coherencia, algo que sea creíble para que pueda ser verdad y entonces sí podrá salir a la luz su sordida vida.

En este punto, era una pasadera, con todo que tuviera 5K de seguidores mientras yo tenía cinco, quienes de vez en cuando me daban su precioso “like”. Estaba feliz porque por fin tenía un teléfono celular con el que podía

conectarme cuando quisiera, a la vez que me aficionaba a la fotografía. Con los limitados centavos que me sobraban pagaba el pasaje para acudir a cursos gratuitos, en los que mis profesores me alentaban a continuar desarrollándome porque reconocían mi talento.

Fue la mejor etapa de mi vida: capturar el mundo a mis anchas, con sus bellos colores que hacen que la vida tenga sentido, sin preocupaciones, aunque claro estaba el problema de pagar la renta, la luz, el agua y eso, pero a quién le interesaba cuando estaba frente al mundo con una cámara dispuesta a descifrar sus enigmas.

*

Una fotografía es la impresión de un gesto, el instante suspendido de una existencia. Para aprisionar el momento ideal se requieren dejar pasar varios, como se escapa el vuelo de las mariposas, de este modo, en el aleteo de una, en el brusco movimiento que agita el viento, se encuentre el segundo preciso de la fotografía. Algo que, por ejemplo, la pintura sería incapaz de contener, porque los pintores representan. Una representación está gimoteada por los propios devaneos afectivos, en cambio, la fotografía no miente; mienten sus intérpretes.

La detención del tiempo se encuentra en el obturador de una cámara. En un microsegundo se contrae el universo en tus ojos. Sin embargo, alguien que se dispone a disparar con profusa ligereza es incapaz de entender. Esto se manifestó en el concurso fotográfico en el que

participamos. Mi fotografía era el instante de los instantes. ¿Alguien lo notó? Unos cuantos lo hicieron, los demás se dejaron atrapar por la fama de una autora que carecía de brillantez, una repetidora de imágenes que arriesgaba en la propia creación, lo que una liebre en el monte. Una infamia a los instantes que se desvanecen en el viento.

Una fotografía artística puede contar una pequeña historia, por lo que está sujeta a la persona que la inventa, de esta manera existen tantas historias como luceros en el cosmos. La fotografía artística nos ha enseñado cómo se inventan las historias. ¿Qué hizo ella? Montar el escenario de una fotografía artística para demostrar sus privilegios de clase, usando todo tipo de artimañas que sus espectadores aplaudieron sin pestañear. Lo peor, nadie vio clasismo sino un alma de buen corazón y gran talento.

En un conteo rápido de las estadísticas que sobran en las redes, el resultado fue un bajo porcentaje, el cero punto cinco por ciento para mí. Concluyo que el criterio que se estableció fue muy mediocre. ¡Una verdadera fotografía que encumbraba el momento de los momentos, el instante de una existencia desplazada por la superficialidad! Lo superfluo encumbrado por una acción encubierta de altruismo.

Ahora bien, o mal, ¿en qué estaba? ¡Ah! Sí, que yo no fui la culpable del bache de su trayectoria afamada. Aunque lo hubiera querido. Resulta que la primera etapa del concurso fotográfico estuvo caracterizada por un

millón de imágenes, de las cuales el filtro inicial eliminó a una gran cantidad de aficionados. En la segunda etapa los expertos hicieron una selección de 100 fotografías, después éstas se redujeron a la mitad y, a la mitad, y así sucesivamente, hasta quedar dos. ¿Y qué ocurrió? ¡Otra injuria! La final estaría definida por las reacciones de los internautas.

¡Qué majadería era esa! Los jueces con tal de lavarse las conciencias dejaron el resultado en manos del pueblo. Claro, ¿cómo podría ganar yo? Una vil desconocida contra una afamada fotógrafa, la mujer que creció sin amor, que superó las adversidades de la vida, que proviene de un barrio perdido, quien hace una imagen inteligente. Pero ¿qué es eso de una imagen inteligente? ¡Por dios! Hay que ver los inventos de los críticos para argumentar con conceptos bien rebuscados.

Obvio, mi derrota fue vergonzosa, ni una nota en un periodiquillo, folletín o boletín independiente, ni un comentario en mi muro. Sólo la ausencia total de las felicitaciones por obtener un segundo puesto sin apoyo de ninguna índole. La burla del silencio. ¿Hay algo más bochornoso que pasar desapercibido cuando has luchado por la corona de olivos? ¿Un auditorio repleto, sin aplausos, ignorándote? El problema supera a la insignia de plata, la cual es muy noble, es que los certámenes están amañados y jamás triunfa el talento, gana el mejor posicionado ante los jueces, el que tiene más seguidores,

el que tiene dinero, en consecuencia, tuve que retirarme de un recinto que esperaba que me hiciera a un lado para proclamar a su reina.

¿Ya les dije que esto nunca pasó? Yo no filtré la fotografía. Lo repito las veces necesarias. Yo no fui, por sumo deseo que hubiera tenido, pero aprendí una buena lección. El mundo de las redes requiere un mapa con señalizaciones y necesito aprender a aparentar. Una apariencia coherente con una narrativa creíble. El mundo es un mundo de apariencias. Las redes sociales son el espacio para destrozarnos, para determinar quién es el más guapo, la más inteligente, el más simpático, el mejor fotógrafo, el mejor pintor, el mejor escritor, si lo dicen las redes entonces es cierto. Adiós a los esfuerzos de los grandes artistas. Si estás ausente del medio digital, dejas de existir; si entras, asegúrate también de dominarlo.

*

La fotografía en cuestión fue *trending topic* después del concurso y de que la imagen ganadora diera la vuelta al mundo. Ella agradeció a sus fans por el enorme apoyo recibido: una lágrima fue capturada en el agradecimiento. En su muro las felicitaciones eran incontables, sólo alguno que otro había dejado un comentario malicioso sobre la calidad de la obra; nada que la afectara. A estas alturas cualquier detractor era acosado por una campaña en favor de los desprotegidos, de los defensores de los don nadie, de los que están dispuestos a luchar contra el racismo

—hasta eso eran daltónicos sus fans—, de los que están con los que menos tienen.

Entre tantos comentarios y post de admiración se asomó uno, días posteriores al ajetreo, cuyo perfil era el de un gato negro y se hacía apodar “leñador5451”. El dichoso perfil hizo unos cuántos hashtags y replicó la imagen en donde la gran ídola estaba sentada sobre una gran pila de niños necesitados, mientras comía un mango de su huerto. Aquella imagen con infantes incómodos y sujetados a la tierra por una fuerza extraña, estaban siendo humillados por quién fuera la hija de los dueños.

La existencia del perfil duró unas horas, lo suficiente para que los detractores la vieran y la hicieran tendencia. Debajo del *hashtag* con el nombre de la ganadora del concurso, se hizo viral el de #racista y #clasista. Alguno reparó en que sería absurdo que fuera la activista que venía de un arrabal, que incluso, como la fotografía tenía diez años, podía ser otra niña que se le pareciera.

La fotografía se comenzó a compartir en diferentes muros, se hicieron reportajes especiales sobre la interpretación fotográfica inclusive. Los bonos de la ídola comenzaron a bajar. La imagen pública es difícil de mantener en estas circunstancias. En los primeros días evitó una declaración sobre lo sucedido. Las únicas publicaciones que había hecho eran sobre el concurso y la fotografía ganadora, como su historia detrás, para conmover a los lagrimosos. Tal parecía que estaba armando una respuesta elocuente.

Los seguidores sin tardanza contratacaron con una serie de fotografías en donde se identificaba a la ídola en estancias para niños huérfanos, en manifestaciones en pro de la justicia, en las protestas por los desaparecidos y feminicidios; en el Senado, cuando habló por los despojados campesinos o cuando recorrió las comunidades pobres del país para denunciar la precariedad. Nadie reparó que para hacer aquello se requería dinero, porque los críticos ni siquiera podían entenderlo. Era una lucha de niños bien contra niños bien. El mundo les pertenecía para sobajarlo o rescatarlo.

Por eso digo que nunca pasó, porque en función de lo que se conocía sobre su verdadera vida, esto era opacado por sus “buenas acciones”. Acciones que podían hacerse por alguien con el poder adquisitivo para viajar, estudiar y dar a los demás. ¿Qué había de los campesinos que luchaban por sus propias tierras? ¿Qué era de los niños huérfanos de quiénes se desconocían sus nombres? ¿Qué pasaba con el resto de los fotógrafos imposibilitados para pagar una vida digital? No necesitábamos de una salvadora, sino que nos escucharan o, mejor dicho, nos vieran. Buscábamos una oportunidad en un mundo desigual.

Ser una *influencer* en este tiempo requiere de habilidades específicas, dinero y tiempo, cosas que a los obreros nos faltan. Las influencias que antes se necesitaban para tener un buen empleo han sido sustituidas por contactos gene-

radores de reposteos, creíbles, con millones de seguidores para que te puedas dar a conocer. Las notas en los periódicos asimismo son valiosas, si ningún reportero repará en ti, tampoco podrás destacar en el mundo.

Cuando parecía que abandonaríamos la lista de *trending topic*, la ídola salió en un vídeo en donde señalaba que, si bien, la niña de la fotografía era ella, la intención en absoluto había sido menospreciar a sus “compañeritos de juego” a quienes quería un montón, y recordó lo difícil que fue vivir sin el amor de sus padres y al amparo único de una abuelita a la que idolatraba. La foto, dijo, fue sacada de contexto, pues ese día se encontraban jugando —como lo hacían de ordinario— en el solar de la “casa de adobe” de la tierna viejecilla de quien nos mostró su imagen. En otro vídeo salió un joven que aseguraba que él era uno de los niños en la foto viral y que respaldaba lo dicho por la ídola.

Los comentarios fueron creciendo y en uno de ellos se aseguraba que la responsable de que se filtrara la fotografía era mía. ¡Mía! También salió el chisme de que la había *fotoshopeado*. Nada de eso. La fotografía estaba libre de intervención. Era real. Lo sabía muy bien. Entonces se dijo que era una mala perdedora. ¡Imagínense! ¡Mala perdedora!, cuando toda mi vida había perdido. Yo era una perdedora por naturaleza, no tenía ni dónde caerme muerta. Pero ellos, estaban perdiendo a su ídola y ese hecho los desencaminaba en sus acciones para contrarrestarlo.

Al final, los seguidores de los ídolos demuestran su ineptitud para pensar por sí mismos, confirman su necesidad de un bastón para sostenerse en el mundo, por eso siguen a los *influencers*, a los políticos, los artistas y los opinólogos, porque son incapaces de tener su propio criterio. Requieren compartir lo que otros han dicho. Los *influencers* y los seguidores son una implicación bicondicional, en tanto el resto nos chin... en el limbo o establecemos creaciones que nadie mira.

En esos días salió otra declaración en la que decía que me perdonaba. ¡Me perdonaba! Porque bien que se acordaba de mí, de que yo era parte de esos niños que la observaban de lejos cuando sus padres, de los que ahora reniega, le daban todo, absolutamente, todo. ¡Claro!, menos cariño. ¿Así que me recordó cuando vio mi ficha en el concurso y le pareció que mi revancha había sido filtrar su fotografía?

Los seguidores hicieron el resto, me hicieron memes, me convirtieron en la burla de internet; me destrozaron con sus críticas “artísticas”, mintieron sobre mí, pero jamás dijeron que su ídola era un engaño o que mi vida sí me pertenecía, que en mi caso era innecesario inventar nada, porque en la miseria los sueños son inventos patéticos. Incluso los que me habían apoyado con el bajo por ciento de sus “likes” me dieron la espalda. Otros jóvenes como yo, que vivían en la pobreza, que sabían lo que significaba

ser yo, fueron a apoyarla. Sin duda, la apariencia es lo fundamental.

Y repito, esto nunca pasó. Yo no filtré la fotografía. Miles de grabaciones y fotografías podrán correr por las redes sociales diciendo esto o aquello, alego en mi defensa que nunca pasó. Basta la credibilidad de una *influencer*, su fama, su simpatía, para que le crean y quede como payasa en la cuerda floja. Opino que es indispensable crear un ministerio especial para deslindar responsabilidades.

*

Es impostergable crear un método para detectar la veracidad de las declaraciones, un método para los *post*, que se llame *post-logía*, como nuestro mundo de postmodernidad y post-verdad, para descubrir lenguajes encriptados y establecer la fidelidad de las imágenes como de los textos.

Debemos exigir este método especial para un ministerio especial en el que el mundo real y digital, al ligarse por los vínculos entre uno y otro, encuentren una especie de tratado justo. Los instrumentos de medición deberían tener un impecable manejo de la objetividad y evitar las deformaciones que crean los intereses subjetivos. Es forzoso una regulación urgente. ¡A terminar con los espacios insoportables con gente insufrible!

Requerimos con urgencia una cartografía de las redes con topografías que nos enseñen las regiones para saber por dónde caminar: “aquí los insufribles: muévase

con cuidado”, “acá: los viejos de expresiones arcaicas”; “acullá: los *stalkers* que están a la caza de los incautos”, o “allí cerca: bienvenidos a la tierra de los psicópatas”. En pocas palabras, un mapa de la humanidad, cuyas escalas sirvan para situarse en el mundo.

Somos la generación apremiada de las post-vanguardias, aquí donde los futuristas, los surrealistas, los dadaístas o los estridentistas están superados por los “post” que te avientan más allá del más allá, donde los ojos pierden la caza de lo postnuevo, resignándose con el anuncio de su promesa. Estas almas empobrecidas por la esperanza de lo nunca antes visto, hambrientas de lo original y desconocido, insatisfechas de los mares de publicaciones que se esfuman en el tiempo de lo efímero y donde un post que consigue miles de “likes” se vuelve un anhelo de opulencia.

En un mundo de ambición por los *favs* o *likes*, las injusticias creadas por los *influencers*, las apariencias cada vez mejor elaboradas y las *fakenews* como notas del día, se demanda con apremio un mediador, un árbitro que dé orden. En las post-vanguardias uno no puede ser independiente, requiere de la opinión de los demás, de la acumulación de respaldos expresados en los benditos “likes”, que aniquilan o te ungen con su gracia divina, en donde la lucha es incluso contra las tragedias que merecen atención. En esta tierra de nadie, los valores del dolor ajeno y la alegría de un accidente chusco son idénticos, lo

primordial son las estadísticas de los “me gusta”, cuántos reenvíos consigues, los tipos de seguidores, etcétera, etcétera, etcétera.

La niña desaparecida el mes pasado, o el niño cuya fotografía se había vuelto *trending topic* por la miseria en la que vivía, es un recuerdo del hartazgo por la pobreza, a menos que un *influencer* opine al respecto. Sí, el niño que generó la movilización de las buenas conciencias es el recordatorio de las banalidades. Sí, bueno, hay niños que subsisten en las calles vendiendo chicles, eso qué, hay miles y hoy la noticia es el político acusado de corrupción que desfalcó la dependencia que dirigía. Bueno, en defensa de la razón, lo somos la ídola y yo, porque aún sigue sin resolverse esto, mi prestigio está en duda, porque ya se los dije y lo repito: esto nunca pasó. Yo no fui quién la delató, ella solita con su comportamiento hizo que los internautas se dieran cuenta de cómo es en realidad. He aquí otra tipología para nuestro mapa interactivo del mundo de las redes: los manipulables, los que se dejan arrastrar por los *posts* conmovedores y encabezados amarillistas, los que son provocados con facilidad abrumadora.

Todos los días, a todas horas, nos bombardean con imágenes que incitan las pasiones y donde ponen a prueba nuestras habilidades detectivescas para encontrar los detalles de los fraudes. En estos espacios virtuales se develan las ignorancias de quienes no leen, no piensan, no investigan. Nunca en el mundo se había hecho tan

necesario saber leer y escribir como ahora que si eres analfabeta la gente te comerá, porque los vídeos de dos minutos se vuelven tediosos.

Exijo una investigación con una instancia autónoma, iluminadora de las calles en los espacios virtuales, revisora de los accidentes en las grandes autopistas de datos, indagadora de las desapariciones en los espacios privados; técnicos y especializados en el crimen, buscadores a profundidad de los delitos en los oscuros pasillos de la web. Esto no es sólo una virtualidad, es nuestra vida la que se juega en los espacios-otros. Perfiles falsos, invenciones, fotografías alteradas, monstruos generosos y ejércitos de *bots*, ¿quién o cuántos pueden ser reales en un mar de ficciones? Virtuales lo somos todos, aun así, reales. La virtualidad cruza los espacios de lo real y digital, lo público y privado, rompiendo los límites.

Esto nunca pasó, ya se los dije, pero con un ministerio especial estas cosas podrían conocerse y tendríamos la certeza de los perfiles, las invenciones o los fraudes. La ídola y yo podríamos tener un juicio justo lejos de la tribuna de los manipulables, se conocería la verdad y dejaríamos las apariencias a un lado, además, ¡tendría voz! Los ciberusuarios estarían obligados a escucharme.

*

Mi vida digital fue destrozada como la material. La gente me dio la espalda, sólo que a diferencia de la ídola estoy acostumbrada. A las miserables huérfanas como yo

el mundo nos dio la espalda y la sociedad nos enseñó a esperar un salvador. Yo no quise esperar a que alguien me salvara. Puedo solita. Y si se requiere iré contra los ídolos. Por ello, la detesto, es la verdad, porque se erige como la salvadora de los pobres.

La detesto por ser tan afamada, por reír y ganar miles de pesos en un instante mientras yo tengo que ir a una fábrica para ganar el salario mínimo; por su presencia, por posar, por los fans que la rodean, los ridículos que se jactan de su gran inteligencia, de su tino en la política, de su rebeldía ante el sistema. ¿Se han preguntado: qué sabe de arriesgar la vida? Nada. ¿Cómo podría ir contra el sistema si es parte constitutiva? Imposible.

Bastó su infamia, que recordara mi existencia, su antipatía, para que toda su furia y la de sus seguidores cayera sobre mí como una losa de concreto. Así es la bestia de las tendencias. ¿Una vida real y otra virtual? ¡Mis polainas!, encontraron mi vida, mi IP, mi nombre, mi fe de bautizo, mi trabajo. Los enemigos, que ni sabía que tenía, se regocijaron en la maledicencia. Y, yo, sin poder hacer nada.

Era cierto lo retratado en la fotografía, era una persona desagradable. Sonreía como lo hace ahora. Decía las palabras precisas en el momento preciso. En su voz, los comentarios clasistas se volvían graciosos. Apoyando a la gente que menos tenía, los seguidores la encumbraban. Fingía un mundo de carencias, un mundo de retórica para las redes, esa era su realidad, una representación; no

requería convencer a nadie, bastaba que vistiera como si viniera de uno de esos pueblos perdidos. Y yo que venía de una barriada, estaba relegada a las sombras, porque mi presencia era incapaz de causar empatía. Las redes son de aquellos que encienden una chispa de alegría o el fuego del encono, no las reflexiones. El mundo de los *posts* es para las reflexiones líquidas que hacen pensar a quienes en su vida han pensado.

Aquí estoy, en una sala de espectadores virtuales, aferrándome a mi nombre en la lista de *trending topic*, reflexionando sobre la apariencia de los hechos y una metodología para los *posts*, entretanto intento en otra ventana distraerme con el top de los *challenges* semanales.

Los cibernautas se pelean por los elogios porque hay personas dispuestas a darlos. Una metafísica de los elogios alude a un *logos* del ser de la apariencia. Es decir, una antimetafísica. Mi profesor de filosofía estaría orgulloso de que comience una filosofía del perdedor, del no-ser. La metafísica no fue asesinada por los racionalistas, la antimetafísica fue creada por los enemigos naturales, los que aparestan.

¿Por qué existe la abundancia del elogio en las redes? ¿Por qué importa tanto la aprobación de nuestros comentarios? ¿Por qué enalteceremos a los imbé...? El cibermundo está hecho a semejanza de nuestro mundo no virtual, con los mismos dioses.

Los elogios van y vienen, así se forman los núcleos de favores recíprocos. Pobre de aquel ingenuo que piensa que sin seguidores su talento triunfará. Para nada. Requiere que algún famoso le haga el favor de decir que tiene talento. Necesita de simpatía para que los usuarios lo sigan. Precisa de una buena apariencia. Se acabó la idea de que una imagen vale más que mil palabras, lo principal es su veracidad, lo que parece veraz, creíble para el público, en donde un aspecto inmundo sólo puede ser real y sugiere compasión cuando está acompañado de un sufrimiento creíble, mas cuando el pobre causa repulsión y antipatía, entonces se le dice “adiós”. La estética de nuestra apariencia afecta la percepción de nuestros valores morales.

¿Qué les decía? Claro, a la ídola se le está cayendo su teatrito, la gente se está dando cuenta que es un fraude. Espero con ansia el día que termine por caer. Lo sé, se está convirtiendo en una adicción y toda adicción es posibilidad de infierno. Lo sé. Lo sé. Es que también me agrada ver mi nombre en las tendencias.

Quizá, tal vez, sí fui yo, de ser así, no fue por mezquina, sino porque el mundo vive en constante engaño, ¿qué esperaban que hiciera?, ¿dejarlo ir? A final de cuentas ¿qué es la verdad? No es nada, no significa nada. Está bien, sí fui yo. Esto sí pasó. Pero, lo que he dicho hasta aquí es cierto: hay que derribar ídolos.



En algún lugar

En algún lugar, en algún momento, una persona será desaparecida. Entre los desaparecidos, algunos con suerte serán encontrados; otros, se desconocerá su paradero. El acontecimiento será intrascendente para las autoridades que archivarán la denuncia junto a miles de actas y pasará desapercibido para la sociedad que estará enajenada con las noticias del espectáculo, sin embargo, creará un vacío en el corazón de alguien. En algún momento, la cantidad de cuerpos encontrados en fosas comunes será el motivo para una revuelta, en tanto, se incrementarán para ser una ignominia en la historia.

En las zonas empobrecidas de la ciudad, cuando alguien desaparece se vuelve parte de las estadísticas. Los pobres son los números para este tipo de crímenes y para otros delitos, pero ser las mayores víctimas es poco, también serán los culpables, eso dice el gobierno. Las ciudades ocultan la perdición en su camino por enriquecerse. Las

fábricas se asientan en grandes territorios que son sus reinados, en donde son proveídas de los recursos que quitan a los ciudadanos mientras les ofrecen trabajo. Las colonias a su alrededor carecen de todo, menos de mano de obra barata. A estas colonias acude gente de varios sitios, de las zonas rurales y de los países desfavorecidos como el nuestro. Las manufactureras se asientan en estas zonas porque adquieren impunidad. La policía está para proteger la propiedad de los empresarios, no la integridad de los vecinos: es sencillo contratar obreros, complejo es negociar con los empresarios.

Para sumar al infortunio, el crimen es uno de los males, el otro es la contaminación de la industria que mengua la salud de los habitantes. El crimen es una capa delgada que cubre la ciudad, igual a la contaminación que domina los cielos: ambos producen nuevos espacios cuyos propósitos son la decadencia; ambos están emparentados, ambos tienen un vínculo irremediable. La industria que causa la concentración del smog ampara la delincuencia. Los desaparecidos son las víctimas de todos; pocos lo reconocen. Existen miles desaparecidos que podrían compararse con la cantidad de estrellas en el universo.

Esta colonia fue creciendo de forma exponencial, se fue industrializando a pasos agigantados, lo que fue inimaginable para el gobierno, creando los espacios para los crímenes. Así, el crimen y los pobres han aumentado de forma paralela. Tal vez, los únicos que están exentos

en menor medida son los mortales que se trasladan en autos particulares, los demás están abandonados al azar y a las mañas de los victimarios. Aquí se concentran manchas gigantescas de pobreza cada una de las cuales se caracteriza por un ilícito, pero eso ya lo saben los policías, que dejan a los delincuentes impunes.

La gran mayoría de las viviendas está construida con cartón y láminas estampadas con las marcas de las multinacionales. Los techos se sostienen con grandes piedras para que los vientos y los remolinos no se las lleven. Los asentamientos son de diversa índole, los migrantes rurales y extranjeros aceptan lo que sea, bajo condiciones que es posible aceptar cuando se tiene el hambre atrasada. Escapar de aquí es un alivio y una preocupación. El salario da para más penalidades que confort. Una mujer y su hija salen por décima vez de una de estas chozas cargando, en un carrito de mandado prestado, sus últimas pertenencias.

Al atardecer llegan a una vecindad vieja. Algunos edificios son vetustos, están aquí desde el siglo pasado como recordatorio de lo que una vez fue una tierra fértil y próspera, de los magnánimos señores y de las masas esclavizadas. Las mujeres comienzan a desempacar el diablito que contiene bolsas de plástico con diferentes enseres.

—¡Voy a dejarle a Renata su carrito!

Antes que la madre pudiera decir algo, la adolescente de quince años recién inscrita en el bachillerato sale

corriendo para entregar el antedicho a su mejor amiga que vive unas cuadras arriba. Está contenta de vivir en un lugarcillo mejor al que tenían, cerca de su confidente.

La madre se había embarazado en edad madura, cuando los años le decían que su tiempo para concebir había pasado, cuando su progenitora había muerto, sus hermanos menores tenían sus propias familias y ya no tenía a quién cuidar. Así encontró a uno de esos amores pasajeros y fortuitos, al que confinaría en sus memorias, pero del que concibió, sin pretenderlo, una niña que le alegró el corazón en sus soledades. De aquel hombre nunca supo más. En su pueblo, cuando quiso reclamar un pedazo de tierra para ella y su hija, sus hermanos se lo negaron. Ella había cedido su parte al creer que su vientre era un páramo. Por ello, se acostumbró a ir con su hija de lugar en lugar para buscarle una mejor fortuna. Hubiera preferido ser una madre joven para acompañarla en sus juegos y estar segura de que la dejaría cuando fuera una mujer independiente, sin embargo, la vida se lo impidió.

La vecindad tenía tres pisos con viviendas desiguales, unas tenían una o dos piezas, la renta mayor era de tres cuartos con baño incluido. Los barandales estaban aflojados por los años de uso, los lavaderos como los tendederos eran de quién los ganaba. A veces era mejor lavar en cubetas dentro del domicilio y colgar la ropa al interior, para tener menos problemas con los vecinos.

La vivienda de la madre con su hija tenía dos piezas, una que fungía como cocina que tenía las paredes grisáceas llenas de cochambre —las cuales en los próximos días la adolescente perdería el tiempo en limpiarlas—, y cuya única ventana de la casa daba a la calle; la otra, en la que cabía un espacio para dormir y ver el televisor, estaba a oscuras. Era un gran esfuerzo pagar por un cuarto en el que las goteras fueran una preocupación menor. El baño estaba al final del pasillo y lo compartían con dos familias.

—¡Buenas noches, niña!

Un vecino bastante simpático saludaba a la adolescente que regresaba apresurada a casa. Lo que más le gustaba a la quinceañera, Laura, de su nuevo hogar era la única ventana por la que podía ver la luna, justo ahí se instalaba cada veintena como si fuera un adorno carísimo. Para la madre estaba bien, porque permitiría que el humo de la comida escapara sin la necesidad de abrir la puerta. Esa noche se desvelarían acomodando sus pertenencias para que estuvieran listas antes del lunes.

*

Todos los días tenían rutinas muy específicas. La madre se levantaba temprano para arreglarse, hacer el desayuno e irse a la fábrica, mientras Laura se despertaba tras de ella para bañarse, arreglarse, ayudar con la comida y dirigirse a la escuela. La madre tomaba el primer turno con horas extras por la tarde, en ocasiones haciendo doble turno. Procuraba salir a buena hora, para evitar que su hija la

esperara en la noche en la parada, como hacía ella cuando se retrasaba, o cuando llovía y se le olvidaba el paraguas.

Los desayunos consistían en las sobras de las comidas que se iban quedando o, en el mejor de los casos, unos huevos revueltos. A Laura le molestaba comer tortillas la mayor parte del tiempo, en ocasiones hubiera preferido un pan de envoltura para variar. Por ello, para impedir la monotonía, tostaba una o dos tortillas, la segunda para su madre —cuando se le apetecía— y le untaba frijoles molidos, salsa o lo que hubiere. Esa pequeña actividad la hacía soñar como si se tratara de un desayuno americano.

Después de la escuela, Laura retornaba a la casa sin desviarse, excepto cuando debía comprar en la papelería el material para alguna asignatura, o acompañar a Renata a la tienda cuando se le antojaba una paleta de hielo. La comida de la tarde era sustituida por un lonch instantáneo. Calentaba o terminaba de hacer la comida y se englutiía lo que fuera. Detestaba comer sola. En esos minutos, la mesa se le agrandaba similar a un corredor interminable. La silla vacía de su madre le resultaba un premonitorio amargo. El silencio era un suplicio que estaba segura de que el infierno debía ser una región muda, en el que la prohibición para hablar estaba dictaminada so pena de las peores torturas. Para romper las soledades, luego de la comida, se acompañaba de la radio para hacer la tarea. No tenía un celular como las otras adolescentes, pero anhelaba uno por supuesto. Renata le prestaba el suyo

para que viera las redes sociales. Muy de vez en cuando su mamá podía darle un extra para las computadoras, así que se conformaba con los chismes que su amiga le relataba.

Al concluir todas sus labores corría con su mejor amiga. Y era en este momento en que se suscitaban los conflictos con su madre, pues era la hora en que volvía de la fábrica y comenzaba a oscurecer.

—¡No vas a ir!

—¡Mamá!

—¡Te falta lavar el baño!

—¡Nunca me dejas salir!

—Sales, cuando termines. Punto.

Los quehaceres para la niña eran como los cuentos de las mil y una noches, la intención era entretenela el tiempo considerable para impedir que se fuera. Ante el enojo de Laura había dos posibilidades, que lavara el baño —aunque ese día no le correspondiera— o que se quedara refunfuñando. La quinceañera notaba que era inútil asear el baño, cuando lo terminara —en efecto— sería de noche para salir, por lo que se quedaba de brazos cruzados. Las inquietudes de la madre eran aplacadas al ver a su hija tumbada sobre el viejo sillón mirando el televisor destartalado al que había que golpear una que otra vez para que sintonizara algo. Acabada la discusión, a dormir.

La vecindad tenía inquilinos muy diversos, realmente, heterogéneos. Estaban aquellos, que se sabía, andaban en malos pasos, como los jóvenes de la planta baja que

vivían con el padre, dedicados a robar en los camiones. Estaba la familia de bien, cuya señora abría la puerta cada año bisiego, para frustrar las invitaciones de las malas mañas a los hijos. Estaba la muchacha del primer piso que los inquilinos criticaban por ser fichera en una de las cerveceras de la avenida. El viejo simpático y soltero que se dedicaba a vender ropa en el tianguis y le gustaba sacar una silla al pasillo para ver pasar a los vecinos. El soldado que por temporadas habitaba la casa y armaba semejantes fiestones. La señora que vivía con sus nietas y vendía tamales todas las mañanas en la parada de los microbuses. El migrante que invitaba de forma constante a compañeros a pasar la noche o la semana, quienes coincidían con el paso del tren. La pareja recién casada, cuyo bebé era encargado en una guardería, para poder salir a trabajar. La gente variopinta era lo común. Cuando alguien se iba, entraba otro con manías más extrañas.

Tras las puertas abiertas de los moradores, a excepción de la familia encerrada, había trozos de tela con diferentes colores y figuras que colgaban en tendales improvisados, en especial, cuando el calor era insopportable. El bamboleo de las cortinas era hipnótico en verano, cadencioso como las olas de mar al tropezar con la playa. Pocas cosas hacían que los inquilinos tuvieran problemas entre sí; cuando los tenían, los gritos se escuchaban a casas de distancia, rompiendo toda tranquilidad y anunciando la posible catástrofe.

En esos momentos la música a volumen exagerado escapaba de algún vecino caritativo que compartía el sonido con el edificio. Era sábado y la señora estaba preocupada porque habían dado fin a las horas extras para contratar a un nuevo turno; debía echar mano de los ahorros mientras la señorita de Recursos Humanos le concedía unirse a la cuadrilla vespertina para obtener doble paga, lo que significaría doble cansancio –eso la hacía sentir insegura, era una persona de la tercera edad, si bien, se animaba a lograrlo.

—¡Todos irán! ¡También Renata! ¡Déjame ir!

Los gritos de Laura se escuchaban en el edificio, en una inmoralidad desesperada, pero a nadie le preocupaban, los que tenían hijos adolescentes estaban acostumbrados a las rabietas.

—¡Será muy noche!

La adolescente pretendía ir a la fiesta de Julián —un compañero de la escuela—, que vivía cerca de la casa de Renata, donde las calles estaban pavimentadas y los residentes tenían mayor poder adquisitivo para realizar festejos con buenos sonidos y comida de sobrepedido. Un gran acontecimiento para la jovencilla. Por supuesto, la madre hacía gala de su mejor artimaña para eludirlo.

—Te puede pasar algo...

—¡Empezará a las seis de la tarde! Y la mamá de Renata dice que me puedo quedar en su casa, que ella irá a recogernos... —la mueca de la adolescente quería

convencer a la madre—. Además, ¿qué voy a hacer aquí?, ¡me voy a aburrir!

—Te falta lavar los trastes y la ropa.

La madre descolgaba las cortinas, encontraba toallas y trapos de cocina que meter en el balde de ropa y, si a la joven se le ocurría protestar, encontraba lo insospechado.

—Para que no te aburras... —le decía.

La contienda que se suscitaba cuando la menor deseaba salir a horas imprudentes, tiro por viaje terminaba con la claudicación de la niña, pero esta vez era diferente, estaba determinada a ir a la fiesta. Pasaba de un enjuague a otro con tal prontitud que sería imposible repetir la hazaña, quizás hubiera dejado de tallar alguna prenda para ocultar una mancha a su madre, lo cual era lo de menos. Había que hacer lo que se tenía que hacer, aunque hiciera trampa.

Los temores de la mujer eran fundados. El barrio era peligroso, habían escuchado que a una joven de la calle de atrás la habían ultrajado con violencia, que al señor de la carnicería le habían quitado su camioneta, que a doña Jose la habían encañonado para robarle el monedero; existían tantas historias que cualquier periódico hubiera sobrevivido con las notas amarillistas que se daban sobre los sucesos de la colonia. La única posibilidad que ella encontraba para evitar exponer a su hija estaba en que el quehacer de la casa se perpetuara, sin embargo, en un cuarto tan pequeño, las tareas terminaban pronto y las excusas eran notorias como para generar rencores. Por

ello, no le quedó de otra más que dejar ir a su hija a la fiesta. Cuando se despedía de ella, sacó de su monedero viejo con bolitas de colores unas monedas que le dio por si las necesitaba. Laura sonrió y brincó de alegría, luego abrazó a su madre para decirle que era la mejor. El esfuerzo es vano para conservar un espíritu que ansía la libertad en una rutina que adormece, en una cotidianidad que deforma el propósito de vivir.

Laura fue a la fiesta. La mejor fiesta de su vida. Estuvo ahí Renata, su mejor amiga; Carolina, a quien habían conocido en la escuela; Roger, el mejor amigo del festejado y, por supuesto, Julián. Los cinco bailaron hasta que el cansancio de las piernas los entorpeció para seguirlos sosteniendo y comieron lo suficiente para que el hartazgo fuera escaso, cuando sus estómagos estuvieron tan rebosantes de comida y refrescos que se arrepintieron de la gula. Cuando se retiró el resto de los invitados, el quinteto salió a la calle y comenzó a caminar aquel barrio hiperdecadente y posdecadente que edificaba sus propias llanuras de clasismo, pero que era suyo. Suyo, porque lo habitaban, porque lo caminaban, porque lo vivían con los defectos que tuviera.

Bajaron por las calles sin pavimentar que atrapaba los pasos cuando se enlodaban, las que retrasaban las horas para llegar a la casa o ensuciaban el uniforme del trabajo. Las mismas que proveían el material para los juegos de los niños. En la época de lluvia se transformaban en un

escenario para la improvisación de los espectáculos a media calle. Cuando se inundaban, los transeúntes dejaban de correr, perdía sentido hacerlo, sólo se preocupaban por caer las veces necesarias.

Los adolescentes descubrían su mundo, hablaban sobre lo incierto de sus futuros, el riesgo que habría en una elección errónea. La vida era como los terrenos peligrosos que transitaban, con los precipicios en constante recordatorio que dondequiera se podrían caer. Los cerros parecían ser un terreno difícil para construir, privados de la maquinaria especializada, pero contra cualquier pronóstico las casas de distintos tamaños se levantaban. Así, los jóvenes deseaban alzarse, contra el vaticinio que los esperaba.

Acudieron a las vías del tren, a la estación abandonada, y vieron correr a los migrantes amparados por la noche.

—¿Seguirán estudiando? —preguntó Julián.

Roger fue el único que contestó rápido y con seguridad de manera afirmativa. Roger de tan sólo dieciséis años atendía el local de telefonía e internet, era tan popular entre los jóvenes, por su personalidad tan singular y su alma libre, que le importaba un rábano lo que opinaran los demás. Era una presencia única. Una presencia impecable. Era común verlo en diferentes turnos, incluso cuando un compañero faltaba, él trabajaba el tiempo extra, sin descuidar sus estudios. Laura lo admiraba, quería tener un empleo, ser como él, siempre vestido con gran

esmero. Deseaba contribuir al ingreso familiar y poder comprarse las zapatillas que había visto en un aparador, en lugar del puesto del tianguis en el que por más que se invirtiera para conservar la mercancía en buen estado, los zapatos parecían cubiertos de una capa grisácea. A su mamá ese asunto le era indiferente, prefería impulsarla a concentrarse en la escuela para que algún día fuera a la universidad, antes que dejarla trabajar. Hasta el momento le habían negado una beca, aunque su promedio era el mejor de la clase; se la habían negado con pretextos muy tontos. En la primaria, la directora le dijo que había niños con mayores necesidades, pero sabía que el beneficio se lo habían otorgado a los alumnos que habían mentido en la solicitud, cuyos padres tenían una economía estable; su madre, por el contrario, no tenía ni tiempo para ir a hacer reclamaciones porque la fábrica le descontaría el doble las horas de ausencia. En la secundaria, se llevó a cabo una selección abierta, el resto se había realizado con secretismo. La vez en que fue a preguntar le respondieron que las becas ya estaban otorgadas con base en el estudio socioeconómico realizado al inicio del ciclo escolar. De cualquier modo, si se matriculaba en la universidad seguiría tratando, sabía que el amor de su madre era insuficiente para cubrir los gastos. Renata, por su lado, estaba insegura de qué estudiaría, sus padres le pagarían la universidad, sólo le resultaba muy pronto para decidir. Julián compartía el dilema de qué estudiar, si una ingeniería o arquitectura.

Carolina, coincidía con Laura, su incertidumbre por seguir estudiando o mejor dedicarse a la vida laboral, se debía a que sus padres vivían al día.

Las vías se extendían a lo largo del panorama y los trenes traían más seguido, de lo que el gobierno esperaría, sujetos los sueños de los migrantes, que de vez en cuando soltaba alguno y contrabandeaba con otro. Los jóvenes descubrieron que ahí las personas se volvían sueños que se escapaban entre el viento, fantasmas que encarnaban cuando lograban pisar el otro lado. El silencio producido por sus propias reflexiones los hizo verse por primera vez tal cual eran, almas también con sueños atrapados en un breve espacio, en donde el riesgo pierde su nombre para devenir en un tipo de vida, donde las carencias acechan en formas muy variadas. Atrapados entre las violencias, los asesinatos y los accidentes impunes, ahí estaban los cinco, intentando vislumbrar su porvenir. Cuando sus ojos fueron inútiles para mantenerse abiertos, regresaron por la pendiente escarpada, para dormir un poco antes de que el futuro los rodeara.

Un martes, a la semana de la fiesta, Roger fue encontrado muerto o, mejor dicho, asesinado. En la madrugada, un buen samaritano se dio cuenta que los candados de la persiana metálica del local estaban zafados. Con el instinto empujándolo, subió la cortina con cuidado y se dispuso a explorar, se asomó detrás del mostrador para hallar al joven atado de manos y pies, cubierto —del mentón a

la parte superior de la nariz— con cinta adhesiva, profusa y gruesa cinta. Los ojos desorbitados de Roger en un último intento por respirar fue lo que los vecinos vieron cuando el metiche gritó para alertar a los transeúntes. La imagen se quedaría hasta las diez de la mañana, cuando la policía y los servicios de emergencia se dignaron a llegar. La imagen no circuló en ningún periódico, no hizo falta. La escena se grabó en las mentes de los residentes y se propagó de boca en boca. Nunca se supo de sus padres ni del velorio, ¿a dónde y con quién fue a dar su cuerpo? Nadie lo supo. Tampoco se supo de sus asesinos que provocaron que sus pulmones colapsaran. Ni del dinero que debía estar en la caja registradora. Lo que quedó fue la injuria, cuando culparon a Roger por su homosexualidad y sus devaneos afectivos. Un amante despechado antes que un ratero homofóbico fue el juicio de los habitantes sobre el probable sospechoso. Jamás se habló del abandono del joven que se mudó a una ciudad en la que encontró un hogar en donde ser feliz, menos de que fuera una víctima de los criminales y del desamparo social.

Laura se abrió paso entre los curiosos que se asomaban al local, a la hora en que se dirigía al colegio. Contempló a Roger en posición fetal mirando hacia el cielo. Retrocedió, queriendo obligar al tiempo a que hiciera lo mismo. Las manos se las llevó al estómago con la pretensión de vomitar, pero de ella emanaba sólo el aire cristalino. Aquella imagen se le pegaría en el pensamiento como la

grasa a la pared, incapaz de quitársela, incapaz de saber si tendría que deshacerse de ella, aunque lo ambitionaba al recordar la risa de Roger que colmaba el local con su alegría. Una risa franca, divertida y muy sonora. Una risa que se había convertido en un recuerdo.

Los modelos económicos son perversos, sí, rivalizan con las manchas urbanas del crimen que se extienden para dominar la vida. El hambre y la sed no producen criminales, de lo contrario estaríamos llenos de asesinos. En cambio, los sistemas perversos que crean las injusticias, los que te aguijonean con insistencia para menguar tu dignidad, los que nada resuelven, los que te ignoran con persistencia, los que se conservan durante años... siglos... esos son los que producen a la escoria de la ciudad, tanto en los suburbios como en las grandes mansiones.

Laura padecía de insomnio, la imagen de Roger estaba con ella en cuanto cerraba los ojos, se lo dijo a Renata quien también tuvo pesadillas y a Julián que se aisló. En la mañana se despertó antes de que su madre la llamara y continuó con el ritual cotidiano. Colocó las tortillas en el comal para que se tostaran.

—Recuerda tallar la pared de la cocina, a ver si se quita esa cochambre.

Esta vez Laura no protestó. Durante la mañana del día de asueto, mientras su mamá trabajaba, se dedicó a limpiar. Luchaba contra la mugre acumulada en la pared de las tantas familias que habían habitado la vivienda.

Comenzaba a pensar que el suplicio de lavar la ropa era fútil, en comparación con la mancha que se negaba a ceder. Por la ventana se asomaba un día gris, los niveles de contaminación habían empeorado. Laura echó un último vistazo y resignada fue por la ropa para remojarla. La misma ropa, una y otra vez, era lavada, usada, ensuciada y vuelta a lavar, con lo que adquirieron el exacto color opaco del ambiente.

La madre llegó en la tarde para comer junto con su hija. Laura estuvo a punto de decirle lo mucho que la quería, que ingerir alimentos sin ella le resultaba lo más triste del mundo, pero se contuvo. Luego se fueron a sentar al viejo sillón y vieron juntas una película en la televisión, cuando de pronto Laura recordó que debía comprar una cartulina para la escuela y sacó unos pesos del monedero de bolitas.

—Voy a la papelería —fue lo último que dijo.

Muchas cosas pasaron esa semana. Empezó el lunes, cuando la vecina le tiró un sartenazo a su hijo en su desesperación para evitar que se fuera con los vagos. Un intento fallido de la frustración. En la noche, el joven estaba detenido, acusado de robo. Al siguiente día, fue lo de Roger. El miércoles, fue un tiroteo nocturno que duró unos minutos, en el que nadie se atrevió a sacar la cabeza. En la casa de la familia encerrada ingresó una bala por la ventana, que se estrelló muy cerca del hijo menor. El jueves sobrevino lo de Laura. El viernes, unos policías secuestraron a cinco estudiantes que estaban en un antro.

Fue el único caso mediático. Entre los jóvenes, cuatro eran de clase media con padres profesionistas que demandaron al gobierno saber de sus hijos. Los medios se interesaron en el asunto y, por ello, se descubrió el video en donde se suben a una camioneta de la policía para desaparecer de la faz de la tierra; se sabría con el tiempo que fueron vendidos a los carteles del narcotráfico. El sábado, el cuerpo de la vecina que era mesera en la cervecería fue encontrado en el canal de las aguas sucias. Nadie se había enterado de su desaparición hasta la noticia de su asesinato. Su cuerpo desnudo fue fotografiado y compartido entre los avezados. El domingo, la misa fue suspendida, pues el sacerdote había sido ultimado por la mañana.

*

La mujer limpió toda la casa, esperando que en cualquier momento su hija cruzara el umbral de la puerta y sonriera al verla. El día en que Laura desapareció salió a buscarla, la señora de la papelería le dijo que nunca había llegado. Revisó cada sitio a los que podría ir: nada. Fue a la casa de Renata, pero ella tampoco sabía qué había pasado. En la noche su corazón padecía de palpitaciones desbordantes. Retornó a la casa para confirmar el vacío. Se quedó sentada en el viejo sillón, en la oscuridad, en el silencio. Luego se levantó y fue al ministerio público. Tardó horas en que alguien la escuchara, cuando por fin la atendieron, la despidieron para su casa sin poder levantar la denuncia: “se fue con el novio”, le espetaron.

A la mañana siguiente no fue al trabajo —ni las que le siguieron— pensando en qué podría hacer. En la tarde la visitó Renata con su mamá para averiguar sobre los últimos sucesos. Renata se comprometió a buscar a los compañeros para preguntar y seguir indagando. Al segundo día, Renata acudió con una hoja de papel en la que traía una fotografía de su amiga, una de tantas que tenía en su celular, con la descripción de las señas particulares y la ropa que usaba. Fueron a la papelería para sacar copias, la dueña les hizo un descuento. A la búsqueda se unieron los compañeros de Laura y los vecinos, lo que ayudó para que una abogada de la colonia la apoyara en levantar la alerta de los niños y adolescentes perdidos. Además, Renata había compartido la foto en las redes sociales, en donde le dijo que cientos de usuarios podrían ayudar.

Las semanas pasaron. La señora fue despedida de la fábrica por abandono de trabajo. La renta del mes y el depósito habían concluido, los arrendadores le habían regalado un mes extra para que esperara a su hija; fue en vano. Laura no regresó. Era el último día que estaría ahí. Abrió su monedero de abalorios para contar el dinero que le quedaba. Algunos billetes y monedas se asomaron. Lo cerró a presión, con lo cual el plop del metal resonó en el silencio. Sujetó un buen rato la bolsita sin pronunciar palabra. El viejo monedero con cuentas multicolor había perdido la lucidez. Laura tendría dos o tres años cuando comenzó a quitar las bolitas de colores en los instantes en

que su madre se distraía. La mujer la regañaba, mientras la pequeña sonreía cuando la travesura era realizada con efectividad.

La fotografía compartida en las redes sociales tuvo un efecto mediocre. Había sido reposteada unas decenas de veces para perderse en el mar de las publicaciones. Una tendencia causada por dos fotógrafas que peleaban por un concurso había acaparado la atención de los cibernautas. La discusión por el talento dudoso desencadenó los *hashtags* de los siguientes días, tragándose cualquier noticia a su paso.

La imagen de Laura pegada en los espacios públicos terminó por ser parte del decorado de las calles. Los días hicieron su trabajo para que se fuera olvidando. En los postes y ventanas de negocios fue sustituida por nuevos avisos. La lluvia y el viento hicieron otro tanto, despegándola de las paredes y destrozándola en fragmentos. En donde siguió pegada, la hoja se fue decolorando hasta ser indistinguible.

El tiempo suele ser cruel cuando las tragedias son noticias corrientes, las novedades son el motor para los asombros que permiten el olvido. En la colonia, las semanas posteriores a la desaparición de Laura, sucedieron cuantiosos eventos que sepultaron el informe de la “niña desaparecida”. Las denuncias de corrupción habían dado paso a que se conociera los vertederos tóxicos que enfermaban a los niños de cáncer, que el basurero fuera

evidenciado, el municipio se comprometiera a que los camiones de basura pasaran de manera regular y que se protegiera a los obreros en caso de que enfermaran por las malas condiciones en las que se laboraba.

Entre los nuevos efectos que dejaba la contaminación, la gente seguía luchando contra un sistema que carecía de justicia. El miedo a denunciar era grande entre las familias que intentaban sobrevivir en un trabajo precario. Cuando la mujer escuchaba en la calle que se había detenido a alguien o que tenía información sobre una “niña/joven desaparecida”, acudía para investigar. Para la anciana el miedo era un sin propósito, incluso prefería que el perpetrador viniera por ella para conducirla con su hija. La ocasión en que el señor del ministerio le dijo: “ya no busque a su hija, si no se fue con el novio, ya está muerta”, se hizo a la idea de que alguien le había hecho algo terrible. Aceptó la verdad, pero debía encontrar un cuerpo que se lo confirmara. Tal vez, Laura había visto algo indebido y, por ello, le habían hecho algo. Y con esa suposición, las sospechas recayeron en un joven embrutecido por las drogas, rodeado de lo que parecía una banda de delincuentes. La suposición arrojó más dudas que claridad. Los reproches hicieron que el joven dejara un par de amenazas a quienes lo vilipendiaron antes de irse de la localidad. La anciana fue a verlo, sin embargo, la disposición del muchacho le expresó indiferencia.

El último día en la vivienda que tanto le gustaba a Laura, las fuerzas de la anciana se le fueron para terminar de empacar. La mujer se sentó en una de las dos sillas de la mesa. En la ventana retumbaba el viento. Avizoró las palpitaciones del universo; ella comprendía el ajetreo que producía un corazón herido. Sobre el mantel de plástico estaba la tortilla tostada que no pudo comerse. El apetito es un privilegio de las almas en paz. El recuerdo de Laura era una alegría que la acongojaba, una presencia que se multiplicaba en los silencios. Levantó la mirada. La cocina estaba inmutable con las paredes cubiertas de cochambre. La grasa pegada en grandes zonas, sujetada con persistencia pegajosa, era lo único que brillaba en la estancia. La mancha viscosa alumbraba como una gran constelación en la oscuridad. Afuera, la tormenta y el aire enlutaban el mundo, los latidos golpeaban con fuerza desmedida las viviendas. En el interior, en el interior profundo, las lágrimas y los suspiros eran pulsos impactando los tejidos corporales. Mas todo lo que la anciana vio en la extensa negrura iluminada por la mugre fue el fantasma del recuerdo.

Salió transportando una maleta con ropa suya y de su hija, en la otra mano traía una pequeña estufa eléctrica. En la espalda cargaba las cobijas. Cerró la puerta desamparando el pasado y las pertenencias que eran un lastre. La contaminación se había disipado por los grandes vientos. Los árboles tumbados sobre las aceras esperaban

que las almas caritativas se dieran prisa para levantar a los muertos. La desolación entre las calles era comparable con el cielo protegido de estrellas que esa noche era descubierto por la falta de smog. La anciana ingresó al cuarto de paredes de cartón y goteras inexorables.

Regresaba en ocasiones a las calles cerca de la vecindad por si alguien tenía alguna noticia o por si Laura volvía, porque sin importar las evidencias, en un rincón de su ser la posibilidad de verla sana y salva era real, un anhelo asequible. En la papelería le seguían haciendo un descuento por las copias. En períodos paulatinos, se fue alejando de las mismas calles, para abarcar un mayor territorio. Sin embargo, lo que encontraba era el silencio. El silencio a pesar del barullo de la plaza, de los parques, de las avenidas. El silencio cuando nadie habla del delito, de ese silencio hondo y demoledor. La anciana sabía que, en alguna parte, alguien tenía una pista, pero prefería el silencio... por complicidad o cobardía.

Salía a caminar con las copias de la fotografía de su hija, como un barco a la deriva, cuando abría los ojos se descubría en un terreno extraño. A veces el viento le ayudaba a distribuirlas al agotarse las fuerzas de sus manos. Otras veces, cuando había terminado de repartir y pegar las hojas de esperanza seguía andando sin rumbo fijo con la intención de que el destino completara su labor. Renata, igualmente, fue creciendo y haciendo su vida, olvidándola y guardando el recuerdo de Laura en la privacidad. Antes

de irse sin vuelta atrás, le había dejado un conjunto de fotografías que tenía en su celular. Lo había impreso al darse cuenta de que la señora no tenía fotos recientes de su hija. En las imágenes estaba Laura suspendida en el tiempo, sonriendo con sus amigos, comiendo un helado, en el salón sosteniendo una libreta, jugando en las canchas de la escuela...

En ocasiones se descubría en su casa sin tener certeza de cómo había vuelto. Hacía las tostadas para su hija con la ilusión de que en cualquier lugar en el que se encontrara, supiera que la amaba. Hacer las tostadas era un acto de unión con su hija. Continuar viviendo era también un ritual para encontrarla. Era su manera de seguir ante la incertidumbre. Cuidaba así al fantasma del recuerdo.

Cuando le faltaron las energías para seguir buscando y le quedaban unos cuantos cientos de pesos, observó un colectivo de mujeres que traían colgadas al cuello la fotografía de su familiar desaparecido, iban rumbo a una marcha, entonces se les unió.

—Nadie vuelve —fue lo que le dijo una de las madres rastreadoras.

En efecto, nadie regresaba. Aquella zona oscura en la que los desaparecidos estuvieran los retenía con ahínco. Lo único de lo que tenían certeza era que debían caminar hasta encontrarlos.

Con el último dinero compró una lona con la fotografía de su hija. Ante la impaciencia del dependiente del negocio

contó, una a una, sus monedas para completar el pago. Ahí estaba ella para desafiar al firmamento, para buscar una estrella enterrada en la oscuridad. Cerró la puerta de cartón de su última morada, abandonando las últimas pertenencias. Se unió a las madres rastreadoras, llevando con ella sólo una mochila de tela con una muda de ropa, las fotografías que Renata le regalara, el suéter preferido de Laura y una lona colgada en su pecho.

Las posibilidades de lo que le hubiera pasado a Laura eran numerosas: víctima de un asesino que desapareciera su cuerpo, que las autoridades hallando su cuerpo no la hubieran notificado, que la hubieran raptado para fines de trata o que alguien la hubiera secuestrado para otros fines y estuviera en un sitio cerrado, que el narco la obligara a realizar un ilícito, o que al negarse la hubieran ultimado en algún paraje lejos del estado... lo que hubiera sido, la anciana caminaría la tierra buscando estrellas en el desierto, en las montañas, en los mares, en cada rincón en donde la sospecha fuera una insinuación.



Cuatro vidas

He vivido tanto, que ciertos episodios me parecen tan, tan lejanos... recuerdos de otras personas... las resonancias que se pierden entre los tiempos dilatados... como aquella ocasión en la que estaba atrapada en el limbo, en un cuarto de uno por medio metro, en donde el azar estaba por echarse, en el que la vacuidad se volvía todo. La oscuridad tenía una profundidad infinita, equivalente al tiempo de espera. Aguardaba a que la puerta se abriera, entonces sentir el miedo o la libertad. Detrás de la puerta se escondía el mundo. En ocasiones era mejor darle la espalda a la puerta y hundirme en la eternidad, antes que seguir contemplando por horas un pedazo de madera, delatado por la raja de luz que se filtraba por el umbral.

Ahora estoy parada en la comodidad del despacho de mi casa con una vista excepcional, soy gerente de una pequeña empresa con treinta empleados a mi mando. Los compañeros me respetan, a diferencia de una época sumida

en el anonimato. Están al pendiente de mis comentarios, buscan el consentimiento de una autoridad. A veces sonrío grácil para que se percaten de mi aprobación. Detesto reír, es una actividad desagradable. También he notado su incomodidad cuando tengo una ausencia presente.

Poseo propiedades, automóviles y soy profesionista. Vivo con relativa prosperidad. Acudo a restaurantes, me voy de vacaciones, los fines de semana estreno algo o me escapo a una zona mágica, además, soy una asidua compradora de las existencias en línea. Nadie sospecha que en otra vida buscaba comida en los desperdicios y algo qué ponerme en los vertederos de basura. Piensan que acudí a los mismos colegios que ellos, que tuve una familia ejemplar y una existencia común de la clase media.

Es como tener otra vida y, sí, ciertamente lo es. En realidad, no he mentido, he obviado los pasados. Cuando las personas suponen mi historia asiento con un movimiento suave de cabeza, ni siquiera es necesario que salga un sonido de mi boca, dejo que ellas me inventen. Ellas tienen algo de responsabilidad en esto. Mis invenciones hubieran carecido de efectividad sin su previo consentimiento. Después, he seguido el hilo de las narrativas.

En cada mudanza creaba un nuevo pasado. Cada pasado me había generado el presente del que gozaba. El futuro era una hoja en blanco que se iba escribiendo conforme un nuevo destino se creaba. El futuro lo podía borrar o reescribir de acuerdo con el pasado inventado. Cada epi-

sodio de mi vida contaba con pequeñas subsecciones que, como las novelas, tienen tramas inconclusas y de relleno.

Por ende, la lejanía de los recuerdos me hace sospechar de sus inexistencias. Sin embargo, hay una buena razón para regresar una y otra vez sobre ellos. Estoy en una caída simple dentro de un bucle temporal, como si requiriera dominar el tiempo para escribir un nuevo futuro.

En los años infantes de mi primera vida, en donde sólo existía la ira o la tranquilidad del mundo, los recuerdo en un breve pestaño. Un cielo eterno, el reflejo de un mar, que se extiende sin límites sobre una franja a punto de dormir. En aquel tiempo era un niño absorto en la soledad. Toda mi actividad se caracterizaba por observar a pesar del ruido que me rodeaba.

Qué más da si me recuerdo como un niño. Ser niña era desagradable. Demasiados conflictos y pocas posibilidades de sobrevivir. En esa etapa reinaba la neblina y, para escapar de ella, pues simplemente aparecí en otro lugar. Era otra época, otra edad, otro año, otra ciudad. La neblina, a veces, se disipa y me deja ver cómo fue que sobreviví. Quizá lo recuerdo porque este día se muestra fragmentado.

En medio del despacho contemplo a través del gran ventanal dividido por una franja que separa al cielo y la tierra, sosteniendo un arma calibre 22. Nací con la idea de morir. Cada maldito segundo me repetía la necesidad de acabar con mi vida, pero la cobardía me ataba a esta tierra.

En esos años vi por primera vez un arma sostenida por un viejo militar que la usaba para amedrentar a sus cautivas.

La muerte y la vida están sostenidos por un hilo muy delgado, por el parpadeo de un horizonte. Un horizonte encapotado. El cielo es negro; el ambiente, gris. Aquí la existencia se esconde bajo una cúpula a punto de llorar; los días claros son una vergüenza. Los días en mi niñez eran muy similares, siempre al borde de la lluvia. Una señora con un abrigo rojo y un paraguas negro cruza la calle, tropezándose en la guarnición de la banqueta. El tropezón la hace malabarear. Sonríe, porque las desgracias tienen sus bellezas —toma una copa de vino y absorbe el líquido con lentitud; finge que le agrada su sabor—, así es mi vida, fingiendo ser un personaje.

*

Esta es mi cuarta vida, aunque, para ser sincera, lo es porque deseo recordarla como tal. La segunda vida estuvo contenida de diversión, vino y arte. En esa época era un seudónimo. A nadie le importaba mi nombre. Brincaba de un lado a otro junto a Estela, debajo de la lluvia, impregnadas del olor a restaurante barato. Ella trabajaba en un local de comida rápida en donde freían pollos; por mi lado, en un comedor de la zona gay de garrotera. Teníamos demasiados sueños y poco dinero.

Nos habíamos matriculado en la universidad con una ingenuidad abrumadora. Ninguna pasó del primer semestre. En gran medida, éramos dos almas solitarias y

libres. Esta vida bien pudo titularse: artistas degenerados y modelos ocasionales. Una noche en que recorriamos las calles, Estela se fijó en un anuncio que solicitaba modelos artísticos para un pintor de la Facultad de Arquitectura. La paga era prometedora.

El modelaje artístico es una forma elegante para describir una actividad en la que te desnudas para realizar poses singulares. Me desnudaba por dinero y lo disfrutaba. Ningún trabajo me resultó tan fácil. Las críticas me afectaban lo que el viento al roble. Caminaba como si mi cuerpo fuera parte de las grandes pasarelas. El pudor es una invención de las buenas costumbres; para mí, la vergüenza era superficial. Estuve acostumbrada a vivir en la desnudez en otra vida.

En mi primera existencia, una niña que imaginaba ser un niño se desnudaba tan rápido como se pusiera las ropas sin comprender las intenciones lascivas y las manos viejas que asaltan un cuerpo virgen. La primera vez que el viejo me encerró lloré demasiado, demasiado, por un largo periodo. Entretanto, él reía por mi angustia. Estaba aterrada por la oscuridad, a pesar de que se podían intuir los enseres. Golpeé la puerta sin cesar, puños y patadas se estampaban en el pedazo de madera de cuatro tableros. Llorar no sirve de nada. Después se llevó el mobiliario, dejando una habitación vacía. Durante un transcurso sosegado, me fui acostumbrando a la eternidad, al limbo que deparaba saber si se abriría el cielo o el infierno.

Estela, por el contrario, se sentía incómoda ante un auditorio concurrido. En ocasiones, cuando debía cruzar una habitación amplia, o un pasillo, se cubría con una toalla o bata. Al tomar su posición se la quitaba y asumía una actitud recatada. Me gustaba observarla. Pensaba en sus buenos modales como un ejemplo a seguir, ¡lástima que mi educación no hubiera sido tan refinada! —degusta un trago de vino—. ¡Por los buenos tiempos!

Estela desconocía mi otra vida, yo tampoco sabía los pasados que ella pudiera tener. Era innecesario preguntar. En aquel entonces, mi pasado se elaboró a partir de una dibujante cuya maestra de primaria le chuleaba sus esbozos de ciencias naturales; en el presente, era una alumna que buscaba un profesor de pintura y trabajaba en un comedor. Los artistas piensan que todos son de su calaña, en consecuencia, supusieron que estaba interesada en ser uno de ellos y me dibujaron el mejor de los ayeres. La vida es más soportable con sueños inventados sobre el pasado que mejoran el presente.

Nos desnudábamos a la primera provocación, excepto por Estela, los modelos que conformábamos un grupo de diferentes edades y géneros. En el balcón de una casa colonial del centro histórico, acometido por el desfile improvisado, con los turistas transitando por la calle sin dignarse a valorar el cielo. Los cuerpos se encontraban en caricias finas, en un sexo sin majaderías. Hombres y mujeres desnudos sin el menor pundonor. En las galerías

de exposición, en los museos, a media calle, en la noche, bajo un paraguas o sobre un pedestal, los cuerpos eran libres sin importar los años, las lonjas, las estrías, los miedos, los complejos.

El artista con el que trabajábamos tenía un cúmulo de cuadros. Para acceder a su estudio debíamos atravesar su casa, un pequeño jardín con una fuente y varias esculturas. El pintor pagaba bien por una sesión fotográfica de dos horas; pagaba aún mejor, la presentación en la Facultad frente a sus alumnos. Profería demasiado, al mismo tiempo que apretaba el interruptor de su cámara fotográfica. Alardeaba de su trayectoria profesional, sus premios y reconocimientos. Hablaba de sus pinturas, la composición de los colores, el uso de las líneas, la organización de los espacios. Se miraba satisfecho por la clase privada a unas pupilas cándidas. Estela intercambiaba un par de puntos de vista con el maestro, mientras yo me dedicaba a perderme entre las franjas de las pinturas. Cuando presumía, también daba instrucciones. Le gustaban las posiciones pornográficas y los deslices de sus dedos en nuestro interior, pero en ese sentido era un tacaño que se negaba a pagar los cargos extras. Era un rufián y un degenerado que ocultaba sus deseos banales en el nombre del arte. Su pintura no era mala, sólo monótona. Firmaba con una buena floritura: *Tiago*.

Al pasar el tiempo extendimos nuestras referencias. Brincábamos por las calles de la ciudad buscando

más artistas dispuestos a pagarnos por pintarnos o fotografiarnos; motivadas, ampliamos nuestros servicios de pintores a fotógrafos y escultores. Para envidia de Estela, yo tuve una escultura que se exhibió en el museo dedicado a las bellas artes, en donde ella conoció a Tavo, un artista de las novelas gráficas, y con quien aprendí a estructurar las novelas e inventar mejores historias.

Tavo era un gran inventor, construía las mejores historias para sus modelos. Una compañera que se consideraba “fea” fue fotografiada como si fuera una *top model*, con una media roja sobre sus piernas esbeltas y posando en lo alto de una escalera. La fotografía fue exhibida en las galerías de la ciudad, incluso se imprimieron calendarios, causando grandes suspiros, sin la mínima sospecha de los espectadores de que fuera alguien agraciada con sutileza. Tavo inyectaba ese efecto sobre sus obras.

El fotógrafo era acusado de pervertido. Las novelas gráficas iban de torturas sexuales, escatologías, aberraciones e invenciones muy elaboradas. El fotógrafo pervertido no lo era; el pintor, decente, tampoco. El primero hacía representaciones, el segundo las ejecutaba. El arte y la vida intercambian posiciones de manera constante, análogo a los chismes y la verdad.

El sueño de la libertad terminó cuando fuimos reemplazadas por otras modelos, nosotras ya estábamos muy vistas. Los años de saltar por el mundo se fueron. Brincar era una especie de liberación —la pistola se

desliza liviana—, una libertad que se siente con la desnudez. Al carecer de un pasado continuo, como lo hacen las personas de ordinario, los paisajes y la gente se vuelven recuerdos grises, es por ello que a Estela la recuerdo en una lejanía que es imposible que sea la de mis recuerdos. En mi actual vida, mi pasado es la de una joven estudiante de licenciatura que encuentra trabajo al graduarse, se casa con un hombre maravilloso, enviuda al año y se asume nostálgica, por lo que prefiere quedarse con las evocaciones de su único amor, en tanto los amigos le aconsejan que busque una nueva pareja. Es incapaz de decirles que su niñez estuvo marcada y ahora está imposibilitada de la maternidad y los amores. Para iniciar una nueva novela, sólo hay que aparecer en otra época y otra localidad.

*

La tercera vida fue triste, se caracterizó por la fuga y las ausencias. La juventud se estaba evaporando. Algunas lagunas de cómo había aparecido en una nueva ciudad fueron llenadas con pequeñas historias. Historias sin importancia y sin conexiones entre sí.

Buscaba un nuevo empleo con un nuevo pasado. Caminaba sin rumbo preciso, esperando a que alguien me inventara. Era una desolación total. Un desierto dentro de la ciudad. Debía encontrar el personaje que me representara, mas el éxito me rehuía, hasta el día en que me encontré en medio de unas empleadas de mostrador.

Entonces mi vida tomó forma, era parte de la clase trabajadora, con amigas para acudir a reuniones familiares, escaparme en busca de ofertas para lucir “decentes” o caminar en el parque después del horario laboral. Era la empleada en una zapatería de saldos, una madre soltera con un hijo que nadie vio. Una mujer que se preocupaba por su vástago, con un gran corazón para proveer a sus próximos de sus bondades.

El trabajo consistía en atender a los clientes, ofrecerles el calzado y acomodar las cajas. Era una buena trabajadora, subía y bajaba las veces necesarias de la bodega a la tienda para satisfacer a los clientes. Era una mujer complaciente e intentaba ser eficiente. Las compañeras me apreciaban por tener un carácter dulce y acomedido.

Bien, pues yo no me inventé lo del hijo, lo que pasa es que las compañeras más jóvenes me decían “señora”, por ello, actué en concordancia; una me preguntó por mi hijo, que si ya había pasado a la primaria. Seguí el juego, era una señora con un hijo en la primaria, sin embargo, agregué que iba en segundo grado, para que mi edad fuera acorde, en comparación con tener un crío en el jardín de niños.

Rentaba un cuarto en una vecindad en las afueras de la ciudad, en donde la vida era barata. Los días de descanso los utilizaba para limpiar la vivienda y lavar el uniforme para la jornada semanal. Es necesario decir con franqueza que, en mi tercera vida, gozaba de múltiples personalidades, pues para mis compañeras del trabajo era

una madre soltera, en tanto que en la casa era una joven sin prospectos y para el señor de la tienda, tenía esposo y tres hijos.

Debería añadir que la mujer que vivía sola en la vecindad tenía una pugna con su vecina, otra adulta joven similar, quien era prostituta a mucha honra. El conflicto surgía con el uso del lavadero que compartíamos, del agua que escaseaba, en las fiestas que realizaba la susodicha y que nos impedía dormir. Las maledicencias, el desafío y el desprecio se hacían presentes por las mañanas o cada que nos topábamos al abrir nuestras respectivas puertas.

En dicha existencia estaba en el posicionamiento de una mujer decente, con altos valores morales, aunque en el fondo podía admirar que mi vecina era libre al igual que su risa estruendosa, una risa que jamás he podido emitir, en ninguna de mis vidas, por mero y llano apocamiento.

Así debía lidiar con tres personalidades diferentes, pues la empleada atenta y cariñosa se convertía en la mujer amargada y cruel que deseaba desaparecer a la vecina; al salir, entre el espacio del trabajo y la casa, se convertía en la esposa abnegada cuyos ojos lagrimosos sólo podían provocar la compasión, sobre todo, del tendero. A veces resultaba cansado, no lo niego.

La primera advertencia para que la novela terminara fue cuando la vecina dejó de hacer fiestas, sin motivo aparente. Luego su hermano, un ladrón de poca monta que en la colonia se conocía bien, fue a tocar durante

varios días sin hallar respuesta. El sosiego devino en una exhortación, que fui incapaz de ver a tiempo, porque cuando la vida te va dejando casualidades de frente, debes parar para cuestionarte: ¿cómo es posible?

Los periódicos encontraron primero a mi vecina en un canal antiguo que había servido para la formación de aguas negras. El canal se extendía en los límites de la colonia hasta llegar a la ciudad, las orillas eran un pasto escaso que separaba el camino de tierra con la canaleta. Fue encontrada muerta envuelta en una cobija sobre una colchoneta de borra. Había sido apuñalada veinticinco veces en brazos, tórax y cuello. La muñeca derecha estaba casi desprendida. Una joven periodista que recorría el borde del canalizo para documentar su reportaje sobre la contaminación la encontró en el gran charco, temiendo que el bulto que distinguía en la lejanía fuera un cadáver.

En mis adentros me reprochaba haber sido tan mala vecina, tan intolerante, desecharle que se fuera. Me repetía que no le deseaba la muerte, menos una muerte tan terrible, sólo que se marchara. Me cuestioné por elegir esta vida, cuando pude inventarme otra, pero la gente me había dado una máscara antes de encontrarla.

Pude haber elegido ser su compañera, ser las mejores amigas, sumergirnos en una vida disipada y quizás su asesinato no hubiera ocurrido. En el funeral improvisado de la vecindad, inspeccionaba a los asistentes con la

intención de revelar a su perpetrador, porque debía estar entre nosotros, riéndose de nuestra desgracia.

En ese tiempo fue cuando mis pensamientos suicidas se torcieron con vehemencia, empecé a caminar desmañada por la ciudad y cuestionarme si era necesario continuar con esta vida, con la vida misma. Dejé de sentir a un punto extremo y para despertarme cortaba mi piel en pequeñas rajas con el cíter que, igualmente, podía infectarme de tétanos. Ansiaba que algo me matara. Sin embargo, cada cortada me devolvía la energía, era semejante a un choque eléctrico que me reavivaba. Las hendeduras eran la apertura del horizonte. La sangre roja corría con un color intenso manchando mis ropas, mis cobijas, el colchón y el piso. La sangre se fugaba para alimentarme. Una sangre que veía escapar del rostro de mi madre cuando era golpeada y discriminada. Luego ella venía conmigo y desquitaba cada uno de esos impactos en mi cuerpo. La misma sangre que me recordaba la furia que embriagaba mi niñez. Tal vez, durante una época lo soporté todo; cuando tuve edad, empuñé el cuchillo frente a ella, para que dejara su encono en mi contra, pero me topé con su carcajada:

—¿Qué piensas hacer? —risas— ¿no me digas?

Dejándome ahí parada con mi rencor, mi cobardía y una impotencia a punto de llorar. ¿Quién sí lloraba? Mi madre que desconocía que llorar no servía para nada. Entonces, después de tanto soportar, las golpizas la llevaron a un lugar desconocido, a flotar en el charco del limbo en el

que se quedaría por la eternidad. La soledad dejada por su ausencia me permitió aparecer en otro sitio. Lejos del viejo militar, lejos del mundo. Sin embargo, antes de irse, la ira se había apoderado de mí.

A pesar de que me sentía a gusto en la oscuridad, era arrancada para ver cómo el mundo me despedazaba. El viejo abría la puerta para desatar la crueldad. La furia en sus ojos también me la transmitía. Aquella furia que sabía era capaz de crear. Aquella furia que también quería desatar en los demás cuando los golpes se ensañaban en mi cuerpo —toma otra vez el arma, en esta ocasión sin darse cuenta—, esa mezcla de miedo e ira es el arrebato que me ha acompañado durante años, la cual deseaba ocultar a toda costa.

La tercera vida se esfumó cuando me topé con una verdadera fuga. Entre las hileras de los automóviles, de una calle repleta de comercios nocturnos, una figura corría despavorida. Alcanzaba a verse una tela blanca que cubría un cuerpo oscuro. La figura crecía conforme se acercaba a mí. Los ojos desorbitados se presentaron primero. La parte baja del vestido arrugado sobre los muslos le permitían correr a medias, por ello, se balanceaba de forma testaruda. Los pies descalzos fueron lo último que comparecieron. La mujer revisaba tenaz el camino que había dejado.

Estuve encerrada en una habitación a oscuras, lo descubrí en sus ojos. La habitación se parecía al desván

en donde me encerraban de niño para evitar que hiciera algún ruido. Negra. En donde las paredes perdían la profundidad, en donde me quedaba de pie, rotando sobre mi eje.

“Por favor”, suplicó para que la escondiera. Su voz de ruego sonó más aterradora de lo que hubiera esperado, los transeúntes fueron los que se ocultaron. Recuerdo a la mujer con sus ojos enormes pidiendo ayuda y mi corazón miserable sin podérselo otorgar. Siempre he sido cobarde. Sabía bien de dónde se había fugado, conocía la penumbra. Podía verla como la narradora omnipresente nos observa. Y la calle que se extendía como el horizonte sobre la ancha tierra. Entonces me soltó y siguió corriendo. Dos hombres se acercaron. A uno se le notaba el arma.

—¿Hacia dónde se ha ido?

Sabía muy bien a quién se refería. Alcé los hombros y ante su insistencia con la pistola en la mano lo único que atiné fue a señalar el lado contrario. No me creyeron. Claro que no, esas cosas se dicen con plena convicción, pero en esta vida, no tenía convicción, tenía ausencias. Era una vida triste y miserable.

*

El despacho deviene en una habitación ensombrecida por el ocaso, infranqueable para los intrusos —los dedos se colocan suaves sobre el gatillo—, los extraños han sido una constante en mi existencia. Observo con detenimiento a la gente, cuando el exceso de pasados

se ha apoderado de la vida, los vínculos afectivos son pasajeros, requieres recordar de manera recurrente quién es la persona a la que amas, quiénes son tus amigos, cómo fue que se relacionaron. Es inadmisible ser franca, decir que el aprecio es nulo, que en ocasiones es inútil recordar sus nombres, porque pronto serán fantasmas, parte de una novela y, como tal, son personajes a modo.

Una ventana que da al mundo, en esta existencia, resulta una ironía —ríe por primera y última vez—. Una habitación con una ventana que da a un jardín con esculturas de artistas desconocidos, talentosos sin duda, es una novela satírica. Una ventana en la que veo pasar a madres con sus hijas, secuestradores que andan rondando el vecindario, mujeres que salen del servicio de casas ajenas, niños corriendo en el frío, es un mundo del que alguna vez fui parte. Por el ventanal también admiro cómo se apaga el horizonte. Esta misma ventana me dice que el mundo ya es mío; el arma lo afirma.

Mi madre y yo recorriamos calles semejantes. Ella buscaba trabajo, por ello, debía quedarme muy quieta para evitar ser un estorbo. Nuestras pertenencias cabían en una bolsa de tela que ella cosió a mano. No recuerdo de dónde veníamos, cuál era nuestro origen. El viejo militar vivía en una casa como ésta, con un ventanal y un jardín inmenso. Abrió la puerta con una gran sonrisa. Era un hombre blanco con barba castaña, ojos pequeños y bien vestido; un militar retirado, viviendo de su pensión. Necesitaba

una empleada doméstica de planta. Así empezó el encarcelamiento y la primera vida.

Cuando la puerta se abría para mostrarme el cielo, mi madre estaba ahí para darme una porción de comida y dejarme salir. El cielo descubría su azul índigo lleno de nubes, era un niño que se entretenía con una pelota de plástico, el único juguete al que tenía derecho. Pateaba el balón con tal fuerza que la hubieran deseado los futbolistas profesionales. En los enseres que se encontraban en el desván, había unos estantes con chucherías, entre ellas, unos soldados de plástico con los que jugaba al día en que el señor decidió quitármelos con lo que había en la habitación. Mi madre consiguió para mí una libreta vieja, además de colores que se quedaron sin punta, volviéndose muñecos con los que jugaba. Tardé en aprender a leer y escribir por esa falta de materiales y enseñanza, lo que sabía hacer era dibujar historias.

Mi madre no era una mala persona, sólo estaba cautiva e imposibilitada para escapar. Antes de irse a perpetuidad, quitó la llave del cerrojo, con lo que pude trepar los muros y fugarme del encierro. Lo que asimismo abrió fue la ira que comenzó a crecer en mi interior. En un capítulo perdido, la niña tuvo que empezar a buscar comida y dónde dormir, sosteniendo un cuchillo de cocina que hurtó de la casona del militar —jala uno de los cajones de su escritorio, la fotografía de un niño está debajo de una cámara que compró en una semana de ofertas,

desconocía su deseo para adquirir aquel artefacto; lo hizo porque le darían puntos dobles por usar la tarjeta de crédito—, hubiera preferido ser un niño —saca la imagen en donde se aprecia al crío con su atuendo desgastado y sucio sosteniendo una caja de chicles—, la niña tuvo que aumentar sus historias, en donde dejaría de ser un niño para convertirse en actor.

La noche hizo del ventanal un espejo, en donde la mujer —cuyo cabello remolino exhibía algunas canas y, el rostro, las arrugas en cascada—, contemplaba por primera vez su semblante. La cara de una niña que deseaba ver por el ventanal el cuerpo inerte de su madre que sería trasladado a un paraje inhóspito, sin embargo, le devolvía el reflejo sin poder distinguir por última vez a su progenitora. El pasado, hasta ahora, había sido actuar vidas ajenas. El hartazgo por ocultar el pasado ha invadido mis huesos. ¿Dónde empiezo yo y dónde terminan los recuerdos de la escritora de las novelas vivientes?

Los recuerdos no se resguardan en el pasado, sino en la espera del futuro. Sé cómo terminarán mis días. Durante varias vidas un sentimiento ocasional y abrupto me asaltó con el propósito de terminar con la vida de un cuerpo infantil, arrojarlo sobre la pared, golpearlo hasta el cansancio, ultrajarlo las veces que me apeteciera, hacerlo sentir miserable para que su llanto se apagara y poder ser los ojos de un asesino, en cambio, desquité en mi cuerpo aquella sensación, lo cual daba como resultado una falla en

las novelas. A veces despertaba en medio de las extrañezas de quienes me rodeaban y mostraba una ligera sonrisa para que advirtieran que era muy distraída.

Detrás de estos muros, el silencio se alarga. Los ecos serían una buena compañía si los gritos pudieran salir. En el fondo no estoy dispuesta a morir, es que en el fondo soy muy cobarde —deja el arma sobre el escritorio y se dirige a la cocina por un cuchillo, siguiendo los pasos de la niñez olvidada y regresando al despacho, mientras observa a un hombre cargar un bulto a la cajuela de su auto, al que le hubiera gustado encajárselo en la espalda ancha tantas veces hubieran sido necesarias—. Esta bala le servirá a alguien más —posa su otra mano en la pistola.

La situación ahora se muestra clara. Debo cerrar mi paradoja para que el tiempo circular continúe, la serpiente deje de morderse la cola, y surgir en otra parte, esta vez con la plena intención de ser la adulta de una niña que se fuga de la oscuridad y permitir otro bucle en la espiral del tiempo. Dejar que la ira contenida encuentre su cauce. Escribir el futuro es retomar un pasado lejano del que se ha estado huyendo. Para vivir hay que volver a morir. Es el ciclo de la existencia. Hay que aparecer en otro lugar, en otro tiempo.

Una mujer adulta, canosa, con arrugas pronunciadas y alargadas, representación de la tercera edad, vivirá en un terreno bardeado, en el que habrá un pequeño cuarto con letrina. Entrará y saldrá con un carrito de mandado

de forma regular, con la mercancía que venderá en los tianguis y, cuando los clientes sean escasos, irá por las calles ofreciendo sus productos. El vecindario le regalará sus sobrantes, para que pueda mantenerse. Los habitantes ignorarán que la ayuda respaldará su fachada.

Nunca lo diré en voz alta, la falsificación debe ser concreta. Como un pintor que imita un clásico, un ladrón que clona las tarjetas bancarias o un escritor fantasma que se hace pasar por otro autor. Estamos rodeados de ficciones, pero la gente se impide creerlo. Por ello, sabe crear buenas historias sobre los demás y sobre sí mismas. En esa vida futura no será necesario sentir pena o encogimiento ante los sentimientos que se disgragan, por no recordar quién será mi mejor amiga, quién será el señor de la tortillería o la joven que me hará los mandados para ayudarme. Antes, los sentimientos debían recordarse para seguir actuando la vida en turno, en el futuro será innecesario. A una vieja loca, sin peligro, se le permitirán varias cosas, incluso que hable sola.

En la oscuridad de una vida lejana, también me acostumbré a darle la espalda al mundo cuando la puerta se cerraba y prefería vigilar la eterna noche. En la quinta vida, ha renacido el fuego nuevo y, soy yo, quien al abrir la puerta puede decidir si desatar el infierno o el cielo. En una noche de diciembre, la vieja será encontrada muerta en su domicilio, devorada por las ratas. La forense municipal recogerá su cuerpo y lo tirará en una fosa común. Los

vecinos, al apoderarse del predio, encontrarán huesos humanos, prendas de ropa viejas, pantalones, camisas, chamarras y accesorios personales como carteras, relojes, cinturones o anillos.

*

La vieja loca levantaba la basura del barrio, qué se podía esperar.



Dos lenguas son fronteras

Existían tres tipos de ciudadano promedio. En realidad, había de otras clases que carecían de mayor incidencia. En todo caso, se les podía relegar con facilidad, sólo había que darles una dádiva para que pronto olvidaran las coyunturas que los hacían protestar.

Tres tipos, nada más. Los sátrapas que ejercían el poder, los calesineros que pululaban entre el deseo de opulencia y su preocupación por pagar las cuentas cotidianas y, por supuesto, la clase baja, los catetos, cuyo destino se explicaba en el trabajo constante. Zahir pertenecía a los últimos, pero tenía sus dudas, creía que todavía estaba en lo hondo de los abismos, ahí donde se puede dudar de la existencia.

El país estaba formado de un mestizaje muy común, tan característico del continente, entre los invasores a las tierras y los naturales. Por lo menos eso decían los libros de textos en los que Zahir había estudiado, lo cierto era

que entre ellos existían rencillas que poco se habían disimulado a lo largo de los siglos. Los naturales habían sido excluidos de los centros urbanos, los servicios y derechos; eran los conquistados, los pobres, los infelices.

Algunas aldeas habían conseguido sobrevivir aislándose entre las montañas o selvas. La cultura y lengua habían sido menguados con el tiempo. En los últimos años, en las ciudades, había un movimiento para recuperar las lenguas ancestrales. Los colonizadores habían planeado erradicarlas de mil formas, se habían empeñado tanto que muchos de los habitantes desconocían su existencia. Por el contrario, unos cuantos obstinados se habían negado a obedecer, enseñándolas y recuperándolas para los hijos. Pocas personas se habían preocupado en la manera en cómo se estaban revitalizando.

El Estado había organizado concursos, festivales, encuentros y actividades para apoyar la recuperación de las lenguas, vanagloriándose de una pluriculturalidad improbable de encontrar en la monotonía de los campesinos y obreros. Los escritores, pintores y cineastas que iniciaron un movimiento genuino en defensa de su identidad cultural habían encontrado espacios en las altas esferas para formar una nueva élite, sin admitirlo, porque eso les restaba rebeldía.

Era tal el hervidero sobre el valor de la cultura y la lengua que los ciudadanos estaban volcados en defender su identidad colectiva y, aquellos, que en un acto de sinceridad,

tenían dudas sobre cuáles eran sus orígenes, preferían amparar la idea del mestizaje como la única identidad del país. Los mestizos en favor de los colonizados se habían aferrado a la idea de retomar sus raíces, aprendiendo la lengua y vistiendo ropas que imitaban a las tradicionales. Lo que era obvio, eran los grupos en pugna complejos de definir, aunque los discursos dijeran lo contrario.

Zahir le había dado varias vueltas a la misma idea. Examinaba con aplomo cuántos de los ciudadanos preocupados por la recuperación cultural aumentaban como la espuma. Los activistas que vociferaban sobre la importancia identitaria, al mismo tiempo, permitían la explotación de sus territorios. Los sátrapas también se jactaban de una cultura colonizadora, disfrazada de buena voluntad, que los clasemedieros respaldaban, dejando que la explotación se convirtiera en un discurso en favor del progreso.

Los medios de comunicación bombardeaban con las bondades del progreso y la civilización, pero Zahir sabía que la benevolencia estaba reservada para unos cuantos privilegiados, por el contrario, los que trabajaban para que la civilización se encumbrara vivían en la miseria. Y todavía peor, venía aquel asunto de la identidad. Zahir tuvo que abandonar el bachillerato, porque su madre había enfermado, al mes su padre fue recortado de la fábrica, por esta razón el servicio médico fue suspendido y tuvieron que vérselas con sus propios medios para cubrir los gastos de salud.

Había una especie de velo sobre las situaciones reales que se vivían en la miseria y la sobrevivencia diaria, cuando se decía algo que podía afectar a uno o los dos bandos, se creía que se les estaba atacando, imposibilitando el diálogo. Zahir estaba atrapado justo en esa batalla discursiva muy rara, que robaba la atención de la sociedad.

Zahir era hijo de arrieros de la cultura guicabanú, todos sus ancestros habían sido descendientes de este pueblo milenario. Los signos de su cuerpo eran los propios de los naturales de estas tierras. Una piel que semejaba la masa de barro con la que se elaboraban las casas de adobe. Sus padres tuvieron que abandonar el pueblo cuando fueron amenazados por el cacique que se adueñó de las mejores parcelas de cultivo. El padre había tenido un sinfín de oficios, pero al ser analfabeto se le dificultaba encontrar otros medios de sobrevivencia en donde le pidieran papeles de escuela. Su dominio de la lengua nacional era adecuado, si bien, todavía conservaba un acento de su lengua materna, que en ocasiones lo enfrentaba a las burlas. La madre, hablaba todavía menos la segunda lengua, rara vez salía de casa, se dedicaba al hogar y a lavar ropa ajena, con ello, habían permitido que su hijo fuera a la escuela, pagar el transporte costoso, porque en el municipio los niveles medios y superiores brillaban por su ausencia, además de darle para los materiales, hasta que enfermó de cáncer y su situación empeoró. Zahir había escuchado entre los murmullos de su madre los renuentes de una lengua que le fue

negada para evitar el rechazo de los calesineros, con ello, asegurar una mejor suerte. Conocía, no obstante, la vida de un natural desarraigado y hundido en las pocas posibilidades de hallar su cometido en el progreso.

Los campesinos empobrecidos por el sistema, que los colocaba en el fondo de las desesperanzas, se habían asentado en uno de los terrenos irregulares afuera de la ciudad, en donde otras familias buscaban refugio. El terreno no era suyo, debían pagar renta, aunque eran tratados como paracaidistas. Los citadinos habían construido un muro para separarse de estos indeseables, de los que se suponía, tenían como única alternativa, la delincuencia viviendo en semejantes condiciones.

El joven caminaba entre el barrio que lo había visto crecer, inspeccionando las viviendas, descubriendo un mundo de autocrítica. Regresaba de su trabajo como ayudante de herrero. Las casas de madera abundaban en el predio irregular sin drenaje, luz robada de los postes cercanos y con los pozos de agua que se secaban en primavera. A las afueras de su domicilio, se quedó quieto aguzando los sentidos. La valla hecha de restos de guacales estaba muda. Esperó a oír algún ruido. “Montés”, su gato pinto, adivinó su propósito y sin defraudarlo, saltó desde el techo para caer en unas cajas. Los padres de Zahir habían ido al pueblo, se quedarían unos días con sus tíos para dejar las ofrendas correspondientes a los muertos y encontrar remedio a la enfermedad de su madre.

La casa estaba hecha de tablones, el techo de lámina era sostenido por vigas de madera. El refrigerador de segunda mano era lo primero que se veía al abrir la puerta principal de la vivienda. En la pared del tomacorriente salía una extensión anaranjada en donde se conjuntaban los aparatos electrodomésticos. La vivienda era de una sola pieza, al fondo estaba la cocina, pues ahí estaba la única conexión eléctrica, escamoteada a través del cable que venía de uno de los diablitos cercanos. Los muebles de la cocina estaban desgastados, la madera era vieja y descolorida. La mesa tenía las orillas levantadas y a las patas le faltaban tornillos, lo que hacía que se balanceara. La falla en la mesa era el recordatorio de que la fijeza se mide por la tensión de sus partes, cuando algo falta, la seguridad se pierde. La vivienda estaba dividida por un mueble que hacía de media pared para crear las habitaciones. El cuarto en donde dormían tenía dos camas, la de los padres y la de Zahir, y un televisor destartalado que había dejado de funcionar cuando la televisión digital sustituyó la señal. El piso de tierra estaba cubierto por una ligera capa de cemento. El patio tenía algunas cosas viejas cubiertas por una lona para contener el desgaste ante las lluvias ocasionales.

El joven merendó algo y volvió a salir, imaginó que sus padres debían estar preparando la comida de los muertos. La última vez que Zahir estuvo en el pueblo, fue bastante desagradable. Los pobladores se habían quejado de su presencia, a pesar de que no era ningún extraño; tal

vez desconocía la lengua, pero comprendía la cultura. En varias temporadas de cosecha había ayudado a su padre y tío a trabajar. Las costumbres familiares las había seguido al pie de la letra. La desaprobación de los comuneros inició cuando el síndico le pidió que ayudara en la limpieza de las colindancias. El hijo del cacique levantó la queja en una asamblea para impedir que interviniéra en las acciones comunales, porque eso sería dejar entrar a fulanos que habían crecido fuera de la comunidad. Alegaba que en los municipios cercanos se había visto que eso traía grandes males, pues los licenciados y estudiados venían a cambiarlo todo, luego se creían por encima de los campesinos.

Era cierto, Zahir había sido testigo cómo los hijos de los que habían migrado a la ciudad querían modificar cada cosa que creían mal, traían sus teorías aprendidas en las escuelas, decían que lo hacían por amor a la comunidad, a sus orígenes, aunque tampoco sabían la lengua ni conocían las tradiciones o la historia oral, traían el cambio en contra del progreso con otras ideas civilizatorias. Zahir estuvo de acuerdo con la asamblea. Él respetaba la normatividad, porque su padre se la había enseñado. Zahir sabía que la palabra del hijo del cacique y otros principales estaba por encima de la suya, así que decidió jamás volver, porque pese a lo que pensaran sí respaldaba la decisión.

Desde ese día pensaba en exceso sobre las formaciones y transformaciones del pueblo. Los caciques, como los principales, eran profesionistas, comerciantes o dueños

de las mejores tierras, eran de tez clara, eran como los calesineros. Los guicabanús del color de la tierra seguían siendo campesinos y en su mayoría monolingües. El hijo del cacique, por ejemplo, podía pasar por un clasemediero sino fuera por sus ropas, era cierto que en su sangre corría sangre ancestral, pero era mestizo y había podido estudiar en la universidad con el apoyo de sus padres profesores y, ahora, se proclamaba como el gran poeta guicabanú. Zahir por el contrario se sentía despojado de la identidad cultural de sus padres y rechazado por los ciudadanos, por la misma razón de ser un descendiente guicabanú, aunque ignorara la lengua.

Los hijos de los principales seguían la tendencia del vástago del cacique, eran investigadores, abogados, escritores, pintores, profesores, a quienes la sociedad les abría las puertas para defender su identidad, en cambio, los campesinos, arrieros, artesanos, trabajaban para poder comer, ellos eran los fotografiados en su cotidianidad como objetos de estudio. Zahir se sentía molesto con las circunstancias, por las injusticias que sus padres habían sufrido; al igual que lo estaba con ellos, por su inhabilidad para defender lo suyo.

*

Zahir se quedó analizando el páramo, las plantas silvestres se asomaban en los terrenos, también los tambos para guardar el agua que debían estar vacíos. Las puertas de las casas estaban sostenidas por una especie de

inerzia inexplicable. Miraba con detenimiento los nichos que hacían de conjuntos habitacionales. Las viviendas estaban muy pegadas. El colorido era lo único constante, producto del ingenio para improvisar casas. Dentro de lo que comprendía, sabía que estaba en mejores condiciones que otros, a quienes les faltaba todo, dormían sobre el suelo, dentro de una casa desamueblada o sobreviviendo con una triza de tortilla en el estómago.

Zahir caminó hacia el cementerio y se quedó sentado en una roca, observando en la lejanía. Comenzaba a oscurecer y los asistentes estaban apresurados para adornar las tumbas. Las personas venían de diferentes culturas, pero por alguna razón coincidían en conmemorar a los muertos a la usanza de los mestizos, afianzando lo nacional. Al joven le penetró un olor a podredumbre. El atardecer levantaba una especie de bruma en el basurero.

El basurero estaba a lado del camposanto. El terreno del vertedero era plano como el resto de la colonia, sin embargo, el desperdicio formaba pendientes de distintos tamaños. No contentos con estar sin servicios, el basurero municipal estaba instalado cerca de las casas. Es cierto que los moradores contribuyeron a que fuera de este modo, porque antes el espacio estaba limpio, conforme se fueron asentando decidieron, por una especie de coincidencia, arrojar sus desechos ahí, lo cual empeoró cuando el ayuntamiento le pareció buena idea y dio la orden para que los camiones dejaran las recolecciones de la ciudad.

Decenas de avecindados se dedicaban al reciclaje y la venta de materiales encontrados entre los montículos. El olor era soportable una parte del año, pues en época de calor se confundía con la pestilencia de las letrinas, convirtiéndose en el inframundo. Zahir se levantó y decidió ir a las orillas de la colonia para encontrar un teléfono público y hablar con sus padres.

En los límites con la ciudad, había una estatua de bronce de un héroe desconocido por la población, quizá era el nombre que para un intelectual o político lo haría sentirse orgulloso por sus logros; para los vecinos, era un total desconocido.

Zahir debía esperar media hora para que sus padres le contestaran. En la caseta telefónica del pueblo, el dependiente debía avisar a los parientes, el periodo de espera aumentaba en los días de muertos, pues la gente suspendía los trabajos. Zahir seguía sumido en sus reflexiones absorto en la muralla que los separaba de los afincados con dinero. Las casas de los calesineros y los ricos estaban bardeadas, a ellos les encantaban los límites. Los clasemedieros gozaban de espacios con servicios y, en el mejor de los casos, con jardines. Los terrenos de las viviendas en la colonia, en cambio, estaban separados por piedras, pedazos de madera u otro elemento, lo que servía para organizar los espacios, como la zona para tender la ropa.

Zahir marcó el número, mientras el timbre sonaba, vio a lo lejos, a través de las rejas, a un padre en el patio de su

casa que sostenía un saco de box y su hijo pequeño que se preparaba para golpearlo. Nadie contestaba. Seguro era por la comida de Todos Santos, pensó. Remarcó. Los timbrazos repitiéndose en el vacío. El niño golpeaba el saco muy concentrado en la tarea.

—¿Quién es?

—Quiero hablar con el señor Xhajó y la señora Imelda de la casa de Perí Mayor —la respuesta fue el ruido del teléfono siendo pasado a otro interlocutor.

—¿Qué pasó, hijo? —se escuchó el resoplo de alguien agitado—. Tus padres no llegaron.

—¿Cómo? —la respiración entrecortada por el miedo—, ¿qué dices, tío? Antier se fueron para allá.

—No hijo, pensé que se habían arrepentido o que tu mamá se había puesto mala.

El murmullo de los muertos podía filtrarse por el auricular. El adolescente sintió el frío del anochecer que serpenteaba por su nuca y espalda.

—Hijo, no hagas nada, voy a preguntar acá si alguien sabe algo, háblame al ratito.

—Sí, tío...

Zahir sintió que el aire le faltaba. La ciudad del otoño y la miseria comenzaba a rodearlo con insistencia. Echó a correr rumbo a su casa. Un apagón cubrió toda la colonia y las colonias aledañas. La noche sin estrellas ni luna dificultaban el camino. Zahir intentó orientarse por las miles de velas que alumbraban el camposanto. Ingresó

a su casa, se puso una chamarra, buscó el dinero que sus padres tenían para emergencias y rebuscó entre sus pantalones en busca de una moneda.

Salió en busca de su mejor amigo. Tocó con desesperación la puerta de madera. Nadie. Corrió rumbo al panteón y se internó entre las hileras. Miles de velas estaban posadas sobre los pasillos y alrededor de los nichos y las cruces. Las tumbas tenían flores, comidas y bebidas. A la distancia se percató del hermano mayor de Pedro, un hombre que era muy alto y le faltaba una parte del cráneo del lado derecho. El gigante sostenía frente a su rostro una vela, semejante a un santo orando.

La ausencia de la luz eléctrica, sustituida por las velas, daba la bienvenida a los muertos que habían cruzado el umbral. Zahir se acercó a su amigo quien sostenía las flores de los difuntos. Al escuchar su relato, su amigo fue en busca de sus progenitores. Después de unos minutos, regresó cabizbajo.

—Mis papás no me dejan ir contigo, dicen que debo cuidar a Jacinto —el rostro de Pedro estaba compungido— desde el accidente ha quedado muy mal.

Zahir sintió como si lo hubieran traicionado, pero sabía que Jacinto estaba lisiado. La mitad del cráneo la había perdido en una pelea entre pandillas, el rival le había dado un batazo.

—Seguro no es nada, tus padres estarán bien —Pedro lo dijo esperando que fuera verdad.

Zahir dio media vuelta y echó de nueva cuenta a correr en dirección al teléfono público.

—Eso dicen, hijo, que a lo mejor fue la migra, porque bajaron a unos paisas junto con los migrantes, y dicen que a lo mejor allí iban tus padres. Awala, ¿la recuerdas?, la señora que vende el pan hasta arriba, en la otra capilla de la virgen, eso dice.

—Pero, ¿por qué se los llevaron?

La pregunta era retórica, el jovenzuelo lo sabía muy bien. Esos pelmazos de la migra no sabían distinguir a un guicabanú de un guicax, cuando se trataba de reportar a ilegales para sus jefes agarraban parejo.

—Ahorita la gente se niega a hablar, están con sus muertos, tú sabes cómo es esto, habla mañana a lo mejor ya me dicen algo, tus primos también andan buscándolos.

Zahir aceptó, sólo que se encaminó a la central camionera para tomar un autobús a la ciudad del estado federal y preguntar sobre los retenes, así saber en dónde confinaban a los detenidos.

El viaje para el pueblo era de catorce horas, primero debías arribar a la ciudad del estado federal, de ahí, tomar otro camión que subiera a la zona montañosa. Al llegar, Zahir se dirigió a la camionera de tercera clase, destinada a dar servicio a las comunidades alejadas.

Estuvo preguntando, sin embargo, la información era muy vaga. Un agente le dijo que a los ilegales los trasladaban a la frontera para de ahí enviarlos a su país de origen.

—¡Mis padres son de este país! —exclamó Zahir con indignación.

—Como sea chaval, si se los llevaron, deberán estar allá y si comprobaron que son de acá, entonces ya los soltaron.

El adolescente se quedó en las afueras de la central, aguardando a saber qué hacer, luego se dirigió al teléfono público.

—Pues sí hijo, se los llevó la migra, me lo confirmó Pascual, que está seguro de que eran tus padres.

Zahir se redirigió a la central camionera para tomar un autobús hacia la frontera sur, con el anhelo de que sus progenitores estuvieran bien.

*

En las oficinas de migración negaron a Zahir que sus padres fueran procesados. “Aquí sólo traemos a ilegales”, fue lo que le dijeron. Salió del edificio, con más miedos y dudas. Caminó sobre las avenidas, temiendo perderse. Intentó aprender el nombre de algunas calles, para saber por dónde iba. Al dar vuelta para desembocar en una plaza, un señor se le acercó.

—Debes ir a los albergues, a veces los paisas que van y vienen conocen... —Zahir asintió ante el gesto amable—, ¿traes una fotografía? —Zahir sacó una imagen de su cartera—, así está bien... para que la muestres.

—¿En dónde...?

La pregunta fue interrumpida al atravesar la calle, el señor siguió un camino distinto al del joven que fue a sentarse en una banca del parque. Los rostros que paseaban eran semejantes entre sí. Había preocupación, una mezcla de angustia e ilusión. Podía adivinarse que imaginaban un lugar mejor, aunque las circunstancias actuales fueran desafortunadas.

Zahir recorrió los albergues y, en sus travesías, comenzaba a conocer la ciudad, los puestos de comida barata y los andurriales para dormir; conservaba algunos billetes y monedas, insuficientes para un bus a casa o ir a cualquier otra parte.

—Estoy en la frontera, tío, pero no me dieron razón, debo seguir buscando... —titubeó— el dinero se me está terminando, ¿puede enviarme algo?

El tío prometió hacerle un envío y seguir preguntando. Zahir continuó recorriendo la ciudad y mostrando la fotografía, cuando se cansó, se sentó sobre una barda para ver la frontera. En el otro lado de las casetas había largas filas para ingresar, también, grupos dispersos que ansiaban que los soldados se distrajeran para colarse. Recordó las imágenes de la frontera norte que pasaban en los noticieros, un espectáculo muy parecido, la diferencia era que los que deseaban ingresar al otro lado eran los compatriotas.

El calor era abrumador. Entre las filas de los autos que transportaban mercancías, había varios vendedores. Un

señor de rostro sombrío traía sobre la cabeza unos cinco sombreros de paja, mientras en su mano derecha sostenía treinta empalmados. En el hombro izquierdo cargaba su morral tradicional. Tenía puesto una playera roja que alertaba de su presencia a los automovilistas.

Un hombre más feliz que aquél, era el vendedor de congeladas, un viejo que sonreía a los que le pedían un producto. Un hombre feliz con manos acabadas y desnutridas es algo inusual, sobre todo, cuando el calor está en el cenit. Otro hombre, a unos pasos, tocaba un requinto. Era viejo y tenía un bastón retráctil atorado en el cinturón. El sol le daba en pleno sobre sus lentes provocando un destello.

El ruido era incómodo, lo mismo que el ajetreo. En eso pensaba Zahir cuando divisó un letrero pintado sobre una pared que avisaba de un albergue y unas flechas qué seguir. Brincó de la barda y se puso a seguir el anuncio. La casa del migrante estaba frente a un parque invadido por desplazados que parecían provenir de innumerables partes del mundo.

A la sombra, un viejo con pantalón de vestir gris, una chamarra de pana café y un sombrero de moda del siglo pasado boleaba los zapatos con gran esmero a una mujer que portaba un traje a juego color azul. Ante el calor, ellos parecían inmutables. La casa era pequeña, el terreno estaba circundado con media barda de ladrillo y la otra mitad con una valla de alambre. Afuera, los árboles alienados a lo

largo de la banqueta eran frondosos y sus ramas caían al interior para ofrecer tranquilidad. Zahir se acercó:

—Buenas tardes, deseo preguntar si ha visto a... —al tiempo que sacaba la foto de la chamarra que colgaba de su brazo izquierdo, la mujer lo interrumpió.

—Entra y pregunta por Clara, ella te dirá...

En el patio se encontraban los migrantes conglomerados, escuchando a un cantante que tocaba el acordeón. El hombre estaba ataviado con un vestido verde enebro, su cuello estaba adornado de pétalos rojos de tela gruesa y en el lado derecho de su cabello tenía una flor roja. Tocaba el acordeón con gran maestría. Zahir dio con Clara, una joven bajita del color de la tierra trigueña, quien estaba entre los espectadores.

—Espera a que acabe de cantar Priscilo para que podamos preguntar.

El joven comenzaba a impacientarse, ceder a estas alturas era una afrenta, le pedían de manera insistente que aguardara, sin embargo, las respuestas eran indignas de cualquier esperanza.

Priscilo tomó la foto y fijó la atención para memorizar los rasgos.

—¿Dices que los detuvieron los de la migra?

Zahir asintió y le contó lo que sabía, incluyendo las llamadas a su tío. No entendía por qué de pronto estaba tan parlanchín, tal vez era porque durante su travesía había

intercambiado las palabras necesarias y ahora se topaba con unos oídos prestos.

—¡Vamos a preguntar!

Priscilo acompañó a Zahir con cada uno de los hospedados; ninguno supo dar razón.

—No pierdas la fe, ¿has ido a la Casa de Sebastián?, ahí hay mucha gente.

Priscilo dejó el encargo a Clara para que apartara su cama por si el tiempo le impedía regresar a buena hora. El par de hombres salió apresurado. Al cruzar la calle, el cantante se acercó al tragalugo para indagar. Esta disposición la seguiría de camino a su destino; con fotografía en mano, cuestionaba a cada transeúnte. Priscilo era muy conocido en las calles y por los viajeros.

En la Casa de Sebastián había varias filas de migrantes separados en mujeres, con o sin niños, y hombres. En las largas hileras se distinguían las mochilas, bolsas, maletas y cobijas que cargaban. La gran mayoría de las personas estaba vestida con playeras, camisas o suéteres ligeros. Entre la concurrencia se podía advertir a los primerizos de los que tenían una amplia trayectoria en los espacios fronterizos.

Los inmigrantes accedieron de forma sosegada a la casa para ocupar una cama austera. Había decenas de colchones tirados en el suelo y sobre unas bancas improvisadas —hechas de tablas sostenidas por cubetas de 20 litros de pintura, volteadas y vacías—, iban dejando

sus pertenencias. Las paredes estaban divididas con telas y cartones. Algunos jóvenes se cubrían la boca y la nariz con estupefacientes.

—...de los guayaxis —explicaba un hombre.

—Guicabánus —corrigió Zahir.

—Sí, de esos. Eran una pareja, una mujer enferma y un hombre grande. Fueron separados. La señora se murió...

—Zahir contuvo el aliento— yo digo que se murió porque se desvaneció así —el hombre extendió el brazo— como si no tuviera vida y al señor lo subieron a una camioneta. Pregunta al Caribe, él estuvo ahí y vio para dónde jalaron.

Priscilo y Zahir salieron de la Casa de Sebastián.

—¿Tienes hambre? —Preguntó el cantante mientras observaba un migrante que vestía unas bermudas cafés con bolsas a los costados, playera negra, sin calcetines y con tenis negros por la mugre.

El migrante era de los que no había alcanzado colchón y debía quedarse en el patio. Tenía un lonche y un bote con agua. El lonch consistía en un sándwich y una bolsa de frituras que los encargados habían repartido. El muchacho negó. Estaba indeciso entre ir primero a buscar a su madre o conocer al tal Caribe lo antes posible. Un niño comía una gran pieza de pollo admirado por el resto de sus compañeros que suspiraban. El viejo también suspiró. Zahir tomó con suavidad el acordeón del hombro del cantante y se lo echó para, desde ese momento, cargarlo.

Ambos hombres recorrieron los hospitales y los forenses en busca de una mujer enferma. En un centro de salud, a Zahir le dijeron que su madre estaba internada como desconocida, al verla, se decepcionó. En los forenses sucedió algo similar, le mostraron imágenes y pertenencias de mujeres sin identificación; ninguna era ella. El resto de las dependencias le dieron otras razones vagas. Con los pies hinchados y medio comer fueron a buscar al Caribe, un pollero de grandes ligas.

—Sí, esos eran —contestó el Caribe al cuestionamiento frente a la fotografía.

—¿Estás seguro?, son los padres del chico, piénsalo bien —instó Priscilo que sabía que el Caribe veía a todos los indígenas iguales.

—Los viejos gritaron que los habían bajado por equivocación. La mujer se aferró al viejo, lloraba y gritaba, para que los oficiales no los separaran. Cuando estaban forcejeando la señora cayó al piso, pensé que le habían hecho algo, pero se cayó solita. Luego la migra subió a los hombres a una camioneta.

—¿A dónde se los llevaron? —Zahir no podía controlar las lágrimas, las cuales se deslizaban discretas por su rostro.

—Al narco.

El vacío se apoderó del cuerpo de Zahir. En ese preciso instante la vida había dejado de tener sentido.

—¿Crees que los agarraron para traficar? —insistió Priscilo.

—Como mulas para el otro lado o distractores en la línea fronteriza, como sea, quizás estén a punto de ser sacrificados.

Zahir deseaba correr, adentrarse en un santiamén en el otro extremo del país. Revisó sus bolsillos, el dinero que le había mandado su tío era inservible para viajar por toda la república. Priscilo lo miró de reojo, dándose cuenta de su tragedia.

—Sé cómo llegar sin tanto dinero.

El viejo era un migrante eterno. No tenía ninguna residencia. Iba de allá para acá. En su juventud quiso cruzar al norte, si bien lo logró un par de veces, fue deportado otras tantas. Era una persona que se había acostumbrado a viajar con una maleta en donde guardaba su vestuario y su ropa común, aunque poco se distinguían porque eran igual de estrañas.

En las noches Zahir lloraba pensando en sus padres, ¿cuál había sido el destino de su madre? ¿En dónde estaba su padre? Incógnitas que eran difíciles de averiguar. Habló un par de veces con su tío, la respuesta fue la misma, excepto porque se enteró que habían detenido a cinco pobladores de las comunidades vecinas. Zahir también llamó a Pedro para que fuera a ver si sus padres habían regresado a la casa, en caso contrario que se hiciera cargo

de Montés. Era un intento por imaginar que cuánto estaba viviendo era producto de su imaginación. Pero no habían vuelto.

*

Priscilo conocía todos los caminos, conocía de más. Sabía cómo esconderse, las rutas y horarios de los camiones de carga, trenes y autobuses. Asimismo, conocía a los residentes de las localidades, los extranjeros legales, los inmigrantes ilegales, los polleros, los narcos, las pandillas, los turistas, podía dar santo y seña de cada uno con tan sólo verlo. El gran bagaje lo iba transmitiendo en pequeñas historias y relatos al joven afligido, al tiempo que le iba enseñando a tocar el acordeón.

Al entrar a la ciudad fronteriza del norte, dos colgados en un puente les dieron la bienvenida. Las caras de los ejecutados estaban cubiertas por telas negras sujetadas por las mismas horcas. Tenían los torsos desnudos y las manos atadas detrás de las espaldas. Uno de ellos tenía los pantalones y el bóxer a la altura de las rodillas, dejando ver la mutilación de sus genitales; el otro, estaba desnudo excepto por la trusa que conservaba.

En la frontera norte siguieron la estrategia de ir a los albergues y contactar a los conocidos de Priscilo. En los tianguis, los puestos de comida les hacían chillar las tripas de hambre: tostadas, tacos fritos, empanadas... los vendedores mostraban sus mercancías en las narices. Era un ruido involuntario el que sus cuerpos expulsaban,

porque sus mentes —en especial, la del muchacho— estaban concentradas en caminar y encontrar respuestas.

—¿Qué es eso de los distractores en la línea fronteriza?

—Es cuando usan a la gente para hacer cómo que son ellos los que van a cruzar cuando en realidad van a pasar la mercancía en otra parte... te enseño, vamos para allá.

Las rejas infinitas de la frontera acaparaban la atención, dado el alcance de la vista humana, eran interminables. Zahir se acercó a la piedra con la leyenda: “límite de la república”.

—Allá... ¿ves? Esos que están ahí en realidad no pasarán, están haciendo la finta. Lo sabe la migra de allá y la de acá... como sea deben ser cautelosos.

—Pero se arriesgan...

—Sí, así es. Lo malo es cuando los engañan... hay polleros canijos que les dicen a sus cargas que estén listos para cruzar, que deben correr cuando les digan... son como patos para los cazadores.

Dos niños riendo, entre seis y siete años, pasaron corriendo tras sus espaldas. Zahir siguió la inercia con la vista.

—Muchos de esos niños que crecen acá ya se la saben, esos distractores, para que veas, ganan bien.

Continuaron caminando sin rumbo preciso. Zahir ocultó la impotencia al introducir las manos en las bolsas de la chamarra que tenía semanas sin lavarse. El aire frío contrastaba con el sol de la tarde. Nunca había pensado estar en la frontera, aunque había escuchado las decenas

de historias de conocidos y familiares que habían cruzado al otro lado, soñando una vida mejor. Al mirar el rostro de los ilegales, suponía un anhelo idéntico.

Llegaron a los campamentos de los migrantes que deseaban ir al otro lado. El país era una estación de tránsito para numerosos grupos y nacionalidades. El timbre de una bicicleta sacó a Zahir del camino, despertando frente a los murales. Las pinturas mezclaban el nacionalismo y los símbolos del país imperio al que estaban sometidos. Volteó hacia los muros, como si estuviera en un museo admirando la exposición.

—¿Están lindos, eh?

El viejo procuraba seguir la atención del adolescente. Zahir se quedó fijo observando un marco en el que una serpiente, con la lengua de fuera, se extendía a lo largo de la pared; en el siguiente recuadro, la serpiente se había movido para encontrar parte de su cuerpo contraído como gusano y, en el tercer cuadro, la serpiente estaba mordiéndose la cola. Alrededor del muro de tres piezas, estaban unos hombrecillos pintados, simulando ser franjas. Un hombre tatuado de cuerpo completo con los signos de un tiempo perdido en la memoria se quedó vigilando a Zahir.

—Vamos a sentarnos —le dijo Priscilo al adolescente, tomándolo del brazo— ya estoy cansado... ¡Ahí!, junto a ese que mira el televisor.

En el campamento había un joven con comodidades, un televisor y sillón, atendiendo un puesto de dulces y

refrescos. A lado de él, había unos bancos y un buró. Pidieron sentarse y el vendedor se los concedió.

—¿Quieres un refresco? —Priscilo preguntó a Zahir—. A ver muchacho danos unos chescos —dirigiéndose al dependiente—, no te había visto por acá, ¿eres nuevo?

Mientras el cantante, que era muy bueno para sacar plática, conversaba con el vendedor, Zahir posó su curiosidad en el programa televisivo. Era el noticiero de nivel nacional. En la sala de entrevistas estaban los conductores escuchando a los hijos prominentes del pueblo guicabánú hablar de racismo, quienes vestían las ropas tradicionales —cada uno se presentaba en la lengua, después se traducía—, estaban acompañados de los expertos, representados por los calesineros y mestizos. Ninguno tenía la apariencia de Zahir.

Al joven aquel tema se le había esfumado de su interés, comenzaba a parecerle una nimiedad. A final de cuentas los guicabánús estaban muy orgullosos de sus principales, la gente con la misma piel que Zahir estaban vitoreando a esos representantes emblanquecidos, vestidos de tradición. El joven confirmaba que ya nada tenía sentido. El sinsentido imperaba como regla general del país. “En otras noticias, los soldados se desplegarán por las fronteras para evitar que los migrantes ilegales sigan provocado la violencia a su paso...”, el adolescente escuchaba el diario en un eco lejano.

—Bien, nos vamos, gracias por tu hospitalidad, nos vamos con Cristóbal...

—Sí, viejo, ahí me lo saludas.

Zahir se había acostumbrado a dormir en los albergues, casas de migrantes, campamentos o en el parque. En ciertos periodos, el joven ayudaba al cantante a montar sus escenarios improvisados y recoger las ganancias, también a correr cuando la migra, la policía o los soldados, los perseguían.

—¡Correr en tu propio país! En mis tiempos esto era impensable, pero como los de allá se sienten con el poder, pues nos corretean parejo.

Los hombres se habían detenido en la pared de un baldío para descansar. Zahir se asomó para confirmar que habían perdido a la guardia.

—Es que somos indios... —el joven lo dijo en un murmullo, mas el cantante echó la carcajada.

—Cierto, ahora imagínate ser como yo, en mi época nos iba peor...

—¿Por eso huyó de su casa? —Zahir preguntó suponiendo que un hombre que pasa la mayor parte de su vida en los caminos era porque huía de algo.

—P'os sí, para que te digo que no si es la mera verdad —el viejo colocó una mano sobre el hombro del chico— era de tu edad, por eso sé que es difícil andar de aquí para allá. Te expones mucho y más ahora con el narcotráfico, antes no era tan así...

—¿Cree que encuentre a mi papá?

Zahir no quiso preguntar con la palabra entrecortada, las fuerzas contrarias de su interior se interpusieron para expresarse con interrupciones. Priscilo tragó una bocanada de aire, antes de poder contestar.

—No quería decírtelo así, sino que lo descubrieras por ti mismo. Tu padre ya estaba viejo, ya no les servía, es seguro que ni siquiera esté acá... cuando los suben a las camionetas es para... pues... para desaparecerlos, quién sabe qué ganan con eso... a lo mejor generar terror... por eso los llevan a los baldíos o montes y ahí los ejecutan —el viejo repitió el suspiro— yo los vi hacerlo tantas veces. Una vez me agarraron, pero como conozco a la gente del camino pues... un tipo como el Caribe —continuó haciendo ademanes con sus brazos—, grandote, güero y pollero, dijo que me soltaran... y pues aquí estoy... sino ya no la hubiera contado.

El anciano miró con disimulo al joven que ocultaba las lágrimas.

—Tú ya eres presa fácil, sin padres, sin nadie que te extrañe, esos te van a reclutar... ¿tienes a dónde ir?

Zahir deseaba volver a casa, a la casa que rentaban sus padres, deseaba que los últimos acontecimientos fueran una pesadilla y que al despertar ellos estuvieran para acompañarlo. A la pregunta de Priscilo pensó en cómo responder, quería decir tantas cosas. Pensó en su tío, la comunidad que lo había rechazado; en la vivienda

arrendada y en penumbras, en las deudas de una renta atrasada, cuando le habló a su patrón para pedir un préstamo, se lo negó y de paso lo despidió.

—Debo ir por mis cosas, allá en la capital rentábamos una casita.

—¡Pues vamos!, seguro que por allá me encuentro un trabajillo.

—¿Y ahora cómo nos regresamos? ¿Igual que como llegamos?

—¡Nombre! Eso es más fácil, déjame hablar con mis contactos y en una de esas hasta en avión...

Salieron de su escondite, con una orquesta que tocaba frente a la catedral. Era lo que se necesitaba para ser parte de una escena de la comedia clásica.

Zahir estaba entendiendo los límites de una nación que lo contenía y lo ahorcaba, también que al ser parte de dos conjuntos, entre lo urbano y lo rural, la evidencia desmentía que estuviera en un espacio de intersección, por el contrario, afirmaba una exclusión constante. El aprendizaje, lejos de ser satisfactorio, era doloroso. Vacilaba en qué camino seguir, cuál sería su futuro. Pensaba si su porvenir lo tenía de frente, en la vida sin nada, como su compañero de travesía.

Los sentidos inscritos en las franjas fronterizas estaban definidos por el aniquilamiento de las realidades que contradecían los discursos del gobierno. El trazo de una línea fronteriza, el límite de los países, eran como en las

ciudades y los pueblos, eran invenciones que definían los tiempos; mientras en las primeras, una frontera seguía el trayecto de una línea recta, la línea del progreso, y los muros se alargaban para separar a los que tenían de los desamparados; en los segundos, las fronteras circundaban en linderos sin presencia material, pero bien perceptibles. Hoy, el huérfano cuestionaba los sectores sedentarios y los paisajes nómadas caracterizados por el hiperconsumismo con base en la miseria de otros. Era el efecto de las fronteras, porque con certeza él estaba atrapado en un intersticio, como los migrantes que corrían de un lado a otro, buscando una calle en dónde esconderse y en donde las huellas de sus pisadas serían tragadas por los turistas. Así era el sistema que lo articulaba todo.

*

Estaba parado junto a Priscilo, frente a la que fuera su casa. Había una rejilla de púas sustituyendo la valla de madera echa de guacales viejos. Montés no había saltado, por lo que debía estar con Pedro. Después de estar parados por unos veinte minutos el dueño salió.

—¿Entonces, patrón? ¿Deja que el muchacho saque sus cosas? No sea malhora, vea que el chico perdió a sus padres.

—¿Y lo qué me deben? Los señores que vinieron a ver el cuarto ya quieren ocuparlo.

—Pues, mire patrón, es lo que tenemos —el cantante enseñó un paquetito de billetes—, no sea malhora, el

muchacho acaba de perder a sus padres, luego... pues... imagínese que cuando quiere regresar por sus cosas se encuentra con esto.

El dueño estaba en un debate interno. Al final tomó el dinero y los amigos entraron al domicilio: debían pagar cuando fuera posible el resto de la renta para poder seguir ocupando la vivienda.

—Por aquí debe haber una casa de migrantes, ¿no?

El joven nunca se lo había preguntado. Sabía que había personas que provenían de varios lugares y permanecían durante una breve estancia, pero creyó que eran de distintas partes del país.

—Mañana empezamos a ver en dónde colocarnos para el jale.

El anciano continuó hablando, en tanto Zahir contemplaba el ropero en donde sus padres guardaban la ropa y los tiliches. Tampoco volvió a saber de Montés, se había escapado de donde Pedro, sin retornar a casa, quizá había conseguido otro hogar o siguió el mismo destino de sus padres. Los días siguientes intentaron ser monótonos, con los temas triviales: la pobreza y la sobrevivencia. Al joven, las horas lo estaban ahogando. Pensó seriamente en dejarlo todo y lanzarse a los caminos para vivir como Priscilo, para que el azar decidiera y alejarse del ambiente que olía a sus padres y a Montés, a quienes jamás volvería a ver.

Las manifestaciones explotaban en puntos alejados entre sí, protestas que eran la parte álgida del descontento

de las poblaciones. Zahir deseaba unirse a la destrucción. La furia, la frustración y la tristeza deseaba desquitarlas contra una sociedad que, comparado con la comunidad de sus padres, lo había despreciado. Una sociedad que le había quitado a sus padres. Él no era diferente de Priscilo, en ese sentido. Aunque era de lo poco que compartían. Si bien sus padres lo habían amado carecía del corazón bondadoso del viejo para hacer de la música un refugio. Lo único que deseaba era curarse una soledad abrupta e injusta.

Al intensificarse las manifestaciones, el Estado comenzó a prohibir la movilidad de los ciudadanos y realizó las redadas a los migrantes. Los calesineros eran los más entusiastas. Protestaban por las inmoralidades que tenían años, siglos, según decían. Deseaban derrumbar a los poderosos, a los sátrapas que los habían explotado cuando ellos, sentían, eran los verdaderos dueños de la riqueza. Vociferaban que eran los únicos que pagaban impuestos, que mantenían los trabajos de los obreros, que eran los herederos de los colonizadores y los naturales de estas tierras, por algo eran mestizos y la clase media que mantenía al sistema funcionando.

El Estado comenzó las prohibiciones en un afán por controlar a la población, pero fue una acción inservible cuando el ejército se volteó en contra de la presidencia. Los clasemedieros (y los que se creían clasemedieros) se hicieron con el poder al entrar al recinto del mandatario y

hondear la bandera en el balcón principal. La antigua élite política y económica tuvo que salir del país apresurada, llevándose por supuesto sus raterías.

El país se sumía en el caos debido al nuevo grupo de poder que deseaba un control desmedido. Los que otra vez quedaban en cierta desventaja en el régimen que estaba naciendo eran los antiguos pobladores, los indígenas, que se mantenían a la expectativa y los ilegales que seguían siendo unos indeseables.

La política en contra de los naturales se definía en la misma línea que la predecesora, aquellos indígenas que levantaban la voz eran acallados con premura, sus territorios pertenecían a la nación por lo tanto debían entregar las riquezas naturales en favor de la prosperidad y el progreso, sin embargo, los que defendían las culturas y lenguas originarias, como parte de la identidad nacional, eran mejor tratados.

Zahir fue para alistarse a las agrupaciones juveniles que estaban formándose para luchar por mejoras en los salarios, con la preocupación de Priscilo que lo exhortó para que evitara las confrontaciones y que, si se ponía peor el asunto, debían largarse, pues sujetos como ellos, serían asesinados sin la menor congoja. El adolescente y otros jóvenes desencajaban en el nuevo régimen, lo mismo que vivían con el anterior. Deseaban tener un espacio propio, como una comunidad, con mejoras en la calidad de vida en los centros urbanos.

Al llegar, Zahir se percató que había una gran cantidad de juventudes aglomeradas, de las zonas urbanas y periféricas, los mestizos empobrecidos vivían dentro de la ciudad con un salario de risa que daba para medio sobrevivir. Algo, que el muchacho pudo notar con mayor claridad. Las largas y varias hileras mostraban los rostros de mujeres y hombres. Los extranjeros que fisgoneaban desde los balcones de los hoteles y restaurantes señalaban la semejanza étnica entre los jóvenes de las filas. Eran los renegados de las comunidades y excluidos por los ciudadanos que deseaban ser vistos allende de una mano de obra barata, discriminados por su color de piel y por la falta de lengua ancestral. Eran un nuevo grupo que había crecido con los siglos, pero en el que nadie había reparado.

—Cuando el secretario pase cerca de ustedes den sus nombres y edades —decía un jefecillo a través de un megáfono.

Los jóvenes devolvían la extrañeza a los extranjeros, quienes también mostraban semejanzas entre sí: pálidos, barbudos, altos, adinerados...

—Zahir Mayor, dieciséis años.

Los ojos de Zahir eran de un negro profundo, todavía con un brillo propio de los adolescentes; sus ojos posados en los extranjeros cuestionaban, no eran desafiantes, no eran temerarios, sin embargo, había algo en ellos para temerles. Los jóvenes detrás de él tenían los ojos fijos en

el suelo, gritaban las consignas que los acompañarían a lo largo de la protesta.

El avance de la manifestación se dio con un criterio que fue sumando voces. En el cruce de los monumentos y antimonumentos se detuvieron. Otra protesta con integrantes numerosos se conjuntó. Familiares con mantas y lonas con sus desaparecidos colocaban tendederos para sostener, con pinzas de madera y plástico, los rostros de sus seres queridos.

Zahir volteó hacia el otro lado para impedirse pensar en sus padres. Notó que en cada calle se acercaban los inconformes con alguna petición más allá de un salario digno. Una mujer arrodillada estaba cargando una santa virgen, pidiendo justicia para su hija asesinada por el marido. A tiro de piedra, una señora ataviada de otro tiempo, cuyo vestido de la época colonial incluía un penacho de los antiguos indígenas ladeado sobre la cabeza, parecía que se había escapado de algún manicomio.

El cielo se dibujaba con helicópteros del ejército mostrando los soldados con armas largas. Los gritos ahogados de los manifestantes detuvieron el tiempo. Un joven que dibujaba sobre el suelo el rostro de su madre con gises de colores, no se percató del silencio súbito hasta que los atemorizados pisaron la obra del recuerdo para escapar. En el mismo instante una pandilla de tatuados pasó con una sonrisa burlona. Los policías también hicieron su aparición desplegándose con rapidez.

Una madre que reaccionó a destiempo sostenía a su hijo para consolarlo.

Las teorías sobre el miedo han sido ambiguas, científicos y humanistas se han decantado en mostrar en cómo reacciona el cuerpo sin que hayan concluido. Zahir se tragó el temor. Frente al casco negro pulido del policía podía ver su rostro reflejado, un rostro muy parecido al de su padre, con resequedad y manchas en la piel por el trabajo bajo el sol. Los detalles de sus gestos eran presencia de la madre. Sus padres estaban en él cuando las fustas se desataron.

La fuerza es inabarcable a lo que el corazón anhela. Zahir luchó para zafarse de las garras del absolutismo, utilizó de cuanto era capaz el vigor y la resistencia para infringir un poco de dolor en el enemigo. Al verse libre, retrocediendo y envalentonándose con el resto de los jóvenes, su mirada se encontró entrecortada por los espacios de penuria que abarcaban los edificios y los retratos, que se transformaron en fragmentos de rostros de carbón sobre papel, pinturas abstractas que desfiguraban los rostros de los desaparecidos.

Una explosión a lo lejos hizo que la muchedumbre volteara. El fuego que se alzaba provenía de las colonias periféricas. El temor que había sentido Zahir era incomparable con el que acababa de experimentar. Después provinieron otras, acompañadas de disparos. El

joven corrió de vuelta hacia lo que quedaba del hogar de sus padres y en donde debía estar su anciano amigo.

Lo primero que vio al entrar a la colonia, fueron grupos golpeados y resguardados por los soldados, personas que parecían migrantes, pues Zahir los había visto cuando fueron a buscar los albergues que Priscilo suponía, pero también había vecinos que conocía de años atrás. Las redadas se habían extendido, los soldados detenían a quienes presumían como “ilegales”, de cualquier modo, naturales, mestizos o migrantes, todos eran pobres y, por lo tanto, indeseables, a menos que fuera para trabajar por un salario de mierda.

El basurero estaba incendiándose, el humo negro y el olor azufre hacían el tránsito insopportable. Los bomberos trabajaban para impedir que se dilatara afuera de los límites. Un hombre de mezclilla, con chamarra azul marino, camisa gris y gorra de beisbolista roja, aplastaba las fogatas esparcidas con un palo grueso de madera; sus esfuerzos eran en vano. El fuego rojo tenía el corazón de los muertos en su interior, rodeado de una oscura capa de luto. Había cuerpos quemándose en el basurero, cuerpos que eran indistinguibles. En lo alto de una colina de desperdicio se alzaba una enorme bandera de papel cuyas esquinas estaban siendo devoradas. Los bomberos carecían de mascarillas para respirar por lo que retrocedían.

Zahir corrió a lo largo del vertedero volteando algunas veces, cuando sus ojos se posaron en un cuerpo a punto

de ser devorado por las llamas. Priscilo ataviado con su vestido verde, adornado de pétalos rojos de tela gruesa, estaba tirado en medio del desecho, a un lado estaba su acordeón destrozado. El cuerpo yacía sin vida, por más que el joven gritaba para que despertara, la víctima seguía inerte. El joven hizo tentativas para acercarse, sin embargo, las suelas de los zapatos se calentaban convirtiéndose en masas chiclosas. Las lágrimas corrieron a la par del agua de las mangueras de los bomberos, sin hacer mella en la tragedia. Lloró por sus padres, por Montés y Priscilo. Por toda la gente de cuyos cuerpos jamás se sabrían sus nombres.

El fuego se extendía hacia el panteón. El anochecer se hacía evidente. Zahir caminó por inercia antes que por decisión. Entre el panteón y el vertedero había una cuna de madera. En un espacio de nadie, estaba la vida y la muerte. Se desconocía si aquella cuna era parte de la basura o los muertos, pues ahí estaba sepultada una niña desconocida. Quizá alguien hubiera querido hacer un nicho o alguien abandonara el cuerpo con alevosía, lo que sí, es que la cuna estaba llena de flores de plástico, basura, juguetes y coronas de papel.

Antes de llegar a su casa, Zahir dio vuelta, se había decidido. Nada había para él. Absolutamente nada. Le habían arrebatado todo. Marchó lo desandado. Los bomberos estaban derrotados, hincados en el piso y consolándose. Eran sombras negras entre el fondo rojo

de las llamas. Mientras, el panteón estaba siendo devorado por el fuego y alumbrando el camino de los vivos. El joven pasó corriendo el vertedero, sin notar que en medio del fuego un girasol se erguía en la resistencia.

El joven se internó en la ciudad, buscando dónde pasar la noche. Las sirenas de las patrullas, ambulancias y bomberos impregnaban el ambiente. Los ciudadanos estaban en condiciones afines, buscaban en dónde resguardarse. Las explosiones por las granadas del ejército, las bombas molotov de los insurgentes y las generadas por los tanques de gas domiciliario dieron la impresión de estar en una guerra. Nadie pudo dormir, los enfrentamientos continuaron.

Al día siguiente el sol dio por hecho que estaban sumidos en una guerra civil. El edificio del que salió Zahir tenía la mitad derrumbada. Había un silencio inusual. La noche diferenciada por el ruido, dio paso a una mañana sosegada. Zahir volteó hacia las casas, la ausencia reinaba. Ingresó en lo que parecía un templo. Entre las ruinas había un cristo caído con los brazos extendidos en su cruz, estaba siendo sostenido por dos vigas que nunca se pertenecieron.

*

La primera persona que encontró con vida fue una mujer de falda negra, larga y roída de las orillas, un suéter largo, abierto y tejido, su rostro estaba perdido, el cabello a los hombros, escaso y alborotado, lo confirmaba. Los

zapatos con terminación en “v” y las puntas chatas estaban empolvados. Zahir dudaba que su mente estuviera en este mundo.

Siguió internándose entre las colinas de escombros, las calles habían desaparecido. Entró a un edificio con grandes agujeros en los muros que dejaban ver los inmuebles de al lado. Los huecos permitían comprender los vínculos formados por los vacíos. El cascajo, las piedras, los tabiques estaban hechos a un lado, cerca de las paredes que aún seguían de pie. Alguien había barrido para poder transitar en los espacios rotos. Giró para desembocar en un patio donde había una agrupación de todas las edades y géneros. Tomó una varilla tirada en el piso y se unió. Una joven mayor que él, le hizo un ademán de aprobación.

Los subterráneos improvisados comenzaron a proliferar en las alcantarillas o los pasillos de las plantas bajas de los edificios. Los habitantes dormían al cobijo de los árboles y los carros estaban amontonados como chatarra en las calles. Los panteones se mudaron a las colinas, en donde imperaban las cruces improvisadas. Los muertos fueron trasladados a una zona casi inaccesible para evitar que fueran importunados. Al salir el sol, los muertos eran los primeros en dar aviso para que se iniciaran los enfrentamientos.

Los insurrectos estaban afuera de un edificio colonial, esperando a que los soldados bajaran la guardia. Zahir examinaba a los detenidos en el patio, eran sus vecinos

y los migrantes que estaban siendo preparados para ser ejecutados.

En el interior, las luces de una fila de ventanas se filtraban sobre los muros, donde otros detenidos sentados esperaban saber su destino. Zahir alcanzaba a ver las sombras proyectadas en las paredes. Un grupo de calesineros irrumpió en el recinto, serían ellos, quienes darían las órdenes. Los seguía una tropa de guicabanús y otros naturales, que venían apresados, quedándose en el atrio. Los soldados entraron y los acribillaron.

Zahir lo entendió todo. Con un nudo en la garganta entendió el destino. Los calesineros se quedarían con los territorios que los naturales habían defendido con su sangre. Ahí estaban, vistiendo la ropa tradicional y hablando la lengua ancestral, orgullosos de mantener la cultura, mientras los naturales habían sido masacrados. Continuaría el genocidio, la lengua quedaría resguardada por los mestizos para sentirse orgullosos de sus raíces indígenas, sólo que jamás comprenderían lo que los antiguos signos significaban. Sacaron al patio a los ilegales y los indígenas sin lengua ancestral, a los nativos del color de la tierra como Zahir, cuyo único delito era intentar sobrevivir.

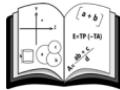
Entre ellos, estaba Pedro a lado de su hermano, el inconfundible Jacinto a quien le faltaba medio cráneo. Zahir sintió que la bala le atravesaba la cabeza. Un pequeño sonido al quebrar el hueso y cruzar los sesos, lo despertó,

sabía lo que debía hacer. Jacinto sucumbió con el rostro desfigurado, ante la sorpresa y el miedo de su hermano.

Los sediciosos ingresaron al patio, lanzando bombas caseras llenas de clavos contra el ejército y los calesineros. Zahir tiró del brazo de Pedro para que dejara el cuerpo inerte de su hermano y se resguardara, luego roció con gasolina el atrio y lanzó las bombas incendiarias.

—¡Nosotros quemaremos esta maldita ciudad! ¡Nosotros! ¡Los hijos de nadie, los despreciados por todos!

Los insurgentes despojaron de las armas a los soldados y el dinero a los calesineros, después calcinaron sus cuerpos. Zahir contempló su obra, seguro de cuál sería su porvenir.



Fórmula lógica

El joven indagaba en lo recóndito de sus obsesiones. Cualquiera que lo viera, pensaría que su abstracción era producto de la locura. Era delgado, alrededor de los veinte años. Alto, sin ser algo extraordinario. Los anteojos redondos con los cristales al vuelo, un armazón de tres piezas bien acomodado. Pelo negro remilgado y de una presencia pulcra. Un atuendo que, dentro de lo formal, era informal: pantalones de gabardina caqui, una camisa lisa, sedosa, azul y bien planchada, un saco —de mediano uso— color café, subido de tono; calcetines y zapatos a juego. Miembros bien proporcionados. Los ojos grandes y oscuros, la barbilla bien rasurada, la piel morena pocas veces tocada por el sol. La juventud lo hacía lucir aún más engreído. Un quijote posmoderno, enfermo de libros que lo hicieron viajar por universos inexpugnables. Un jinete del espacio-tiempo, mejor dicho, un viajero de los

espacios y tiempos en los que se perdía, hasta que una voz anciana lo sacaba de su letargo.

Estaba en medio de un pasillo largo, resguardado con estantes rebosados de libros. Contemplaba una obra, cuya cubierta de cuero viejo, tenía las orillas desgastadas y sus hojas amarillentas eran de tamaños irregulares. Estaba frente al atril que exhibía la joya. Tomó el ejemplar entre sus dedos largos y trémulos. Estaba impedido para abrirlo. Tenía la mirada tan clavada al punto que pretendía conocer su interior por ósmosis. Era su única salvación. La única. Había esperado tanto tiempo para conocer la *physis* de todo, que era improbable que tal cosa fuera viable. A su corta edad, había estudiado cuanto podía, desde charlatanería a la ciencia, para saber que un pensamiento es incapaz de comprender la totalidad, sin embargo, en esta ocasión era un literato detrás de una historia de misterio, un arqueólogo fantasioso sintiéndose Indiana Jones, que un dedicado a los estudios científicos.

Tras salir del área del Fondo Reservado, escondiendo el libro en el que creía encontraría todas las respuestas, se detuvo en uno de los pasadizos de la biblioteca para asegurarse que mantenía el tesoro intacto y que nadie sospechaba aún. Guardó el libro antiguo dentro del saco y se colocó otros ejemplares encima, caminó manteniendo la compostura. En la zona de estudio, su portafolio estaba abierto, reposando sobre la mesa y esperándolo sin recato.

Los estudiantes que compartían el escritorio estaban concentrados en sus tareas.

Dejó los libros casualmente sobre la mesa, tomó el volumen robado y dos más para disfrazar el hurto, los metió en el bolso y se lo echó tras las espaldas. Se dirigió a los servicios y ahí revisó que el ejemplar no tuviera ningún soporte que hiciera sonar el detector magnético. Luego de comprobarlo, se dirigió a la salida dejando los otros libros en el carrito del depósito. En el momento había un grupo de estudiantes que se destinaba a pasar el detector, se apresuró para mezclarse entre ellos y salir corriendo del recinto.

La tarde dejaba ver algunas nubes grises. Bajó las escaleras cual si estuvieran vacías. Retuvo la vista en cada escalinata hasta el último. Una vez en la banqueta comprobó ambos lados y se dirigió a la parada del autobús. El transporte directo al centro de la ciudad venía atestado. Dejó subir a una señora antes de poder sujetarse del pasamanos de la puerta de enfrente, intentando guarecer su maletín.

El tráfico era un caos. La amenaza de lluvia, como siempre en la ciudad, era causa del desorden. El estudiante bajó del autobús y se destinó a caminar por las calles. El ajetreo era inusual, pero pasó de largo sin cuestionarse el asunto. Los aficionados al futbol estaban haciendo de las suyas, su equipo había ganado hacía un par de horas. El sonido de los cohetes se iba intensificando conforme avanzaba.

Los soldados estaban apostados en las calles con sus armas largas, las personas corrían de un lado a otro con los rostros abnegados de miedo. El joven estaba tan concentrado en llegar lo antes posible a su edificio que lo que pasaba a su alrededor quedaba en segundo plano. Cuando despertó estuvo a punto de estrellarse con un colectivo de mujeres, por lo que desvió el camino apresurado. En su prisa logró ver unos ojos que le parecieron conocidos. Un profesor, quizá, mas su memoria era tan buena, que sería imposible que hubiera tomado clase con él sin recordarlo.

Era uno de esos fallos de la memoria en el que ocurre un *lapsus* y piensas que ya has vivido antes la situación o has conocido a alguien. Un *déjà vu* para los soñadores que imaginan que esta vida se repite o los románticos que afirman que se conocieron en otra vida. El estudiante esta vez chocó con una agrupación que huía de los proyectiles de la policía.

—Imbéciles —masculló el joven, en tanto el gentío escapaba atemorizado.

Subió corriendo los escalones del edificio. Evitaba el elevador, era una costumbre que tenía sin importar el apremio. Apenas ingresó al departamento, cerró las cortinas. Abrió la laptop sobre el escritorio y revisó uno de los artículos encontrados en lo profundo de la red. El ruido del exterior desapareció en el momento en que se concentró en el monitor.

Era un estudiante avezado en los saberes de la ciencia y abocado a sus estudios universitarios, un ejemplo del alumnado que se presume en los recintos académicos. También era taciturno y solitario con un dejo de melancolía. “El tiempo es absoluto, pese a lo que digan los ingenuos”, leyó, echando una risita. Fue por una bebida energética y abrió la cortina del ventanal. Vivía en el octavo piso, donde divisaba una buena parte de la ciudad. “El tiempo empleado es el espacio recorrido, el tiempo no es absoluto, sin embargo, se comporta como tal, o mejor dicho es como lo apreciamos”, pensó al ver las nubes oscurecerse, “hay una velocidad única en la que todos están de acuerdo”, suspiró.

El clima era voluble. Había días, como aquél, en el que los nimbostratos se alejaban cuando era segura la lluvia, para dejar una cubierta de capa grisácea en el ambiente. El agua se había privatizado y parecía que los cielos contribuían al castigo ciudadano. El clima árido era una constante en esta vida. Un entorno que a simple vista era cotidiano y una tortura dosificada. La ambigüedad no es otra cosa que un suplicio sin aliviar.

Volteó hacia el portafolio descansando en la mesa de la sala. Deseaba sacar el libro contrabandeado y a la vez sentía impotencia. El libro en una caja de Schrodinger era el punto modular entre el saber y no saber. La longitud que lo separaba con el dilema estaba enquistada en su vacilación. “La distancia se define en función del tiempo

y la velocidad de la luz, ¿qué es la distancia en términos del tiempo? La distancia que me separa del libro es la indecisión. En el espacio, la distancia está definida por dos puntos dados, pero en el tiempo de los recuerdos, tal sentido, pierde significado”, suspiró.

El atisbo se formaba en sus ojos, las pupilas se dilataban dejando ver en su iris la formación de colores que contrastaban con el natural marrón oscuro. La eternidad se extendía en hilos concentrados. La formación de una supernova, cuya esfera parda se mezcla con el celeste áureo, agrandada para expandir los filamentos y deslumbrar con su brillo, se replicaban dentro de la cuenca ocular. En ese trance podía sentir que era capaz de conocer la totalidad. El universo extendido encontrado en sus ojos. Lo infinito siendo finito. Así se filtró una voz suave, detrás de la explosión de la estrella lejana, para despertarlo de sus ensueños.

—¡Estoy aquí parado, abuela!... aquí... —su clamor fue apagándose conforme tuvo conciencia de su realidad—, aquí...

El sonido de su voz, apenas un murmullo, lo hizo sentir vergüenza de su exaltación al recordar que su abuela estaba muerta, hacía un mes que había convulsionado en medio de accesos de tos que le impidieron seguir respirando. Cambió la oración como si tuviera testigos de sus desvaríos.

—Estoy aquí parado y soy parte de un suceso, un punto en las coordenadas.

Giró la cabeza para encontrarse con un cielo que a duras penas dejaba ver una estrella. “El conocimiento sobre el universo es una colección de fragmentos”, recordó que lo había leído esta mañana y esta mañana la frase empezó a tener sentido, a pesar de que el libro lo había leído un par de veces: “¿cuántos fragmentos existen?, ¿cómo reunirlos para que el universo se muestre tal y como debe ser?”, continuó su soliloquio mental.

Bajó la vista y notó que sus zapatos se habían ensuciado, tomó una servilleta y limpió con esmero: “decir que soy un punto en un plano cardinal es tan arbitrario, como el sistema que lo sostiene”. Regresó al ordenador, abrió una carpeta que decía: “códices antiguos”. Pensó en la charlatanería, en esos conocimientos de segunda que estorbaban al verdadero conocimiento. “La ciencia también está limitada, ha sido una bazofia en ciertos periodos históricos —bufó—, es hora de ir por el conocimiento auténtico”. Insistió en el contenido de la carpeta, abrió algunos archivos. Los códices eran muy bonitos para conocer la historia nacional, pero sus saberes estaban ocultos por un lenguaje perdido. Los había estudiado cuando se enteró que su abuela hablaba una de las lenguas antiguas y su madre la había olvidado desde que era niña. Retomó el tema, pues había una insinuación que lo compelía a revisarlo: “¿cómo podían saber que

nuestra galaxia es una espiral?, ¿cómo podían saber que la transformación es perenne?”. Las dudas comenzaron en un mar de teorías y planteamientos que escapaban a su dogmática educación. Volvió a la ventana empecinado por la ofuscación.

Acercó el sillón para admirar el mundo desde la comodidad. En la lejanía se dejaba ver un incendio: “un sistema de elección es arbitraria cuando participan diferentes entes... el mundo está cambiando, ¿hay concordancia entre el sistema político y el orden del universo?, ¿seguimos una inercia?”, como si se hubiera arrepentido, sacudió la cabeza y examinó el cosmos. Estaba en un suceso presente imaginándose en el cono del tiempo con la espera del futuro y pensado el pasado: “el tiempo del suceso es la media entre el pulso de una luz y el recibimiento de su eco... Miramos el pasado del universo mientras somos el suceso presente, ¿o somos el futuro inalcanzable?, ¿el pasado muerto de alguien que nos observa?”. La luz de una estrella que luchaba por asomarse entre el negro contaminado de la ciudad era el renuento del eco de una muerte de millones de años que apenas podía percibirse: “Estamos a mil millones del pasado de una estrella por lo que somos su futuro, ¿el pasado de quiénes somos? Para, cuando sucedió el asesinato, ¿estaba en mi futuro? Estoy aquí sentado y puedo saber lo que sucedió... la distancia del suceso es igual a la mitad del

tiempo transcurrido multiplicado por la velocidad de la luz, lo cual se pierde en quien recuerda”.

*

Eduardo era un niño de cinco años cuando el infortunio hizo presencia. Observó a la distancia, cómo la desdicha se formaba. El piso lo ataba similar a un campo magnético. La discusión entre sus padres se había prolongado. El hombre acusaba a su madre de ser una mujerzuela; ella se defendía a gritos. Ambos sabían que su hijo aguardaba en la otra habitación, pero desconocían sus circunstancias. El inicio fue una discrepancia en los gastos de aquel mes que había escalonado a descalificaciones personales.

El departamento en el que vivían había sido adquirido con un préstamo de interés social en el que habían participado los dos con sus respectivos trabajos, sin embargo, los consumos los habían superado. La mujer agregaba a la acusación que el hombre debía tener una amante, por lo cual el dinero se les esfumaba. Las pequeñas disputas o los grandes alaridos conducían al niño a encerrarse en su habitación suplicando para que su abuela viniera y sus padres se calmaran.

A la abuela le era permitido entrar al nuevo departamento en el día; por las noches, era despedida para irse a un cuarto rentado, en una casa que hacía de vecindad. Ahí tenía una cama y una estufa de mesa en la que podía prepararse la cena. Cada día asistía al departamento para cuidar a su único nieto. Una mañana encontró al peque-

ño cerca de su madre bañada en un charco de sangre. El niño lloraba, imploraba para que su madre se levantara. Los vecinos con seguridad habían escuchado el escándalo de los gritos, la angustia de la mujer al recibir el primer apuñalamiento y el quejido que se escapó en medio de la noche. La respuesta: el mutismo.

El padre había huido dejando el cuchillo con el que apuñaló a su esposa treinta veces. La abuela defendió el nuevo apartamento para su nieto, además de trabajar de sol a sol para proveerle de lo necesario. Los esfuerzos de la abuela, empero, fueron insuficientes para despojar al niño de sus recuerdos. Aún en la cabeza de Eduardo retumbaban los gemidos de su madre, aquel instinto por respirar en el que se anegaba la angustia por su hijo. La madre era una imagen difusa, excepto cuando se dibujaban sus últimos minutos de vida, entonces deseaba consolarla. Una impresión que el joven procuraba rechazar. En el fondo, hubiera preferido evocar su cariño. En cambio, del padre, tenía presente el rencor contra él, su cara con el cejo fruncido en el que destacaba una verruga y la ropa manchada de sangre. Raras veces soñaba con él, a pesar del crimen, era la zozobra de su madre la que lo perseguía.

El dinero era un pretexto para poner en discusión la frustración que se ocultaba. Miles de matrimonios se sostienen de esta manera, más por una moral de lo que es adecuado y necesario, que lo que realmente quieren las parejas. Así, los hijos soportan el peso de los gritos y,

en los peores casos, la orfandad, una condición que debe superarse con prontitud cuando el instinto empuja a la sobrevivencia. La abuela quiso que su yerno pagara ante la justicia, descubriría, como su nieto, que las autoridades eran sordas a las súplicas.

El escrutinio mediático, por el contrario, escuchaba con atención las tragedias, encumbrándose como el regulador de los comportamientos. La abuela, no obstante, era indiferente a los medios digitales, apenas había estudiado las letras que le permitían deletrear, su hija por el contrario había estudiado el bachillerato, pero se había casado muy joven antes que pudiera concretar su sueño de ir a la universidad. La falta de educación académica se hizo evidente cuando estuvo de juzgado en juzgado, de fiscalía en fiscalía, para encontrar apoyo y, se repitió, cuando el gobierno quiso quitarles el departamento, pues los titulares estaban “ausentes”.

En los años posteriores, el niño comenzó a internarse en los estudios escolares. Bastó una película que tratara el tema de los viajes en el tiempo para que su interés se centrara en dicha actividad que tenía los tintes de ser esperanzadora. La abuela, entre el trabajo precario como vendedora ambulante, la lucha por el departamento y las penurias por la justicia, debía encontrar el modo de apoyar a Lalito —un mimo que persistió hasta sus últimos días—, para que siguiera la escuela.

Lalo que gozaba de las películas y series que trataban el tema, comenzó sus propios estudios para entender el universo. Sin pasar mucho, descubrió que devolver el tiempo era una fantasía. La ciencia se diferenciaba de la literatura por su dureza. El ahínco era tal que eran frecuentes sus desvelos y los sueños depositados encima de un libro de tanto leer. En ciertas noches podía escuchar a su madre jadear para retener el aire en sus pulmones, entretanto la sangre inundaba su cuerpo. En un súbito se despertaba y su abuela lo consolaba para que pudiera dormir. En aquellas pesadillas se veía como un joven, estaba seguro de que era él mismo porque se sabía en sus pensamientos. Ambos se contemplaban a través del ventanal de la sala, él lloraba con el cadáver de su madre detrás y el muchacho se mantenía absorto.

Aquel día fatídico su madre se había refugiado en su habitación, al oír que su padre irrumpía enfadado la tranquilidad. La frustración por su vida insatisfecha y el fracaso laboral eran expresados en los moretones que le dejaba a su esposa y que tenía intenciones de repetir.

—¡Quiero ir con mi papá!

La insistencia del niño era un imperativo sin causa. Estaba determinado a ver a su padre, costara lo que costara. A fin de cuentas, era un pequeño expectante ante un suceso extraordinario. La madre en una encrucijada que acrecentaba su angustia salió cuando Francisco la llamó para

la cena. El hijo recibió con entusiasmo a su progenitor arrepintiéndose al poco rato. Esta atribución de la culpa era lo que lo carcomía, ¿habría sido distinto de haber hecho caso a su madre? Las inquietudes del niño se mantuvieron en la juventud, sin ponderar las responsabilidades de los adultos que decidieron, sobre todo, de las acciones del criminal.

—¡No tengo dinero! ¡No me alcanza! ¡A saber en qué puterías te gastas el dinero y luego vienes a exigirme que yo pague las cuentas!

Al primer grito del padre, Lalito corrió a su cuarto. La distancia entre sus padres y la habitación estaba mediada por un instante que determinó el futuro. Colocó sus manos en las orejas y pronunció las palabras que hacían que la situación se acabara: “abuela, ven”. Una frase que hacía las veces de una oración y, aunque la anciana carecía de omnipotencia, le ayudaba a tranquilizarlo.

—¡Yo pagué las cuentas de la luz y el gas! ¿Cómo es que no tienes dinero para el recibo del agua? ¡Te ves con otra!

En el momento de la refutación, el padre tomó el cuchillo de carnicero, empotrado en una base de acero de la cocina, y lo dirigió al estómago de la mujer que se desvaneció llevándose las manos ensangrentadas para contener la herida. Lalo escuchó el jadeo equivalente a la discreción de un secreto. El sigilo de sus pasos estaba amparado por el recelo y la curiosidad. Giró en el pasillo

para observar en el borde de la pared cómo el hombre enterraba una y otra vez el arma en su madre, mientras ella intentaba alejarlo, manoteando al aire para que se fuera.

—Todas son putas —le dijo su padre arrastrándolo con él.

El niño luchó para evitar el secuestro: lloró, gritó y colocó todo su peso en los pies que se aferraron al suelo. Fue irremediable que el asesino lo dejara y escapara a un sitio ignoto. Las manos teñidas del asesino se quedaron impregnadas en la pijama como un registro de lo sucedido. Lalo se deslizó hacia su madre, tirada en el piso, cuyo rostro anverso al techo, estaba pétreo.

—¡Mamá, levántate! ¡Mamá!... Abuela, ven.

El niño sollozó durante horas, sin que ningún vecino reclamara, lo cual era algo inusual en un edificio en donde les gustaba quejarse de lo que fuera: la música con mediano volumen, una mudanza improvisada, un martillazo a deshoras, las risas estruendosas de los adolescentes, una maceta mal acomodada, etcétera. La abuela llegó a la mañana siguiente, saludando a los vecinos que dieron los buenos días habituales. El llanto ronco de su nieto fue escuchado apenas salir del elevador. La mujer apresuró los pasos e introdujo la llave con cierto nerviosismo. Al abrir la puerta, la escena produjo un mareo del que le hubiera sido inútil recuperarse, si no hubiera sido por su nieto, cuyo rostro amoratado se debatía entre los sollozos y la inhalación del aire.

*

Eduardo despertó en medio de la noche. Por un breve segundo le pareció ver el reflejo de su pasado en la ventana. El niño con grandes lágrimas mirándolo fijamente. La imagen se disipó conforme retomó la conciencia. El incendio cobraba una mayor altura, lo que daba a entender que estaba propagándose, opuesto a la noche que, a la altura del departamento, mantenía una gran calma.

Acercó la mesita de centro al sillón y prendió el televisor para escuchar las noticias.

—¿Qué tiempo éste, señores? —preguntó el comentarista—, tiempo de disturbios, están destruyendo la ciudad...

En las escenas se mostraban a los saqueadores e incendiarios de tiendas. El joven universitario apagó el aparato, sumiéndose otra vez en su monólogo íntimo: “el tiempo-espacio está deformado...”. El fuego se había multiplicado en varios puntos. La noche era asaltada por antorchas que alumbraban el peligro: “cada acción es como una onda de suceso, existen ondas chocando y atravesándose entre sí, ondas interconectadas, si pudiéramos establecer un mapa con cada una de nuestras ondas... ¿las personas también son ondas de sucesos?, más bien deberían ser como hipocentros, los cuales a cada movimiento generaría una onda expansiva...”. Volteó para ver la mochila. El libro con un conocimiento antiguo estaba encerrado en su interior y la indecisión para abrirlo era persistente.

“Las ondas de luz siguen una trayectoria geodésica, nuestra percepción está equivocada”, se levantó para tomar un libro de filosofía griega: “la percepción engaña los sentidos”, leyó. “Sí, la percepción engaña; los conocimientos, bien fundamentados, liberan”, se dijo.

—¡Se trata de reunir los conocimientos fragmentados como si fueran un rompecabezas!

La idea inicial tomó forma en una conclusión. Análogo al grito de “¡eureka!” y su productor, Eduardo se dirigió al portafolio que aguardaba el hurto, decidido a descubrir una pieza del acertijo. Antes de asirlo, escuchó una puerta que se abría en la habitación del fondo. El susto hizo que olvidara su asombro y agudizara los oídos. Una inquietud incómoda se apoderó del ambiente. Se encaminó a la habitación. Un espacio que había sido cerrado por años. El cuarto de sus padres estuvo deshabitado hasta que su abuela le mostró que no pasaba nada y se instaló en el aposento. Los muebles, su organización, sólo habían envejecido.

La alcoba era la misma, la cama, el closet, la ventana con la cortina cerrada. El mismo piso cerámico de años atrás, con los desgastes naturales. Emparejó la puerta y se fue al escritorio con las emociones arremolinadas en el estómago.

Sacó el libro, el cuero viejo despedía un olor tenue. Algunas hojas amarillas sobresalían del resto. Lo abrió despacio, sin embargo, el nerviosismo hizo que se desprendiera

diera una de las páginas que voló con cierta suavidad y fue a posarse en el piso de la cocina. Eduardo tardó unos segundos en reaccionar, aquella esquina era un suplicio, el rostro etéreo sin vida de su madre persistía sutil.

Tomó la hoja y la reincorporó. Luego se dirigió a un atril en el que su abuela había colocado una biblia. La quitó para sustituirla por el texto antiguo y dejarlo en el centro de la sala. La primera página condesaba el sumario de lo que se leería: “Brevísima presentación y relación de lo aquí acontecido... año de...”. Los ojos del joven estudiante pasaban de una frase a otra buscando lo sustancial de la lectura, “Hernando de Xuarez, regente de la muy leal ciudad de Vtopi, digno servidor de S.A., que en esta tierra así se nombra...”, “no vine aquí como un labriego a cultivar la tierra, mi proyecto es...”, el primer folio le pareció irrelevante; avanzó de manera inmediata, saltando páginas y renglones: “que no viendo yo me encontré con estos naturales que dieron en encomienda...”, “el ocaso de esta tierra utópica, sospecho que fue...”, “ha zarpado la última nao, aquí moriré... enfermo e inválido no tenía caso huir”, “el médico no puede proceder... de qué causa proviene mi enfermedad...”, “apoderose de la espada matando al alcalde...”, “la situación insostenible de残酷 y matadero...”, “que Dios, Nuestro Señor, nos perdone por las atrocidades cometidas...”, la decepción se formó en un arrebato que dejó caer más páginas sin que esta vez se molestara en levantarlas, de un zarpazo se situó a la mitad

del volumen, entonces su atención se quedó fija: “entrego lo que los naturales de estas tierras me han dicho, dando fe de ser gente de probada honestidad...”.

Siguió leyendo, como era su costumbre, cuando su mente reparaba en un tema interesante, olvidando las exigencias fisiológicas de su cuerpo, comer y defecar pasaban a un papel secundario, aun cuando los órganos protestaban con gran insistencia. Levantó la vista para atisbar el fondo del departamento. La oscuridad parecía infinita. La misma página que había recogido, se iba hacia el pasillo. En la lejanía se escuchaban las sirenas de los servicios de emergencia. Recordó la mañana en que el cadáver de su madre fue recogido. El sonido incesante, el chirrido que producía una angustia insostenible y una señal que cubría toda la ciudad. El agujero negro estaba a punto de tragarse la hoja que contenía algunos garabatos. Eduardo se dirigió a su rescate, pero fue succionada al interior. En el pasillo aguardaban dos recámaras y un baño. Los años hicieron que memorizara cada rincón y la cantidad de pasos. Antes de sumergirse, el sentido común lo hizo detenerse: “¿por qué la hoja se ha movido?”, viró de manera rápida para cerciorarse que el ventanal estuviera cerrado. Tragó saliva y siguió la trayectoria. La página lo esperaba en el borde de la recámara que una vez fuera de sus padres y que su abuela había sanado. Estaba ahí, muy quieta, esperando que alguien fuera a su encuentro. El joven no la decepcionó, sin embargo, no

pudo alcanzarla, pues fue a dar al centro de la habitación, iluminada por una luz muy intensa. El joven abrió la puerta por completo para toparse con la luz de los rayos del sol, en un mediodía que le traía a su madre sentada junto a su pequeño hijo. Estaban sentados sobre el suelo, ella le mostraba cómo se dibujaba un río.

—Debes zigzaguear la línea, porque un río atraviesa las montañas...

—¿Así...?

Eduardo se quedó parado debajo del dintel observando con detenimiento el rostro joven de su madre. Era increíble, su edad era semejante. Las fotografías eran injustas con ella. La textura de su piel, la tonalidad, el brillo... Podía oler el aroma del jabón que desprendía su cabello... Y recordó, su madre usaba jabón, pues prefería ahorrar a costearse un shampoo. Un detalle que había pasado desapercibido durante estos años y que ahora se mostraba con gran nitidez.

Al dar el paso para acercarse, una mañana calurosa le dio la bienvenida, disipándose su madre y la imagen de su niñez. En el suelo estaba el folio con los garabatos y una anotación al margen: “los naturales me han descrito esto... un tiempo en espiral”.

—Debe haber una forma precisa en cómo integrar los conocimientos fragmentados para que nos muestre un universo unificado... para que las piezas del rompecabezas se unan —el murmullo de su voz fue opacado por el

ruido de sus intestinos—, una fórmula lógica —masculló al momento de rascarse la barbilla.

Esperaba que sus pensamientos fueran tan sublimes que con el sólo deseo de respuestas el universo se abriera ante sus ojos, pero esta vez, sus pupilas se mantenían en la normalidad.

Bajó a la calle, la ciudad parecía un campo de batalla. Los soldados con armas largas estaban apostados en cada esquina. Había una gran cantidad de basura y detenidos. El aire estaba estremecido. Nadie decía una palabra, la situación estaba sobreentendida. Caminó a la tienda de autoservicio para ahorrarse unos centavos en sus compras. Adquirió tres latas de sardina que le podrían durar una semana, según sus cálculos.

Regresaba apresurado, sumido en sus inquietudes, cuando se tropezó con un viejo que cargaba un martillo y un tubo metálico.

—¡Estos jóvenes que sólo miran hacia arriba, pero pocas veces se fijan en lo que pasa a su alrededor!

El viejo le dio otro empujón para que se quitara del camino. La rebatinga entre los soldados y la ciudadanía se empecinaba en evitar la tregua. Los gritos y las bombas improvisadas explotaron en un alud. El estudiante que reparaba en el cielo notó que el sol luchaba por sobrevivir ante unas nubes grises.

“¿Para qué preocuparse por el principio o fin del universo, causas que han preocupado y empujado los desva-

ríos intelectuales, si nos abruma una locura superior?”, el joven se reclamó cuando dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor, había mantas exigiendo agua, fotografías de los desaparecidos, pintas en los antimonumentos. Un gran grupo de integrantes variados peleaba contra la autoridad. Un niño dibujaba a media calle el rostro de lo que parecía ser su madre, acompañado de una mujer adulta. Una vez había ido con su abuela a una manifestación, haciendo lo mismo. Aquel día fue el último.

—Principio y fin son sinsentidos, ellos lo sabían —se dijo en voz alta, mientras el anciano con el que había tropezado retornaba con grandes magulladuras.

En un instante se vieron a los ojos en una incomprendición mutua. La lozanía preocupada por el infinito, la senectud aferrada a la tierra.

—Necesitas dormir, chico —el viejo tocó su hombro y se retiró.

El octogenario había sido derrotado, los años para pelear a mano limpia se habían terminado. La desilusión al enfrentar a un joven absorto en otro espacio y tiempo lo hizo saber que ya nada cambiaría. El mundo seguiría su curso ante políticos avariciosos y sin escrúpulos que mantendrían un sistema de despojo y explotación contra los desfavorecidos.

Eduardo miró su rostro en el escaparate de una tienda, sus ojos franqueados por grandes moretones y ojeras lo hacían lucir senil. Dio unos pasos para distinguirse mejor.

Fórmula lógica

El reflejo también dejaba ver algunas canas y arrugas. Ante su sorpresa sacudió la cabeza: “tal vez tenga razón el abuelo, necesito dormir”.

*

El propósito de descansar y comer desapareció al acceder al departamento. Al contrario de la recomendación se dispuso a escribir en el ordenador.

Después de borrar y reescribir como frenético, se quedó pausado.

Fórmula

Consideraciones

Consideración primera: Más que una fórmula matemática se requiere una fórmula lógica.

Consideración segunda: Reuniendo diferentes conocimientos particulares se puede obtener un conocimiento general del universo.

Consideración tercera:

Argumentos

Primer argumento: Si el concepto fuera un absoluto no podría haber transformación.

Segundo argumento: La transformación existe independiente de nuestros deseos y esfuerzos.

Tercer argumento:

Fórmula lógica:

...

—¡Qué sabe esa gente de cambiar el mundo! Esto es lo que en verdad cambia al mundo. ¿Por qué tendría que perder el tiempo en situaciones mundanas?

Luego de quedarse un tiempo convenciéndose de sus dichos, el ensimismamiento se repitió.

—¡El profesor! Acudí a una de sus clases cuando quise estudiar marxismo, ¿cómo pude olvidarlo? Fue una pérdida total de tiempo... tiempo... atravesar los tiempos... ¿Sí fui a su clase? Lo recuerdo, ¿verdad? ¿Fue en esta vida? ¡Qué está sucediéndome!

El recuerdo provenía en una especie de bruma, como si fuera de otra persona. Trató de concentrarse en lo único que lo mantenía cuerdo. El jinete de los espacios-tiempos recorría mentalmente los libros de filosofía antigua, que no era otra que la primera ciencia, libros que provenían de los griegos, los egipcios, los chinos, además de los códices que revelaban las teorías de otras culturas, atormentándose sobre la esencia de todos los espacios y tiempos estudiados.

—Los espacios-tiempos que los humanos han producido por sus capacidades epistemológicas... son... son... ¿cuál es la naturaleza de los tiempos? ¿Cuál es la esencia de los espacios? ¿Cómo pueden ser alterados?

Esta vez no le importaba que su voz resonara en el departamento. Las pupilas de sus ojos se agrandaban en un punto que una droga sería incapaz de producir. Los iris se explayaban dejando ver los filamentos cromáticos

de una intensidad absoluta. Las ondas de choque causadas por una estrella muriendo, componían nubes de polvo y gas que dejaban estelas de matices en capas.

—Ante un suceso, el horizonte se vuelve una frontera que abre otra región del espacio-tiempo... no podemos escapar al horizonte de una singularidad... Una singularidad siempre estará en el futuro, nunca en el pasado... la ciencia fallaría en predecir el futuro... no es su propósito...

La habitación se le tornaba negra y sin percatarse se adentraba en el vacío. Caminaba en una especie de limbo, de la boca salían balbuceos y sus dedos largos expresaban nerviosismo. “No se puede asociar una posición absoluta en el espacio del suceso”, recordó una de sus lecturas, “las posiciones de los sucesos serán disímiles, así como la distancia que las sostiene... Cada observador tiene su propia medida del tiempo”. El cosmos se extendía en sus ojos, al igual que se formaba una presencia humana.

—¿Cómo se detiene el tiempo? —el susurro apenas filtrándose en el aire cobraba amplitud— ¿Abuela...?

Una señora canosa, de espaldas, en el fondo del manto negro, parecía rezar. El joven la analizaba desde su posición con ciertas dudas. Eduardo se acercó para toparse con una anciana sin rostro en cuyo monedero de bolitas destinaba una oración como si fuera su rosario.

—¿Acaso esto es un sueño? ¿En dónde estoy? —se preguntaba para comprender lo que sucedía, trataba de establecer su vista en el departamento, de asir la realidad.

—¡Abuela, ven por mí! —La voz infantil se mezclaba con la suya, el llanto creado en la noche infame venía en una especie de túnel.

La anciana retomó su posición con la cabeza gacha. El joven dio algunos pasos lerdos por aquella eternidad. En el otro extremo se encontraba un pizarrón en el que un profesor explicaba con el brazo extendido.

—Lo que nos dice esta teoría es que un fenómeno, visto desde distintas direcciones, parece diferente por las distintas direcciones...

En un lapso fugaz, el salón se llenó de estudiantes tomando apuntes, pero era irreal, era una especie de holograma que se superponía, mientras las pisadas del joven se escuchaban distantes.

—Las partículas obedecen al principio de exclusión... Una partícula no tendría una única historia, sigue todos los caminos posibles del espacio-tiempo... tomen nota, jóvenes, que esto vendrá en el examen... Estamos ante un suceso que ha recorrido todos los caminos posibles...

—Este suceso es único —dijo Eduardo como si estuviera en el aula—, existen regiones del universo que no son observables... para nosotros no; para otros sí...

En periodos extenuantes se había desvelado ansiando comprender los principios del universo, había hallado ciertas líneas de encuentro entre los textos antiguos y la astrofísica moderna, mas no encontraba con quien compartir sus inquietudes. La información estaba en su

mente a la expectativa de exponerlas en algún momento. Y éste era su momento.

—¿Cómo atravesar espacios-tiempos disímiles, producidos por las diferentes culturas a lo largo de sus historias? —continuó.

El salón con el maestro se iba desdibujando, en su lugar, una superposición de imágenes de diferentes épocas y sociedades se mostraban en forma de cuadros. Dentro de éstos, un hilo, semejante a una serpiente escuálida y cristalina, iba formando bucles.

—Los mundos pensados desde concepciones espacio-temporales disímiles producen las discrepancias, pero son partes de un mismo fenómeno con diferentes posiciones... la fragmentación de saberes es producto de una construcción que ha ponderado a la técnica sobre otros estudios... Ellos... ellos sabían que nuestra galaxia tenía forma de espiral, nuestra ciencia tardó en aceptarlo... Somos parte de las paradojas de la imaginación...

Siguió caminando para encontrarse con un atril metálico negro que apenas resplandecía en la oscuridad, el mueble sostenía una libreta de encuadrado negro, iluminado por un halo de luz santa. El joven vio con curiosidad aquel objeto. Era su libreta de apuntes que había abandonado hacía años. Abrió el cuadernillo para encontrarse con la misma información que había capturado en su laptop, con la excepción de que estaba escrita con su

letra diminuta y apretujada y, los espacios vacíos, estaban llenados en su totalidad.

Fórmula lógica

para la comprensión del universo

Consideraciones

Consideración primera: Más que una fórmula matemática se requiere una fórmula lógica.

Consideración segunda: Reuniendo diferentes conocimientos particulares se puede obtener un conocimiento general del universo.

Consideración tercera: La conclusión lógica debe referir a una expresión del universo que explica la totalidad.

Argumentos

Primer argumento: Si el concepto fuera un absoluto no podría haber transformación.

Segundo argumento: La transformación existe independiente de nuestros deseos y esfuerzos.

Tercer argumento: El principio y el fin no existen, sólo existe una espiral infinita.

Fórmula lógica

La fórmula lógica espaciotemporal se expresa de la siguiente manera: $E = \overline{TP} (\sim TA)$

Cerró la libreta. Recordaba muy bien que la tenía guardada en el closet de su recámara, pero cómo aquella página había llegado a su interior era un misterio, ni siquiera estaba seguro de que fuera el creador de semejante pesquisa.

Retornó sobre sus pasos. El salón de clases se mostraba en un costado, con el otro profesor que le parecía tan conocido.

—El tiempo absoluto mide el intervalo entre dos sucesos... —el profesor lo miraba inmóvil mientras continuaba su clase— Einstein abandonó la idea del tiempo absoluto...

Eduardo apretó el paso.

—Recuerden la equivalencia entre masa y energía —el profesor escribía de manera exagerada la fórmula del físico alemán en toda la pizarra— $E=mc^2$ —repetía— $E=mc^2$, en donde “C” es la velocidad de la luz al cuadrado... que vendrá en el examen...

El joven se acercó a donde la anciana lo recibía con la espalda. El pelo canoso le recordaba a su abuela, sin embargo, los detalles le decían que era otra mujer.

—¡Abuela! —gritó.

La anciana volteó, a diferencia de la primera vez, en esta mostraba un rostro diáfano, un rostro desconocido. La mujer sostenía un cuchillo sobre la garganta de un hombre, en el filo estaba el resplandor de una franja que atravesaba la tierra. Ella dejó el disimulo, lo observó directo al abismo de sus pupilas, lo observó con una sonrisa burlona: “yo sé de tiempos y espacios” le dijo, sin abrir la boca.

Eduardo saltó del susto. Comenzó a escuchar las sirenas y una insistente ráfaga de disparos. El llanto infantil que

suplicaba por su abuela, la voz de ella que ya no estaba y seguía escuchando lo despertó de sus ensueños.

Estaba en la habitación de sus padres, oyendo los proyectiles que provenían de los helicópteros, las sirenas de la policía y de las ambulancias que se esparcían por toda la ciudad. Se asomó por la ventana para percatarse de cómo los manifestantes huían.

El sosiego imperó un momento: ¿cómo había llegado a la habitación de sus padres?, ¡cómo!, si jamás sintió que había caminado, no en este plano de la realidad. Tocó su cuerpo para constatar que fuera real.

—Las experiencias místicas son una estupidez!

Se dirigió a revisar su ordenador, la pantalla estaba negra. La pila de la laptop se había terminado. Buscó con desesperación el cargador, sin éxito. Corrió a la cocina. Su abuela tenía pegado un calendario, lo exploró con nerviosismo, pero fue incapaz de señalar la fecha en la que se hallaba. Se dirigió a la sala y prendió el televisor.

—¿Qué es esto, señores? Estamos hartos de que un puñado de ciudadanos nos mantengan encarcelados, porque sí, eso es lo que hacen... ¡Ahora la gente está rompiendo los candados de los pozos de agua, no se dan cuenta que provocarán un desastre!

Inútil fue quedarse en el canal de las noticias, en donde de ordinario había una barra en la que se indicaba la fecha y el horario. Dio la vuelta a toda la cartelera, en ningún lado los indicaban.

—¡Acabarán con el país! ¡Son unos bárbaros! Estoy seguro de que son migrantes, los compatriotas defienden nuestra nación...

El joven corrió de nuevo, esta vez a su habitación. Las ventanas tenían las cortinas recogidas, el sol del ocaso se filtraba fino, sobre el piso las rajas de luz dividían el espacio. Abrió las puertas de su closet, rebuscó: la libreta no estaba.

—¿Cómo se sale de este espacio y este tiempo? ¿A través de los sueños? Los sentidos de mi cuerpo me engañan. Éste es mi cuerpo, en donde estoy.

No había nada en la habitación. Buscó hasta el cansancio. La voz de su abuela enferma lo llamaba desde la otra habitación.

—¡Ya voy abuela! —el tono de fastidio no había salido de su boca, aunque estuvo a punto de exclamar lo mismo.

—¡Lo que me faltaba!, me estoy volviendo loco.

Resignado, entró a la sala, en donde estaban las tres latas de sardina sin abrir. La luz del departamento dejaba ver a un joven desalineado, con la barba de días, los anteojos chuecos y con severas muestras de cansancio.

—Llevamos días así, ¡qué espera nuestra autoridad para acabar con esta gentuza!

—¿Días? —la voz del conductor de noticias le devolvió la cordura—, si apenas empezó ayer...

Se dirigió de nueva cuenta al libro antiguo. Repasó a detalle los dibujos de los informantes indígenas, algunos

sólo eran mapas que registraban los territorios, otros tenían los esbozos de cómo eran las ciudades antiguas, con las grandes pirámides y su lenguaje encriptado.

—¡Esos no eran ríos! ¡Viejo imbécil! Es una espiral —reparó en las líneas curvas que eran descritas como afluentes—. ¡Los naturales ocultaron sus conocimientos a la vista de cualquiera! La espiral corre como un río, atraviesa las montañas... —su voz devino en un susurro— atraviesa el espacio... —escogió unas páginas atrás y leyó en voz alta— “el tiempo es un río, me lo dijo un natural, a veces esta gente desborda imaginación” —desesperado por lo que creía haber entendido, fue de un lado a otro de la habitación—. ¿Cómo salgo de aquí? —echó una carcajada— ¿cómo entro a otro espacio-tiempo? ¿Cómo se atraviesan los espacios-tiempos?

*

La concentración de Eduardo, para quien hubiera sido testigo de sus esfuerzos, hubiera causado hilaridad. Parado frente a una ventana deseando absorberse de todo, pero sin conseguir nada. “¿Hasta dónde puede mi cuerpo, si le es imposible romper los límites de sus propias posibilidades?”, pensó en medio de un estremecimiento que le inundaba el pecho.

La tristeza se le fundó en sus ojos. La falta de líquido en su cuerpo dejaba grietas en sus labios, aristas que parecían crearse en los desiertos de su soledad. El ruido del exterior se cernía como la brisa. El cielo retomaba una tonalidad grisácea.

—Los cuerpos... cuando Newton se preguntó: “¿cómo se mueven los cuerpos en el espacio-tiempo?”, no previó las consecuencias.

Pequeñas gotas de lluvia se impregnaban en la ventana principal del departamento. “Al final, los cuerpos celestes son cuerpos. A secas”, se dijo para tranquilizarse.

—Los cuerpos fueron encontrados en dos fosas comunes, esto se une a los encontrados en la semana pasada en los contenedores del puerto... —el noticiero enumeraba los cadáveres hallados en los últimos días y por lo cual las manifestaciones se habían intensificado.

—Las familias buscando cuerpos... cuerpos que dejaron su presencia en la tierra... como estrellas en el firmamento... El universo no tiene fronteras, las estrellas tienen la potestad de aglutinarse donde sea, para que podamos estudiarlas tomamos un punto de referencia que nada significa. Seguimos un movimiento geodésico sin punto final en el futuro. El pasado está lleno de información en comparación con el futuro. Eso hemos aprendido. Debe haber otra forma de entender el universo. El tiempo lineal y en espiral son procesos contrapuestos, uno es determinista y el otro es flexible, pero el circular es complementario, todos producidos por diferentes culturas... todos tienen razón. La espiral nos dice que la distancia entre el pasado y el futuro se encuentra aquí, en este punto. El tiempo avanza, el universo se expande... Somos cuerpos, cuerpos afectando el universo... Mi abuela intentaba explicármelo

lo, pero estaba enfrascado en mis libros. Mi abuela que apenas podía sostenerse... Era muy anciana, aun así, sacó fuerzas donde se habían extinguido.

Recordó a la anciana que lo miraba con la misma tristeza que ahora estaba en sus ojos. Le decía que su madre estaba del otro lado, que había otro tiempo y otra tierra en donde ella moraba, una tierra semejante a la nuestra. La muerte era un ciclo, la vida era el otro, porque el universo estaba formado en dos espirales contrapuestos... y el río atravesaba los espacios opuestos, los espacio y tiempos se encontraban de frente.

Las espirales las imaginaba como las hélices de gas que formaban los brazos de las galaxias, pero sabía que lo dicho por su abuela pertenecía a sabidurías que también faltaban a la precisión, al igual que ciertas teorías científicas: “para reunir los conocimientos fragmentados, es necesario desechar en lo que cada una falla, y distinguir sus certezas, como las piezas del rompecabezas”, la llovizna se iba transformando en una lluvia copiosa, “¿o serán parte de una dialéctica? En la ciencia y en la filosofía es recurrente la antítesis, la antimateria, ¿tendrán una vía común?, ¿las formaciones epistémicas son expresiones del universo?... Si nos permitimos pensar en lo recusables, como en una parte inherente del todo, entonces se abrirían otras posibilidades...”.

El mundo tenía sus propios desasosiegos. Eduardo no era el único en una oscuridad que buscaba respuestas.

Cada ser transitaba en sus reflexiones y auscultaba sus palpitaciones.

—¿Existen otras versiones de nuestras vidas? ¡Imposible! Esta posibilidad negaría los principios básicos de la física. Pero ¿por qué lo niego?, ¿por oposición? ¿Acaso la dialéctica del pensamiento y la complementariedad del universo tienen un fin?

Reapareció ante sus ojos la niñez cuando dejaba su vela y una flor sobre la tumba de su madre. “Nuestra galaxia está formada por hélices contrapuestos”, se dijo convencido de la obviedad, mientras las gotas de lluvia se convertían en una tormenta que azotaba los vidrios y dejaba correr el agua como cascadas sobre el precipicio. El niño estaba del otro lado de la ventana, arrodillado.

—Cada universo contendría nuestras antipersonas, es decir, otras circunstancias, asimismo otras personalidades, en donde cada uno pudo existir con una variación de lo que ahora somos: un nombre diferente para nuestro país, los ciudadanos... un acto distinto para un mismo fenómeno... un tiempo alterado para nuestro registro... ¿en qué sentido puede decirse que existen estos mundos diferenciados? La teoría de cuerdas está condicionada para dar cuenta de estos espacios-tiempos... a menos que... que... siendo filamentos sometidos a tensiones enormes... una partícula estuviera ocupando un punto del espacio en diferentes instantes de tiempo... y viceversa... ¿o una cuerda ocupa una línea en el espacio

en cada instante del tiempo? Cada línea del pasado de un suceso presente conduce a infinitos posibles futuros... ¿futuros? ¿Dónde están los futuros si el pasado de una estrella apenas nos alcanza? Las dimensiones estarían curvadas en el espacio... La densidad de la curvatura del espacio-tiempo se harían infinitas. Tendrían que ser hilos concentrados en diferentes direcciones. El principio de exclusión dice que dos partículas no pueden existir en la misma posición y a la misma velocidad... no podrían estar en la misma posición... durante largo tiempo... Sólo un nano-instante, eso es lo que se necesita... un instante para cambiarlo todo... Si cada configuración tiene la misma probabilidad, las variaciones son nuestra única certeza. Un multiverso es una aspiración literaria no una demostración científica, sin embargo, las posibilidades pueden ser concretas. Para calcular la probabilidad de encontrar mi espacio-tiempo real he sumado todos los caminos posibles —retiré el tapete central de la sala y comenzó a escribir la fórmula lógica con un plumón negro— no podría haber un modelo matemático que englobe todas las predicciones... tendría que ser una fórmula lógica, la cual se expresa:

$$E=TP(\sim TA)$$

El ruido del exterior estaba definido por el viento y la tormenta. La oscuridad era total.

—En múltiples mundos, lo que das aquí en otro serán inmundicias. Siete, quince, veinte mundos paralelos

diferenciados por breves o grandes momentos, en ¿qué instantes podríamos encontrarnos? Tendríamos que preguntarnos por la zona de intersección y con ello la certidumbre mantendría un tablón vacilante. ¿Podríamos ser capaces de entenderlos? En otro espacio-tiempo pude ser un asesino o pude ser asesinado...

Seguía agachado en el suelo, con una de sus piernas en escuadra. El tobillo descubierto por el pantalón dejaba ver su piel y el calcetín. El tatuaje de un ave fénix sobresalía con las alas en vuelo. En alguna ocasión quiso un tatuaje como aquel, pero no se atrevió a pedírselo a su abuela que hacía demasiado para mantener sus estudios y una vida decorosa. Se levantó de inmediato.

—¿Las experiencias humanas se convertirían en realidades múltiples, ligadas por un instante? ¿Estaríamos entreverados por un instante de posibilidades y variaciones?

Se asomó por el ventanal y alcanzó a escuchar el caos que se suscitaba abajo.

—¡El futuro aún puede ser transformado, los sistemas caen, se transforman! —gritó a la multitud, la euforia se había apoderado de él— en teoría cuántica hay un principio que dice que cualquier cosa es posible. ¡El universo es dinámico, está expandiéndose! La expansión carece de límites y fronteras. Parece imposible pensar sin límites, sin principio ni fin, pero es posible, hay otras culturas que lo hicieron.

Giró para ir directo al atril con el libro hurtado. El mapa antiguo de Vtopi estaba circundado por lo que parecía agua, cruzado por cuatro caminos. A decir del autor la ciudad había sido construida sobre lo que parecía un gran afluente hídrico: “El pasado y el futuro se miran”, leyó las palabras del informante que sabía que su muerte sería inevitable al defender su tierra. Encausó sus pensamientos al ventanal para observar la lluvia, la lluvia que tenía un empeño ofuscado.

Las banquetas se llenaban de musgo, el piso resbaladizo impedía que los peatones pudieran escapar con facilidad. Afuera, la batalla por la ciudad seguía intensificándose. Grupos con distintas apariencias, edades y géneros se enfrentaban a la policía y los soldados. La humedad se apoderaba de las casas, dentro de los departamentos, una capa vegetal crecía en las comisuras de los muebles de madera. Poco a poco, las raíces de los árboles iban engordando. La sed de los habitantes se iba apaciguando, a la vez que las reconfortaba en su lucha. Las plazas y calles se inundaban para sumarse al desastre. Las feministas habían subido una bandera sobre el antimonumento, mientras los migrantes quemaban los templos a su paso. La escena era una mezcla de agua y fuego superpuestos.

Se dirigió a los libreros que tenían un polvo fino. Desde que la abuela había muerto, el departamento se había ido ensuciando y las cosas seguían marchitándose. El dinero, para evitar que fuera una carga esencial, lo gastaba

con cuidado; ocasionalmente, Eduardo aceptó dar algunas asesorías para obtener un ingreso extra, lo que lo llevó a medio sobrevivir con latas de sardinas y energéticos.

Sujetó su libro de cabecera para releerlo. Una gran piedra blanca chocó en la ventana. La potencia de su fuerza hizo al joven voltear: “En la teoría de la relatividad general...”, las gotas de agua iban cayendo, deslizándose con pasmada rapidez, “el espacio-tiempo son cantidades dinámicas...”, intentó concentrarse en la lectura, “un cuerpo afecta la curvatura espaciotemporal...”, el sonido de la lluvia se desató semejante a una estampida, los pájaros en desbandada tropezaban con los cristales, “y el espacio-tiempo afecta a... los cuerpos se mueven y las fuerzas actúan”, su voz se iba perdiendo conforme su vista se distraía con el paisaje, luego repitió la frase que seguía sin necesidad de seguir leyendo: “el espacio y el tiempo son afectados por lo que sucede en el universo...”. El cielo ennegrecido dejó caer grandes bolas de hielo semejando meteoritos.

Observó inmóvil el ventanal, del otro lado estaba la oscuridad impregnada de agua en donde podía verse de niño llorando, con el cadáver de su madre detrás de él.

—¡Abran por favor! —las voces de unas mujeres iban acompañadas de golpes en la puerta.

Las jóvenes feministas huían del caos producido por los torrenciales y la policía que seguía en su terquedad por el trabajo. Eduardo volteó hacia la entrada, la puerta

azotada por los porrazos se negaba a abrirse. Al aporreo se sumaron las voces de niños y adultos que gritaban. Aturdido por la indecisión y la angustia de los insurgentes, se quedó paralizado. Quería volver al reflejo de su niñez, pero sabía que debía voltear a su alrededor. El debate interno concluyó por el deseo vehemente de entender lo que sucedía. Ignorar el afuera era una costumbre férrea. Entonces su pensamiento se reconcentró en el ventanal, sin embargo, el niño se había desvanecido, en su lugar estaba la anciana del cuchillo sobre el cuello de un hombre. Entre las cejas de aquél se formaba una pequeña espiral, una espiral condensada que iba abultándose, creando una verruga:

—Aún no lo entiendes, ¿verdad? Es natural, todavía te falta vivir varias vidas.

—¿Hay otros mundos posibles ocurriendo en este mismo instante? Eso es imposible, va contra toda lógica... es decir, ¿existen esas probabilidades?

—Una variación, sólo eso necesitas... —la anciana mantenía el rostro del padre de Lalito levantado, mientras pasaba el cuchillo de un lado a otro de su cogote, hablando con gran suavidad.

—¿Una variación para hacer otro mundo posible? ¿Qué mundo es este mundo? ¿Qué tiempo es este tiempo? ¿En dónde me encuentro ahora? ¿Mi madre puede seguir con vida?

—El universo cambia, un suceso abre posibilidades infinitas, improbables de asir, una variante hará que un hombre huya, que un niño sea asesinado, que una joven desaparezca, que una persona empiece una revuelta, que una mujer retome su tiempo, que un sistema caiga... —la anciana desaparecía con el cuchillo manchado de sangre, reflejando de un lado la tierra y, en el otro, el cielo. El cuerpo de la víctima caía en lo que parecía un terreno baldío lleno de pertenencias olvidadas. El rastro de la navaja se cerraba en el filo de un horizonte.

Afuera, el granizo devenía en la tormenta que rompía el caos. El ahora contrastaba con el pasado, el cual, ante la falta de agua, había detenido el tiempo, encapsulando a la ciudad en su miseria. Gota tras gota, el presente retomaba el transcurrir. La lluvia convertía al tiempo en un torrente. El afluente llegaba al tercer piso. El río corría acelerado, aventando los tiempos, todos los tiempos, con su fuerza inquebrantable y limpiando por completo el espacio, todos los espacios. La aridez iba dando paso a un mar.

El edificio se desmoronaba por la fuerza de los torrentes hídricos. Los manifestantes lograron abrir la puerta del departamento, mientras el televisor callaba en un chispazo de luz. Una gran sacudida hizo que los cimientos devinieran en una oscuridad total.

—¡Cierra la puerta con seguro Lalito y no abras!, tu padre se irá pronto... deja que se vaya, después huiremos juntos de aquí...

—¿Con mi abuelita?

—Sí, saldremos de aquí...

Lalito vio en el reflejo del espejo a un joven absorto, quien le pareció conocido, al igual que su sufrimiento. A Eduardo, la escena se le presentaba como una afirmación. Ese día, sintió que ninguna certeza había sido tan posible sin evidencias. El río proseguía su curso, tragando todo a su paso.

—Sigamos dibujando —dijo su mamá.

El niño rompió el encanto, se apresuró por el dibujo inconcluso y sus colores, luego de un sentón se colocó a un lado de su madre.

—No es un río, ¿verdad?

—Tu abuelita dice que un río es una de las representaciones del tiempo que nos deja mirar nuestro futuro, que no es otro que nuestro pasado.

El agua había subido varios metros, contra toda lógica, una ciudad antigua luchaba por salir a la superficie. Los gritos de angustia y los cuerpos flotaban en una oscuridad total. Pronto la balanza se fue equilibrando: el agua subía, los cuerpos bajaban.

El ruido de un portazo hizo que Lalo volteara, su padre se marchaba y su madre sonreía.

ENTREVERADOS
se terminó de editar en julio de 2022.

Entreverados es un conjunto de siete cuentos que, con cierta probabilidad, son independientes uno de otro, ¿o no? Cada historia desarrolla la contienda de su protagonista: en el primer cuento, "Ideales románticos", un profesor universitario deberá decidir qué rumbo tomarán sus ideales en medio de los movimientos sociales que azotan al país; en el segundo, "Díez años cucaracha", el odio de un niño de la calle lo guiará a un juego del que no tendrá escapatoria; en el tercero, "Esto nunca pasó", una fotógrafa aficionada descubrirá que la mayor pugna es la que se hace contra la propia vanidad; en el cuarto, "En algún lugar", una anciana deberá enfrentar el mayor reto de la vida al buscar estrellas en el desierto; en el quinto, "Cuatro vidas", una mujer cuyas existencias han sido una invención tendrá que confrontar el pasado; en el sexto, "Dos lenguas son fronteras", un adolescente tendrá que luchar por un lugar en medio de sociedades que lo desprecian; en el séptimo, "Fórmula lógica", un joven estudiante combatirá aquello que lo distrae de encontrar la fórmula que unifique el conocimiento del universo. Así, cada una de las historias se desarrolla en una dimensión diferente, con su propio espacio y tiempo, aunque, quizá cada una sólo requiera de un instante para que se puedan encontrar.

Kumay